3 1761 09546756 9

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

LS
P4197

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
46

OBRAS

DE DON

JOSE PEON CONTRERAS.

TOMO III.

ROMANCES HISTORICOS Y DRAMATICOS.—PEQUEÑOS DRAMAS COLOMBINAS.—ECOS.

400651
27.2.42

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.

1902

BODLEIAN LIBRARY
OXFORD

ROMANCES
HISTORICOS MEXICANOS.

GOETHE LIBRARY

ROMANCES
HISTORICOS MEXICANOS.

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO

Al Sr. D. Manuel Pérez de Hermida.

ROMANCE I

IXTLILXOCHITL. —EL PROSCRITO.

Con aire grave y sombrío,
El entrecejo enarcado,
Descompuesta la mirada
Y el enjuto rostro pálido,
El rey de los tepanecas,
Tezozomoc el tirano,
En un salón de su augusta
Morada de Azcapotzalco,
De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,

Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.
El esplendor de Tezcuco,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en las ciencias de los astros,
En él la ambición despiertan
De los honores y el mando,
Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.
Huye de su alma el sosiego,
A los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos
Y de su hogar el descanso.
No olvida ni un solo instante
Que del gran Xolotl (1) es vástago,
Y de Acolhuacán el cetro
Regir debiera su mano.

Como en tempestosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;
Y con un brusco y nervioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se agita, duda,
Y la voz al fin alzando,
Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otompan y Chalco

(1) Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacan.

Señores, y así con ronco
Acento, habló les airado:
—"Ya sabréis, nobles guerreros,
Súbditos míos y aliados,
Que Ixtlixochitl Ome Tochtli,
Rey y Señor se ha jurado
En Huexotla, ha pocos días,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando
En los montes de Tlaxcalan
Y en sus valles acampado,
Con huestes innumerables
Amenaza mis estados.
Y como es fuerza se acaben
Tan funestos desacatos
Que amenguan de mi corona
El esplendor soberano,
Reunid á vuestros parciales,
Y con cautelosos pasos
Llegad, cruzando las selvas,
Hasta el enemigo campo.
Allí pedidle á Ixtlilxochitl
Una entrevista; el incauto,
Sin escolta, hasta vosotros
Se acercará temerario;
Mas antes que una palabra
Se desprenda de sus labios,
Entrambos de un solo golpe
Y sin compasión, matadlo.
Idos.....y tened presente
Que aquí la victoria aguardo;

Que el porvenir de mis reinos
Desde hoy queda en vuestras manos.
  Dice, y su adusto semblante
Se anima con un extraño
Gesto, que es dulce sonrisa,
Que es incomparable halago
  Para aquellos dos magnates
Que, sumisos y temblando,
Salen de la regia cámara,
Donde al resplandor escaso
  Del crepúsculo sombrío,
Torvo, mudo y cabizbajo,
En mil confusos proyectos
Quedóse el rey abismado.

  Una tarde, cuando apenas
El sol con láguidos rayos
Del Iztachihuatl doraba
Las cumbres desde el ocaso,
  Ixtlilxochitl separóse
De sus jefes y soldados,
Que á parlamentar le invitan
Los del enemigo bando.
  El se aleja, el gozo inunda
Su altivo semblante franco,
Y sus indómitas huestes
Le ven partir sin cuidado.
  ¡Ay! ¡infeliz! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.
  No lo presume, y tranquilo

En su valor descansando,
Llega á los embajadores
Con andar sereno y tardo;
  Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otompan y el de Chalco.
  El rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.
  El golpe alevoso hiere
La regia frente, y del campo
De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio:
  "Traición, Tezuco; á las armas."—
"Azcapotzalco"—exclamaron
Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;
  Y á poco, al tender la noche
Su gigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano

  Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;
Y en tan espantoso día,
Al perder los tezcucanos
  Su sangre, su rey, su gloria
En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altiva frente humillaron.

Netzahualcoyotl, el hijo
De Ixtlilxochitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,
Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.
Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses
Y el poder de sus contrarios,
Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe rey, que arrojando
Al infortunio sus días,
Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacan fundaron.

El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculta, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.
Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aun no vislumbra su ocaso,
Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento
Y de desventuras harto.

Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;
Aquel que en un regio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,
Recorre, como las fieras,
Despavorido los campos,
Sin hogar ni más consuelo
Que el amor de sus vasallos,
Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exigencia
De los reyes mexicanos,
De quienes era el proscrito
Príncipe, pariente amado,
Tezozomoc le permite
Retornar con sus hermanos
A Tezcuco, emporio y norte
De sus lisonjeros cálculos,
Dándole allí señoríos
Y de Cilam el palacio,
Donde entregado á las letras
Pasó dos lustros escasos,
De los negocios del mundo
Lejos y de sus engaños.

ROMANCE II.

EL ENSUEÑO.

Tezozomoc en su lecho
Perennemente reposa,
Que el peso de la existencia
Sus flacos hombros encorva;
Sus fuerzas enerva y rinde;
Deslustra la brilladora
Pupila que en otros tiempos
Fué de sus pueblos antorcha;
El fuego que ardió en sus venas
Apaga, y hora por hora
El invierno de los años
Nieve en su frente amontona;
Nieve que no se deshace
Ni se derrite ni agota,
Que ni hay Abril ni Verano
Que su terso cristal rompa;
Y por eso entre algodones
Lo arrebujan y lo escoran,
Y á su corte se presenta
Como un fantasma, una momia
Que desde el frío sepulcro
Dictando sus tenebrosas
Leyes, rige á sus vasallos
Y los tiraniza y doma.

Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestosa;
Frío el viento, rebramando
De las regiones del bóreas,
Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca,
Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa.
Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aun más lóbrega,
Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principo lenta
Del aire en las tenues ondas,
Y después acrecentando
Sus flebes giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.
En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas.....do quiera siguen
La carrera prodigiosa
De la voluble fantasma
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.
Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornisón, y tiende
Sutiles y vaporosas
Sus luengas alas, que poco
A poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.
Empero, en el mismo instante
Ve el rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa
Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas
Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,
Que abrasadas trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.
Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Un águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;
Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja
El arco la flecha aguda
Que el viento silbando corta.
El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa
Respiración, se horripila,
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente
Por la cual heladas gotas
De sudor copioso corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve al águila ya cerca
Que retrocede y se encorva,
Que dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma.
Y en su ya desnudo seno
Enclava las garras corvas,
Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.
Entonces el rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa, y tiembla, y llora;

Llora de susto, y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre
Que acude á su acento atónita.

Está en el regio aposento
Una anciana temblorosa,
Que habla con triste semblante
Y con lenta voz monótona.
Sus ojos, cual si quisieran
Penetrar las vagas ondas
Del porvenir, están fijos
Hacia delante, y sus hoscas
Miradas prende en sus labios
El rey, con alma absorta,
No pierde una sola frase,
Y ni una sílaba sola.
—"Esa mariposa negra,
Sombría y aterradora,
Era el vengador espíritu
De Ixtlilxochitl que aun te acosa.
Las víctimas de los reyes
Ni en el sepulcro perdonan,
Y la paz del alma, dulce,
En este mundo les roban.
—Prosigue.....
—Aquella montaña
Gigantesca y portentosa,
Es tu trono que enrojece
La sangre de tus victorias.
—¿Y aquellos cráneos horribles?
—De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan
  Las columnas de ese trono
Que te sostiene.....
—¿Y las olas
De aquel mar de fuego?
—El tiempo
Significan, que á espantosa
  Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.
—¿Y ese monstruo sanguinario?
Murmuró el rey con voz ronca,
  Llevando una mano fría
A su frente sudorosa.
—¿El águila?
—Sí, contesta.
—Te anuncia que vengadora
  La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas.....
¡Le estoy mirando!
—¿A quién miras....!
—A él, al rey de los Acolhuas.
—¿Nezahualcoyotl?
—Al mismo;
Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos
Su hambre, su ambición, su cólera;
  Que no ha de ver en sus días,
Tardes ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.
—"¡Mientes!" exclamó el monarca

Furioso; "sella tu boca"—
Ea, ¡llamad á los príncipes,
Que quiero hablarles ahora!
"Sí, sí, que el traidor perezca,
Perezca su estirpe toda,
Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria."
Dice el rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.

Ante el rey de Azcapotzalco
Estaban, á pocas horas,
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,
Infantes de la corona.
Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,
Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcoyotl, que pronta
Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
A cabo acción tan gloriosa.

Tezozomoc muy en breve
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa
Encerró con sus cenizas
Bajo una sombría bóveda,
La execración de su pueblo,
Que aun después de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primogénito Maxtla
La indignación envidiosa.
Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.
De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayatzin con los suyos
En la impotencia abandona.
Y Tayatzin, á quien poco
Después la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la augusta persona,
Y por su orden, le dan muerte,
Ciñendo á la poderosa
Frente del regio asesino,
Entre la espléndida pompa,
Y los vítores de un pueblo
Que ante el destino se postra,
De Azcapotzalco y Tezcuco
Las magníficas coronas.

Maxtla, libre de temores
En su majestad se goza,
Y con el poder se embriaga
Que ha adquirido á tanta costa.
Sólo una nube atraviesa,
Como fatídica sombra,

Por el tranquilo horizonte
De sus venideras glorias;
Y esta sombra es el recuerdo
De un hombre, fuente do brotan
Sus pertinaces recelos
Y sus continuas zozobras.
Nezahualcoyotl, sombrío
Se le aparece, y trastorna
Los proyectos colosales
Que fragua su mente loca.
No olvida el sueño funesto
De Tezozomoc, y sorda
Brama en su pecho implacable
La tormenta pavorosa;
La tormenta, que lo mismo
Que de los cielos arroja
Sobre la tierra las iras
De su formidable cólera,
Así del pecho de Maxtla,
Contra el heredero Acolhua,
Se desprenden las saetas
De una adversión enconosa.
Y sin que pueda, ni un día,
La pesadilla diabólica
De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,
En persecución del príncipe,
De los esbirros las hordas
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.
Los Teocallis escudriñan,

Y los Tianguis (1) alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

---

(1) **Las plazas del mercado.**

ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pie de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la margen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tapias envejecidas.
Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.
En ella moran tranquilos
Un anciano y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,
Nezahualxochitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxochitl
Son dos almas y una vida;
Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.

Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su lánguida luz vertía.
La joven, como una sombra
Impalpable y fugitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;
Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxochitl al verle,
Gozosa se le aproxima:
—Padre mío, ¿á tales horas
Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del día?
Dame tu mano y revélame
Dónde vas.....
—Sígueme, hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que agita
A diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada, do la vista
Entre tristes sempazúchiles
Y sauces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;
Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,
Es el único consuelo
De prolongadas vigilias.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría
Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
A la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,
—"Allí está Tiata, hija mía,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;
Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.
Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.
Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchtitlán un día
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.
No puse á sus pies un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.
¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,

Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.
Eternos días horribles,
Largas noches de vigilia
Pasé sin Tiata..... era hija
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxochitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mías.
Y en mi socorro acudiendo,
A Huitzilihuitl obliga
A devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.
Tiata al hogar desolado,
Al Eden de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;
Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.
Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemoxtli, (1)
Eternas, tristes y frías,
Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.

---

(1) Diciembre.

Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundían.
Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el día
Que tú naciste; tú eres
De Huitzilihuitl la hija.
Murió el verdugo hace tiempo;
Allí está en polvo la víctima;
¡Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh (1) las delicias!
Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.
Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio, y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;
Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías."
Cesa la voz del anciano,
Nezahualxochitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

---

(1) El Sol.

ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana
Va rodando en los espacios
Febe, su disco de plata.
Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.
Mas Nezahualxochitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aun de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.
Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fía
Los secretos de su alma.
Acaso un leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.
Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
A la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día
Con los crespones del alba,
Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.
Que aun mira se le figura
La imagen gentil, gallarda,
De un mancebo que corría
Y ásperas cimas trepaba,
Como el Coyametl (1) que huye
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;
Aun se finge que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.
Y por el mismo sendero
A poco ve que se lanza,
En pos de aquel fugitivo,
Un tropel de gente armada
Que corre de un lado al otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conconferenciar se para,
Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.
Tal sueña la pobre joven,
Intranquila y desvelada,

(1) Jabalí.

Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.
  En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aun por el espacio rueda
Febe, su disco de plata.

  Que ruido es ese? ¿acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?
  ¿O lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos las ramas?
  ¿O es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?
  Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.
  Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hacia ella
Temerosa y recatada.
  ¿Quién será? tiembla la joven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas sólo
Unos breves pasos anda,
  Cuando á su oído un acento

Llevó en sus ondas el aura:
"Detente un punto, detente,"
Oyó decir con voz clara.
Empero Nezahualxochitl
Cada vez más asustada,
No camina.....corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;
En un instante se acoge
Al dintel de su morada;
Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hacia atrás la cara,
Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatli (1) entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.
Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.
Entonces la joven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.
—¿Qué ocurre, hija mía?
—¡Auxilio!
¡Venid, socorro!
—¿Qué pasa?
—¡Padre, mirad!.....
Al reflejo
De las rutilantes llamas

(1) A manera de capa que usaban los aztecas.

De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxochitl, que súbito
Reconocen sus miradas
A aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huír por un sendero
Entre dos verdes montañas.
Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama:
—¿Quién eres?
—¿Quién soy?
—¡Tu nombre!
—¡Nezahualcoyotl!
—¿Te llamas
Nezahualcoyotl? ¡el hijo
Del gran monarca! Y enclava
Nanche en el rostro del príncipe
Sus pupilas dilatadas;
—¡Ah! sí.....ya te reconozco,
Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?
—No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada
Esta mansión?
—Sí por cierto.
—Pues la senda me señala
—Nezahualxochitl la sabe;
¿Mas ese rumor.....?
—De Maxtla
Son las tropas, que me siguen,
¡Y soy muerto si me alcanzan!
—Pues corred, yo las espero,
Huid; aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa;
Y que el hijo de Ixtlilxochitl
Con los altos dioses vaya.
Calló Nanche, y en lo obscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la joven
Las sombras, como fantasmas.

Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansión sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.
Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el jefe de ellas, mirando
A Nanche que las aguarda,
Deteniéndose soberbio
A no muy corta distancia,
Con fiero ademán altivo
De esta manera le habla:
—A ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa:
Ríndete, pues, y á los míos
Enseña la puerta franca.
El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
¡Paso! ¡paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.
—Te equivocas, dice Nanche
Con aterradora calma;

Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.
—¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?
—No niego nada.
—Lo confiesas.....
—En mi vida
Supe mentir.
—¿Y qué aguardas?
—No has de entrar en este asilo.
—¿Quieres morir?
—No me espanta
La muerte, cuando me alienta
Le fe de una justa causa.
—Eres anciano.....
—Mis ojos
De ver la luz ya se cansan.
—Morirás entonces.
—Y antes
Que se cumplan tus palabras,
Hollarás cien y cien veces
Mi cadáver con tus plantas.
—¡Adelante.....!
—¡Atrás.....!
La lucha
Desigual y sanguinaria,
A la faz de las estrellas
En un instante se traba.
La pica del noble anciano
Hunde al primero que avanza,

La cabeza, y cae al suelo
Como una pesada masa.
Se exasperan los contrarios,
Se oyen mugidos de rabia,
Y el iztli (1) el espacio hiende
En las puntas de las lanzas.
De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.
Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aún palpitantes, ultrajan.
A los aposentos entran;
Buscan, mas al fin no hallan
Al príncipe á quien creían
Asegurado en sus garras.
Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
En las llanuras de Anáhuac.
Como Coyotles (2) hambrientos.

La tibia luz de la aurora
Viste al Oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,
Se ve bajar por los campos
A una joven que agitada

(1) Pedernales.
(2) Especie de chacales.

Muestra en sus ojos la dicha
Que sus tiernos labios cantan.
"No pierde un rey poderoso,
Un rey nunca pierde nada,
Si á sus iguales adora,
Si con princesa se casa;
Y él es rey, y yo soy hija
De Huitzilihuitl y Tiata;"
Estos eran sus cantares,
Estas eran sus palabras.
Alegre, gentil, risueña,
La colina al fin traspasa,
Cruza sus bellos jardines
Y se detiene á la entrada
De su mansión.....algo ha visto
De sombrío en lontananza;
Algo de fúnebre y triste
En las puertas y en las tapias.
Se le figura que el viento
Solloza triste si pasa,
Y que los árboles gimen
Si el aire silba en las ramas.
¿En dónde están de su padre
Las cariñosas miradas?
¿En dónde está la sonrisa
Qué sus labios dilataba?
¿Dónde los trémulos brazos
Que no salen á estrecharla,
Por aquella alegre puerta
Tan muda y tan solitaria?
¿Por qué ante ella se detiene,
Y tiembla y vacila, y anda

Un breve trecho y al punto
Se vuelve atrás asustada?
¡Ay! lo ignora, y decidida,
Resuelta, convulsa, pálida,
Entra, da un grito, y perdiendo
Al fin su última esperanza,
Siente un vértigo espantoso,
Siente un dolor que la mata;
Cierra sus ojos, y rueda
Por el suelo desmayada.....
. . . . . .
Vió á Nanche, á Nanche tendido,
Tintas en sangre las canas,
E inmóviles las pupilas
En donde acaso aun brillaba
Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrímera lágrima.

ROMANCE V.

LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;
De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho;
De cruzar con sus dolores
Los mundanales desiertos,
En un futuro soñando,
En un pasado muriendo,
A Tenuchtitlán potente
Vuelve los ojos, el cielo
Un rayo de luz le envía
Que calma un punto sus duelos.
Y un átomo de esperanza
A su corazón enérgico,
Lleva una chispa que enciende
Su sangre en llamas de fuego.
Se une á Ixcoatl, monarca
Cuarto del coloso imperio,
Y con otros poderosos
Tributarios de su suelo,

Y al frente de un aguerrido,
Bravo y numeroso ejército,
Parte al fin contra el tirano
Maxtla, que en el trono excelso
No sospecha ni un instante,
No presume ni un momento,
Que en su fuerte y poderosa
Diestra, vacile su cetro.
Y ordena á Mazatl, el bravo
General de sus guerreros,
Que prepare á la defensa
La capital de su reino.
Y Mazatl la fortifica,
Lleno de vigor y aliento,
Con hondos fosos por fuera,
Con altos muros por dentro.
Y dentro y fuera, con rudos
Brazos y animosos pechos
Que esperan desesperados
El instante del encuentro.

El fulgor de un bello día,
Hermoso, puro y sereno,
Inunda con luz brillante
Murallas y campamentos.
Y quiebran la luz febea
Con vario fulgor intenso,
Los chimales y escaupiles (1)
De aquellos jefes soberbios.
De pronto se oye sonoro

(1) **Escudos y armaduras.**

Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcoatl toca diestro.
  Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento
Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.
  Nezahualcoyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl su criado
De honra y lealtad ejemplo,
  Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuahuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro:
  "Ve y dile á Nezahualxochitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imagen que reverencio.
  "Que no tema que la gloria
Coronará mis esfuerzos;
Que los dioses van conmigo,
Que de ellos el triunfo espero."
  Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.

  Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos;

Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,
Nezahualcoyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse, con los suyos
Camino del campamento.
Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de Nezahualxochitl
El cariñoso recuerdo;
De la lucha de aquel día,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algún bravo compañero,
Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.
El príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes resuelto.
Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío le sirve,
De nada el valor supremo;
Que el numeroso enemigo,
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
A perecer combatiendo.

De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcoyotl oye
La voz de Mitl, que corriendo
De su señor en socorro
Vuela al combate ligero,
Con los que á Nezahualxochitl
De escolta y guarda sirvieron.
Rompe Mitl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.
Al frente Nezahualcoyotl
Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.
Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Despavorido y sin armas,
El enemigo disperso.
Y....."¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mitl, qué has hecho
De Nezahualxochitl?" dice
El príncipe, sonriendo.
—Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mitl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrían al cabo muerto,
De la traidora sorpresa
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo—
Y Mitl la cúspide obscura
De un monte en que ya su velo
De sombras la noche tiende,
Le señaló con el dedo—
"Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxochitl
Con algunos de los nuestros;
Más.....véla allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro."

ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
A los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,
Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.
Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos
Hacia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.

¡Cuánto se amaban! la noche
Que Nanche murió, al influjo

De su nefasto destino,
Sus corazones en uno
  Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable
Y en dulces goces fecundo.
  A ella la vimos risueña
Aquel día, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo;
  Cantar la oimos alegre
Los ensueños de un futuro,
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.
  Y cuando al pie del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,
  Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecía un sepulcro.

  Cuando ya el sol se acercaba
A la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto
  Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
A la joven se aproxima
Con un cariño impulso;
  Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto

Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.
  Abre al fin Nezahualxochitl
Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
  Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mustios;
  Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,
  Así le dice: "allí tienes,
Nezahualcoyotl, al único
Sér querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.
  No miro ya de esta vida,
Por los desiertos obscuros,
Más luz que tú, más consuelo
Que tu amor, ni más refugio.
  Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.
  Sólo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto,
  Y que tu labio....."
—¡Silencio!

Nezahualxochitl, no es justo
Que me hables así....tu esposo
He de ser, yo te lo juro.
Después, alzando el cadáver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro
De Tiata, en una cueva,
Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.

Al anochecer, muy pocos
Días después, en Tezcuco,
Del infatigable Maxtla
Y sus sicarios, ocultos,
Ante un anciano Teopixqui (1)
Con un placer sin segundo,
Y de sus antepasados
Conforme al rito y los usos,
Delante de dos testigos,
Sus dos almas de consuno
Se unieron y para siempre
Con indisoluble nudo. (2)

---

(1) Sacerdotes.

(2) Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habían usurpado.—Clavijero.—Tomo I, pág. 108 [nota].

Entre los brazos del príncipe,
Nezahualxochitl algunos
Breves instante de dicha,
De supremo goce, estuvo;
Mas cuando de ellos pretende
Desasirse, un breve punto
Tembló, sus brazos se abrieron
Y cayó al suelo: confuso
Nezahualcoyotl, sobre ella
Se arroja de terror mudo;
Y da un grito, que los montes
Repercuten uno á uno
Y entre un tumulto, á la roja
Luz de los hachones fúlgidos,
Contempló á Nezahualxochitl
Bañada en sangre, sin pulsos;
A quien le traspasa el pecho,
Que há poco encendía un puro
Y noble amor, de una flecha
El iztli ardiente y agudo.
"Por matarme á mí la han muerto:"
Exclama fiero, iracundo,
Nezahualcoyotl, alzándose
Con un movimiento brusco:
"Ellos, ellos, continúa
Con ronco acento, y sañudo
Hacia la ciudad volviendo
Los ojos como carbúnculos:
—"¡Ah! maldita Azcapotzalco,
Guarida de tus verdugos,
Mañana al rayar el día
Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupiles rudos.
Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en cenizas
Tus palacios y tus muros....."
Dijo, cayendo de hinojos
Al pie de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.

ROMANCE VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey desde Oriente
Sobre los montes difunde,
En entrambos campamentos
Los capitanes reunen
A sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.
Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.
Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.
Allí estaba Ixcoatl llevando
Un tencalihuqui (1) que encubre
Sus nobles formas, y gasta,
Porque es de reyes costumbre,
Matzopeztlis (2) en los brazos,

(1) Traje de guerra que usaban los príncipes.
(2) A manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.

Y Cozchuatles, (1) que suben
Hasta media pantorrilla,
De cuero color de herrumbre,
Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;
Un tentetl (2) lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre
Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del iris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.
Lleva en la frente, por último,
El copilli, (3) del cual surge
Un cuachictli, (4) en que campean
Plumas bermejas y azules.
Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macahuitl en el cuello
De Mazatl, que fiero ruge
Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.
Allí está Nezahualcoyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;

---

(1) Especie de botas.
(2) Una esmeralda.
(3) Corona.
(4) Insignia que usaba el rey en la guerra á modo de penacho.

Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrastra y destruye,
Así va con sus guerreros,
A quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,
Nada que ataje su brío,
Nada que lo sobrepuje;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.
En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, (1)
Que en su lobreguez le oculte,
Corre ciego sus jardines,
Y hallándole, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crugen.
Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre
Que al caer al suelo hacían
Tapias, arcos y techumbres,

---

(1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los aztecas.

El piso hundiendo al impulso
De su imensa pesadumbre.
Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe,
Y el grito del populacho
Que sus jardines obstruye;
Que destroza las florestas
Do gozó, en horas más dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.
Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.
¡Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre
Aparato, al fin la muerte
Su pálida faz descubre!
Maxtla escondido en el fondo
Del temazcalli, prorrumpe
En copioso, amargo llanto
Que sus pupilas desluce.
No tardan en encontrarle,
Que por mucho que se oculte
La maldad, siempre hay un labio
Que su guarida denuncie.
Del antro obscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre.
De soldados que lo arrastran,
Descuartizan y confunden,

Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.
  Y entretanto que las llamas
En Azcapotzalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;
  Entretanto que las víctimas
En alaridos prorrumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,
  Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.

TEZCOTZINGO.

A mi esposa la Sra. Dña. Eleonor del Valle de Peón.

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma
Y de Tezcuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,
Una mansión que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
O se retrata en los cielos.

¡Es Tezcotzinco! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos!

Una pendiente siiave
Ofrece fácil acceso
A sus inmensos jardines
Y á sus floríferos huertos,
Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De embriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.
Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.
Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro
Y de la mansión hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.
Allí la vista extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;
Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros más bellos.

Allí se miran los baños,
También en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños
Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molice templos.
Allí levantan sus muros
Ricos Teocallis severos
En donde el fuego sagrado
Perennemente está ardiendo.
Y perdidos en la sombra
Del follaje de los cedros,
Pórticos y pabellones
Se elevan de trecho en trecho.
El agua que fecundiza
Sus cultivados terrenos,
Corre en sonoros cristales
Por un acueducto inmenso,
Que al descansar sobre un vasto
Terraplén, desde muy lejos,
Viene cruzando los valles,
Las colinas, los oteros;
Agua que al correr ligera
Por canales y descensos,
Después de surtir las fuentes,
Los baños y los soberbios
Estanques, y derramarse
Por los prados y los huertos,
Retratando en su camino
Flores, hojas, aves, cielos,
Inquieta, raudá y sonora

Por riscosos vertederos,
En bulliciosas cascadas
Se precipita á lo lejos;
  Y de tan grande belleza
Vienen á ser complemento
El aire que se respira,
Manso, perfumado, fresco;
  El sol que dora los bosques
Cuando nace, y cuando lento
Traspone las grandes masas
De sombra que en los espesos
  Follajes de la intricada
Selva, anticipan el bello
Crepúsculo de la tarde,
Tan melancólico y tierno.
  Las cumbres de las montañas
Que ondean en los extensos
Horizontes, la alta cima
De volcanes corpulentos;
  Sus picos que reverberan
Como diamantes inmensos,
Joyas con que la natura
Engalana el Universo;
  Los lagos que á gran distancia
Azulean al reflejo
De los rayos de la luna
Que van á quebrarse en ellos;
  Y horizontes, luz, matices,
Fuentes, cascadas, senderos,
Aves, estanques, llanuras,
Bosques, nubes, flores, cerros,
  Forman un todo, un conjunto
Tan armonioso y poético,

Que á Texcotzinco transforma
En un paraíso nuevo.

En la más bella floresta
De aquellos sitios amenos,
Una sonorosa fuente,
Esculpida con esmero,
Ostenta en mitad de ella
Una piedra de gran peso,
En cuyo frontis pulido,
De jeroglíficos lleno,
Están marcados los años
Que el poderoso, el excelso
Nezahualcoyotl, de aquella
Soberbia morada dueño,
Ha regido los destinos
Del Acolhuacano imperio,
Y de sus gloriosos días
Los más notables sucesos.

En otro estanque se mira
De piedra un león inmenso,
Que hacia donde el sol se pone
Mantiene los ojos puestos,
Y que asegura en su boca
Una efigie, que es perfecto
Trasunto de aquel monarca
Justo, sabio, grande, bueno,
Idolo de sus vasallos,
Firme amparo de sus pueblos,
Luz de sus vastos dominios
Y admiración de los tiempos!

ROMANCE II

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aun destrozado no había
Aquellas obras insignes;
Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aun sus muros resistían
Sobre sus cimientos, firmes;
Cuando no se contemplaban
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos valles y pensiles;
Ruinas tantos palacios,
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;
Cuando aun sus templos oían
Los cantares de las vírgenes
Aztecas, que idolatraban
A sus dioses invencibles;
Cuando aun no echaba la yerba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, huraños reptiles,
Nezahualcoyotl, cruzando
Sus encantados jardines,
En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.

Allí de su lira al eco
Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes gimen.
Allí, al son de sus acentos
Se encendían los matices
De las flores, y temblaban
Sobre sus tallos flexibles;
Allí recordaba alegre
De sus años juveniles
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides;
Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices;
Allí concibió su mente
La idea de un sér sublime,
Creador del cielo y tierra,
Que infinitos orbes rige,
Dando al olvido la extraña
Majestad de las efigies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices;
Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandes riiines.
Y allí con Matlalzihuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahuapilli,
Honor de su egregia estirpe

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Al Sr. D. Mariano Rojo.

ROMANCE I.

El rey Toteotzin, tirano
Y Señor de los Chalqueses,
A quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazón albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,
Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mexicanos, muere.
Las vencedoras legiones

Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcuco,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.
Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.
Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.
Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.
Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta
Ya oculta mano que hiere,
Ya una cuadrilla que roba,
O entre las llamas envuelve
Palacios y sementeras
Que en cenizas se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,
Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte
Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve.
Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Después de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los Huexotzingos,
Venciendo á los Cotasteses.

OMANCE II.

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las regiones de su ocaso;
Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus melódicos cantos,
Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mexicanos.
Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto;
¡Inútilmente las flechas
En el carcax se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
También se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
¡Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus Estados
La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,

Y con acción tan villana
Sólo han querido injuriarlo!

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los grosseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prisión le reducen
En un soberbio palacio.

Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambición y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazón humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!
Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Sólo escucha y el mandato.

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afán de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con sus nobles celebra
Para ser su soberano,
Que en la gran plaza del Tianguis (1)
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus generosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de entusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

(1) Plaza del Mercado.

ROMANCE III.

De gala estan los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hacia la plaza del Tianguis
Alegre al paso encamina.
El sol aparece, nuncio
De un claro y risueño día,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.
No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ría.
Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.
El presente le sonríe,
El porvenir le acaricia,
Y en un Oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,
Un resplandor, una aurora
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada brilla.
Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,

Y que al fin se ha roto el yugo
Que á México lo esclaviza;
Eso esperan los que en Chalco
Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fían.
Ya combatiendo al coloso,
O con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberanía;
Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en mas halagüeños días.

ROMANCE IV

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las columnas
Que sus planicie sustentan.
Allí revueltas espiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.
Y fluye hirviente y refluye
En bocacalles y puertas,
Sin que haya dique seguro
A su curiosa impaciencia.
Los mexicanos, que fueron
Presos con Omixtla, esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.
El huehuetl y el teponaztli (1)
En son acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.

Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva regia,
Y el pueblo en vivas prorrumpe,
Y unánime aplauso truena.

(1) Instrumento de música.

Omixtla adelanta grave,
Al pie del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡Tan grande silencio reina!
Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa:
"Sabed, nobles mexicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;
Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezca,
Que haga traición á mi patria
Y al rey mi señor ofenda.
En más que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea."
Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Yergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista:
Su pupila centellea.....
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.

TLAHUICOLE.

A Manuel Domínguez Elizalde.

ROMANCE I

EL PRISIONERO

Tenuchtitlan y Tlaxcalan
En continuas disensiones
Enrojecen con su sangre
Selvas, llanuras y montes.
Años tras años de encono,
De contiendas y de horrores,
De entrambos pueblos acrecen
El odio en sus almas torpes;
La plácida bienandanza
De alegre paz desconocen,

Y á su lisonjero halago
Las conveniencias oponen.
Que el afán de procurarse
Víctimas para sus dioses,
Hace que la guerra insana
Sin término se prolongue;
Pues el que en la lucha cae
O al enemigo se acoge,
Es al fin sacrificado
Por bárbaros sacerdotes.

Los Huexotzingos unidos
A las aztecas legiones,
Y los bravos Otomites
De Tlaxcalan defensores,
En medio del campo un dia
Se encuentran, se reconocen,
Y de ira implacable llenos
Al combate se disponen.
El sol, coronando al mundo
Con ardientes resplandores,
Baña de fértil llanura
Los extensos horizontes;
Y de un extremo y del otro
Partiendo los campeones,
Se arremeten como fieras
En brusco y terrible choque.
Jefe de los Otomites
Es el bravo Tlahuicole,
El general tlaxcalteca
De más brío y de más nombre.
El macuahuitl que fulmina

Su fuerte brazo, es disforme,
Tanto, que apenas con ambos
Puede sostenerlo un hombre.
De alta prosapia en su pecho
Se agita su sangre noble,
Que abonan más que su estirpe
Sus generosas acciones.
Fiero, cual siempre, á las huestes
De los huexotzingos corre....
¡Ay de aquellos que á su paso,
Desventurados, se oponen!
Hiere, destroza, y do quiera
Las compactas filas rompe
Del enemigo, y llevado
De un furor al cual no pone
Coto ni medida, al cabo
De los suyos alejóse,
De la prudencia olvidando
Las saludables lecciones;
Y en un pantano se hunde,
Do con movimientos torpes,
Apenas para salvarle
Bastan su fuerzas enormes.
Ya los contrarios le cercan,
Aprehenderlo se proponen,
En los otomites cunde
La confusión, el desorden;
Al mirarse sin su jefe
El temor les sobrecoge,
Y como guerrera escuadra,
En medio del mar salobre,
Juguete va de las olas

Y furiosos aquilones,
A destrozarse en las peñas
Sin guía, rumbo ni norte,
Así desbandados huyen
En distintas direcciones,
Y su completa derrota
Van á ocultar á los montes.
El general tlaxcalteca
Defiende su vida entonces,
Lo mismo que se defienden
En su cueva los leones;
Y al número al fin cediendo,
Lleno de heridas, rindióse;
Y de ira ciego la muerte,
Por favor, pidiendo á voces.

En una jaula anchurosa,
De formidables barrotes
De madera, reforzados
Con toscas planchas de bronce,
Sujeto de pies y manos
Al bravo caudillo ponen,
Y cautelosos le encierran
Como á los tigres feroces.
Dando gritos de alborozo
Le cercan de escolta doble,
De la cual al frente se hallan
Algunos guerreros nobles.
Y mientras tanto, serena,
Tiende sus velos la noche,
Y como una madre ciñe
Entre sus brazos al orbe,

A Tenuchtitlan la grande
Se dirigen, en buen orden,
Por extraviados senderos,
Cautivo, escolta y señores.

En una tarde apacible,
Los alegres callejones
De una huerta floridosa,
De fuentes llena y primores,
Moteuczoma, el rey altivo
De Tenuchtitlan, recorre
Acompañado de algunos
De su más diestros bufones,
Que con chistes le solazan
Y hacen que un punto se ahoguen
En el olvido, las penas
De sus ocultos dolores.
Empero, en breve le saca
De tan dulces distracciones,
La nueva de que han llegado
Al palacio embajadores;
Que á un enemigo le traen
Que por sus hechos conoce,
Para que juzgue y sentencie
Como quiera y se le antoje.
Llega á su presencia el reo
Con altivo y digno porte,
Y su gentil continente
La atención augusta absorbe.
El rey sereno le mira,
Y en su rostro dibujóse
El placer y una sonrisa
Que mal sus labios esconden.

Y en el cautivo fijando
Sus ojos, como carbones
Negros, decirle estas frases
Los circunstantes le oyen:
"Hasta mi oído ha llegado,
Valeroso Tlahuicole,
La fama de tus proezas
Y el prestigio de tu nombre;
Y pues tus hechos admiran
Cuantos tu valor conocen,
Justo es que yo te releve
Del castigo. y te perdone.
Eres libre, libre puedes
Volver á tus patrios bosques,
Y que en medio de los tuyos
Recuperes tus honores."
El general tlaxcalteca
Que con grande asombro oyóle,
Serenándose un momento,
De este modo le responde:
"Grande señor, yo agradezco
El bien que tú me propones;
Mas permite que rehuse,
Y esto á ultraje no lo tomes;
Pues el que acepta sereno
De su enemigo favores,
Se envilece y se degrada,
Y es fuerza que se deshonre:
Quiero morir con los míos,
Que aun están en tus prisiones,
En honor de mi república
Y para honor de los dioses."

Calla el general, y todos
Los circunstantes le oyen
Con asombro; Moteuczoma
Su dignidad reconoce,
Y en más, con esto, le estima,
Y por lo tanto, da orden
De que en su mismo palacio,
Cual lo merece, le alojen.
Y adularlo determina,
Y halagarlo se propone,
Y conquistar el cariño
De una alma tán grande y noble.

ROMANCE II.

LA ORDEN.

Que la historia no revela,
Declaran los Michuacanos
A Tenuchtitlan la guerra;
Y Moteuczoma resuelve
Mover las huestes aztecas,
Y al frente de ellas, que marche
A Tlahuicole le ordena.
Obedece aquel mandato
El general tlaxcalteca,
Y párte á Tlaximaloyan
Que es de Michuacan frontera.
Allí en terribles encuentros,
De su pericia da pruebas,
Y nuevos lauros añade
A su gloriosa carrera.
Y aunque triunfar por completo
No logra al fin con sus fuerzas,
Gran número de cautivos
A sus pendones sujeta.
Y con un botín muy rico,
Que es fruto de sus proezas,
A la capital retorna,
Do el rey gozoso lo espera,
El cual los grandes servicios

Del caudillo recompensa,
De Tlacatecatl brindándole
Con la dignidad suprema.
Mas de nuevo Tlahuicole
Rehusa tan grande muestra
De distinción, declarando
Que sólo morir desea;
Y el monarca decidido,
Ya que complacerlo es fuerza,
Que sus deseos se cumplan,
Bien á su pesar, ordena.

———

ROMANCE III.

EL SUPLICIO.

Cerca del mayor teocali,
Sobre un terraplén muy vasto,
El Temalacatl, con bellos
Bajorrelieves labrado,
Descansa y ostenta lúgubre,
Sombrío como un cadalso,
Su redonda superficie,
De mil crímenes teatro.
Era la tarde, y el pueblo
En torno de él agolpado,
Que se presente la víctima
Espera con entusiasmo.
Allí se ve á Moteuczoma
Bajo de un solio sentado,
Cubierto de oro, de plata,
De esmeraldas y topacios.
En torno de él, la nobleza
Y los altos dignatarios
De las comarcas cercanas,
El lujo ostentan y el fausto.
Del Temalacatl sombrío,
Nada más que algunos pasos,
Seis inmóviles Teopixquis
Están con los ojos bajos.

Su traje es negro, y su cuerpo
Desnudo en piernas y brazos,
Con el teopatli divino
Se mira recién untado.
Llevan un birrete tosco,
Negro también, y muy amplio,
Y debajo del cual salen
Sus fuertes cabellos largos;
Largos hasta el suelo, y siempre
Con dos cordones trenzados,
Teñidos con tinte espeso
De humo de ocotl aromático.

Todos callán.....de repente,
Lo mismo que el Oceano
Se agita el pueblo, se abre,
Y de uno y de otro lado
Deja una anchurosa calle
De fuertes muros humanos,
En cuyo extremo aparece,
Con noble desembarazo,
Tlahuicole, el valeroso
General republicano,
Héroe de aquellos festejos,
Y de las miradas blanco.
Avanza lento y tranquilo
Con majestiioso paso;
Llega al terraplén, y grave
La escalinata trepando,
Saluda al rey, que le mira
No con enojo, con pasmo;

Y al Temalacatl se sube
Con ánimo sosegado.
  Allí espera un breve punto
Que un pie con un fuerte iazo
Le aseguren á la piedra
Que es de la lid escenario.
  Danle después un chimalí,
Escudo de gran tamaño,
Y un macuahuitl que, aunque corto,
Está fuerte y bien tallado.
  Le dejan solo, en seguida
Sus ojos grandes, airados,
Pasea en torno, y espera
Tranquilo á sus adversarios.
  Llega el primero, se miran,
Y después de un corto plazo,
Le divide Tlahuicole
En dos, el cráneo, de un tajo.
  Sube en seguida el segundo,
Otro después, y hasta cuatro,
Y á los pies del tlaxcalteca
Sucumben casi en el acto.
  Grita el gentío; los aires
Se conmueven al aplauso
Universal, y la sangre
Tiñe á torrentes el mármol.
  Suben tres más.....Tlahuicole,
Lleno de heridas, jadeando,
Aun logra vencerlos, aun
Rinde al séptimo su brazo,
  Hasta que el último sube,
Y diestro ó afortunado

El arma le hunde en la frente,
Y se estremece de espanto.
  Entonces, como en el coso,
La fiera cae en el charco
De su sangre, hondos mugidos
De mortal furor lanzando,
  Así rueda Tlahuicole
Por el suelo, y en el acto
Los Teopixquis, de su cuerpo
Sangriento se apoderaron.

  De gran dios Huitchilopoxtli
Ante el templo venerando,
Sobre aquella piedra horrible
De los sacrificios bárbaros,
  El cuerpo aún palpitante
De Tlahuicole acostaron;
Le abren el pecho, le arrancan
El corazón.....¡humeando!
  Y en seguida los Teopixquis
Con él se acercan á lo alto
De la escalera, y arrojan
El cadáver mutilado.

  Pasa una hora, lentamente,
Huye el pueblo cabizbajo,
Nadie hay en torno del triste
Temalacatl solitario.....
  Esperad.....el negro bulto
Avanza con lento paso,
De una mujer desolada
Con un niño entre los brazos.

Llega.....su triste sollozo
Cruza gimiendo el espacio;
Es el amor, es la esposa
Del general desdichado.
En Tenuchtitlan cautiva
Con él estuvo tres años,
Fué de sus días el ídolo,
Fué su placer, fué su amparo.
El llanto por sus pupilas
Brilló en trance tan amargo,
Su corazón oprimiendo,
Su corazón inundando,
Hasta que entrada la noche,
Desfallecida al estrago
De su dolor, mal apenas
Pudiendo alentar el paso,
Se retiró á su morada,
Monumentos en que asomando
La luna, bañaba en sangre
Sus melancólicos rayos.

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

A la Sra. Da. Manuela Serrano de Valle.

PRIMERA PARTE.

ROMANCE I

EL ASTRÓLOGO.

En un salón espacioso
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anahuác opulento,
En un salón que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico artesón de cedro,
Bajo un dosel de oro y fino

Nácar incrustado en ébano,
Y sobre un banco de icpali
Está el Rey nono de México,
Moteuczoma el poderoso
Que no hace mucho que ha vuelto
De una expedición famosa
En que ha perdido su ejército,
No combatiendo cual suele,
Contra el belicoso pueblo
De Amatlan, que rebelado
Tremola pendón guerrero;
Sino al embate furioso
De una tempestad, que haciendo
Destrozo grande en sus huestes,
Le obliga á tornar ligero
A Tenuchtitlan la hermosa,
Con los miserables restos
De una legión combatida
Por el cansancio y el miedo:
Que un portentoso cometa
Su cauda enseña en el cielo,
Nuncio de grandes desgracias
Para el trono y para el reino;
Y por eso acongojado
Está el monarca en su asiento,
Entrambos brazos caídos,
Pegada la barba al pecho;
Ni hace caso de un jicali (1)
Que de octli (2) espumoso lleno,

---

(1) Vaso natural.
(1) Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.

Le ha presentado una esclava
Que le sirve con esmero;
  Ni una luenga caña fuma
Que colma tabaco bueno,
Con itlilxochitl (1) oloroso
Y otras dos yerbas compuesto;
  Pues piensa sólo en que dicen
Los nigromantes más viejos,
Que el cometa y el fracaso
Que dispersó á sus guerreros,
  Y el incendio repentino
De las dos torres del templo,
Le anuncian que de otra tierra,
Que está del Anáhuac lejos,
  Y por el lado en que luce
El sol sus rayos primeros,
Vendrán en son de conquista
A derrocar su gobierno,
  Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.
  Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto más serio
Cuanto que Nezahualpilli
Rey del Tezcucano pueblo,
  Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,
Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrológo supremo,

---

(1) Vainilla.

Con pesadumbre le afirma
Que cuanto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,
¡Triunfando de él en el juego!
Que era el azar el que daba,
Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos,
En las dudas más sencillas
Y en los más arduos empeños,
La victoria al más taimado,
O más astuto, ó más diestro.

Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.
A alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor más pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.
Pero así como en la obscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando después más negro;
Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento,
Más airado y más sombrío
Mientras más avanza el tiempo.
En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento,

Y "vete," á la sierva dice;
"Vete;" y en el punto mesmo
Se abrió la regia mampara
Que da entrada al aposento,
La cual, después de dar pas
A dos hombres, tornó luego
A cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.
Rompióle al fin el monarca
Dirigiéndose al más viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus pies de hielo.
—"Tú, Xoloe, que los destinos
Penetras de hombres y pueblos,"
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;
Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno
Al porvenir sus secretos;
Tú que en el estudio has visto
A un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,
Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios."
El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Según lo palido y frío
Que está clavado en su puesto.

"Dí que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mía
Para que te sirva, en premio."
El sabio baja los ojos,
Con justa razón temiendo
La cólera soberana
Que oculta el rey con esfuerzo.
"Contesta, Xoloe, no temas."
—"Si tú lo mandas....."
—"Lo quiero."
—"Nezahualpilli no miente."
—"¿Luego es la verdad?"
—"Es cierto."
Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;
Y ardiendo en ira se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está, en ademán sumiso,
Y es general de su ejército.
Y "de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,
Y maniatado al instante
Enciérralo de ella adentro;
Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento."
—"Gran señor, si tú lo mandas,
Gran señor, yo soy tu siervo,

Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.
  Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.
  Pero antes oye: vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras gentes
Pedazos vendrán á hacerlo;
  Caerás, sí,.....yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu Imperio.
  Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre ti su aguda flecha
Será en lanzar el primero."
  Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto regio.

  Quedó solo el rey, mirando
De una gran ventana el hueco,
Y vió al sol, y el sol Poniente
Hundiéndose á paso lento
  Entre rojizos nublados,
Como girones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.

ROMANCE II.

LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.
Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.
Tenuchxtitlan aparece
Cubriendo su bella imagen
Con ese velo sombrío
Que precede á las catástrofes.
Hombres, niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzando con el dolor
Retratado en los semblantes;
Todos hacia Tlatelolco
Se dirigen, sin hablarse,
Como si á expresar su pena
Con los ojos les bastare.

Sobre una estera de palmas,
En dos almohadones grandes,
Duerme Papantzin el sueño
Ultimo de los mortales.

Era princesa viuda
De un general Totonaque,
A quien ella quiso mucho,
De quien no pudo olvidarse.
Y fué su pesar tan hondo
En tan aflctivo lance,
Que con la viudez llegaron
Padecimientos y achaques,
Sin que valieran remedios
Contra sus físicos males,
Que el daño estaba en el alma,
Y ésta no es fácil que sane.
En Tlatellolco vivía,
Donde gobernaban antes
Ella y su esposo, y en donde
Gozó placeres fugaces;
Y allí fué donde la muerte
Vino á curar sus pesares,
Velando los tristes ojos
Que lloraron sin cansarse.
Hermana de Moteuczoma,
Fué cariñosa y añaden
Que el monarca la quería
Como nunca quiso á nadie;
Por eso ofrece en persona
Presidir los funerales;
Y en el palacio mortuorio
Todos están esperándole;
Adentro, inmenso gentío
Que bulle por todas partes,
De nobles hembras y esclavas,
De plebeyos y de grandes;

Y afuera y en dobles filas,
Por los lados de la calle,
Más de cuatro mil guerreros,
Vestidos con ricos trajes,
Formados desde la puerta
Del palacio, hasta la base
De un elevado edificio,
Que era el Teocali más grande.
Todos con harta impaciencia
Anhelan que el rey no tarde,
Aunque por la hora presumen
Que no estará muy distante.

Llega por fin Moteuczoma
Y de una litera bájase,
De dolor intenso dando
Inequívocas señales.
Lleva un xuihtilmatli (1) airoso
Bordado con plumas de ave
Blancas y negras y azules,
Como las alas del ánade.
Cubre su augusta cabeza
El copilli (2) hecho con arte,
De sutiles hojas de oro
Salpicadas de diamantes,
Al través del cual se miran
En el cabello trenzarse,
De Quachichtin y de Ocelo
Las órdenes militares.

---

(1) Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.
(2) Corona, especie de mitra pequeña.

Y tiene los pies calzados
Con suelas de oro brillante,
Sujetas con trenzas de hilo
De plata y piedras que valen.
Viene con su corte toda
Y un séquito inmenso trae
De príncipes y señores,
Tributarios principales.
Y llegan en pos, y llegan
En orden, según sus clases,
Ministros y mayordomos,
Bufones, criados y pajes.
Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.

Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salía
De la princesa el cadáver.
En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trajes
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.
Iba cubierta de joyas
De plata y oro, con jaspes
De abrillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,
Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubría el semblante.

Precedían al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.
Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.
Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocase;
Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De timatlis (1) y cimeras,
Yelmos, armas y collares;
Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.
Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis (2) que entonaban
Las cántigas funerales.
Así en procesión llegaron
Al atrio del templo grande,
Donde en presencia de todos
Y junto al mismo cadáver
Sacrificaron á muchos

(1) Traje de los mexicanos.
(2) Sacerdotes.

Que eran sus esclavos antes,
Y al capellán que atizaba
La lumbre de sus altares.
  Terminada ya la horrible
Ceremonia, que complace
A un pueblo que más parece
De tigres que de salvajes,
  Desanda el mismo sendero
La procesión, sin turbarse
En nada el orden seguido;
Y sin que en su alma llevasen
  Un eco los concurrentes,
De los lastimeros ayes
Con que las puertas del templo
Estremecieron los mártires,
  Cuyos cuerpos comenzaban,
Tintos en caliente sangre,
A rechinar en la hoguera,
Pasto de llamas voraces.
  Hay en el mismo palacio,
Y cultivado con arte,
Lindo jardín que un arroyo
Riega con mansos cristales;
  Le forman verdes murallas,
Cien ahuehuetes gigantes,
Y acequias lo defienden
Y cercan por todas partes.
  Brindan esencia á las auras
Y regocijo á las aves,
Flores de exquisito aroma
Y de variados esmaltes;
  Y en un extremo hay un bosque

as ramas colosales
cruzan sobre una cueva
Do apenas circula el aire,
Y de esta cueva no lejos,
Rodeado de tiernos árboles,
Un estanque transparente
De clara linfa hace alarde,
En donde Papantzin iba
Frecuentemente á bañarse,
Cuando su velo de sombras
Pálidas tendía la tarde;
O, si el tiempo estaba frío,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecen en los arriates,
A respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
E introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
brieron la negra boca
os delgados mármoles.

ROMANCE III.

LA REVELACION.

En un gran salón oblongo,
El mismo en que daba audienci
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:
Era ésta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.
De barro del de Cholollan,
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,
Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas,
Cubierto de espuma hirviente
Que su calidad revela,
Un chocolatl que perfuman
Varias olorosas yerbas,
Cautiva al rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yem

Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,
Y Tapia su mayordomo,
De la flor de la nobleza.
Estos son únicamnte
Quienes presencian su cena;
Que á más de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.

El monarca aquella tarde
De contento daba muestras;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.
Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;
"En vano los que consultan
—Decía—allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.
Esta vez Nezahualpilli
Es innegable que yerra,
Y que su genio extravía
Por los campos de la ciencia.
Delira... mas no me asusta....—
¡Que rey de Acolhuan no fuera!
Como el otro, entre las llamas
Me pagaría su ofensa.—
El desazona á mis huestes
Oue con sus augurios tiemblan;
Sólo yo me burlo de ellos,

Sólo yo los menosprecia."
  Y al decir esto, reía
Con carcajadas histéricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;
  Como aquel que aliento y bríos
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

  Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ugier desempeña,
  El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias:
  "El señor rey de Tezcuco,
Nezahualpilli, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia."
  Oyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
  Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tezcuco, ordena.

  Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,

Y el Tezcucano su objeto
Expresó de esta manera:
"Señor, tu hermana Papantzin
A quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque
Que está de su tumba cerca,
Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y genial en ella.
A los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta:
Papantzin la llama, dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avise
Al mayordomo le ruega:
La esposa de éste, á la súplica
Infantil, al sitio vuela;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.
La niña llora; á sus gritos
Innúmera gente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodigio contempla.
Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
A los que allí la rodean.
Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico que sin tregua,

A Tlatelolco te llegues,
Que en su palacio te espera."
Dice así Nezahualpilli,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza,
El corazón se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha.
Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,
Ordena al ugier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el rey su primo entra,
Y al palacio se dirige,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
A la par que de impaciencia.

En un banco de agalloco (1)
Con albas telas cubierta,
Está Papantzin sentada
Muy pálida, aunque serena.
Ocho esclavas la acarician,
Que lloran de gozo al verla,

(1) Aloe.

Y del xochiocotzotl (1) grande
Preciosa resina queman;
  Humo que en loor de los dioses
Sencillas cántigas lleva,
Por el favor que reciben
Y por el bien que les prestan.
  Que su hermano niegue el hecho
Teme la noble princesa,
Y otra segunda embajada
A dirigirle se apresta,
  Cuando oye ruido de pasos
Y ve á Moteuczoma que entra:
Moteuczoma, que al mirarla
Como una estatua se queda.
  ¡Era cierto! de la duda
No lo envuelven las tinieblas,
Y tal milagro patente
Ante sus ojos se muestra.
  —"Ayer la enterré"—murmura
El rey con faz descompuesta,
Y se desploma en un banco
Que dos mujeres le acercan.
  Sepulcral es el silencio
Que en la ancha cámara reina,
Y á que hable Papantzin todos
Los circunstantes esperan;
  Quien arreglando su traje,
Después de pedir la venia,
Con voz débil y argentina,
Así su relato empieza:

---

(1) Liquidámbar.

"Señor, cuando en los brazos de los míos
Dejé de respirar, tal vez no muerta,
Falta sí de sentido, halléme sola,
Sola y en medio de llanura extensa.
Ni un árbol, ni una flor ni planta alguna
Miraba en su extensión árida y seca;
Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.
Sólo y cerca del sitio en que yo estaba
Iba arrastrando su corriente inmensa
Un caudaloso río, cuyas olas
Unas tras otras con fragor estrella.
Al espantoso ruido que llevaba,
Sentí helarse la sangre de mis venas,
Y á cruzar una fuerza me impelía
La mole de sus ondas vendinegras.
Resuelta estaba ya, mi pie desnudo
Tocaba el agua con la planta inquieta,
Cuando sentí una mano sobre el hombro,
Y un acento escuché que dijo: "espera."
Alcé la vista, y á los ojos míos
Apareció un doncel, de forma esbelta,
Vestido con un traje reluciente,
Como la blanca luz de las estrellas.
Sostenido en el aire parecía
El tlauquechol que majestuoso vuela
Con dos alas de plumas vaporosas,
Sonrosadas, flotantes y ligeras.
"Espera; sí, me dijo, no es aún tiempo
De que intentes ganar la orilla opuesta;
Hay un Dios que te quiere y te conoce,
Y por eso á la fin serás su sierva."

De allí el gallardo joven me condujo
Caminando por la húmeda ribera,
En donde vi esparcidos muchos huesos,
Y pálidas y humanas calaveras.
Y á escuchar comencé tristes gemidos
Que el pecho me rasgaban con fiereza,
Punzando cada poro de mi cuerpo
Un espantoso frío que aún me hiela.
Torné luego á mirar hacia las olas,
Y sobre el filo de sus blancas crestas,
Unas barcas enormes navegando
A mi asombrada vista se presentan
Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
De distinto vestir de nuestra tierra,
Con escamas de plata sobre el busto,
Y yelmos de metal en la cabeza,
Los vi con estandartes en las manos,
De blanco cutis y mirada fiera,
Teñidas las mejillas de achiote,
Con labios de coral y barbas negras.
Entonces el doncel que sonreía
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,
A hablarme comenzó de esta manera:
"Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena.
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.
Los gemidos tristísimos que oiste
De este río en las márgenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra;
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.
Y esos hombres que llegan en la barca,
A tu patria infeliz traen la guerra;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella:
Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.
Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera;
Para que á los demás de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas."

Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.
Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta ligera;
De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra....
Lo demás, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras."
Calló Papantzin; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,
Nublada la frente regia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.
Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.
Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,
Donde pasó largos días
Y largas noches inquietas,
A acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

SEGUNDA PARTE

ROMANCE I

LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas
Y un mundo desconocido,
Hernán Cortés, temerario,
Manda quemar sus navíos.
Un puñado de valientes
Contempla tanto heroísmo,
Y cada cual se propone
Volver al suelo nativo;
Tornar á la patria un día,
Pero de la patria digno,
O perecer en la lucha
Si no puede conseguirlo.
Arden las barcas, y el fuego
Alumbra el mar cristalino
Reflejándose en las nubes
Con brillante colorido,
Como una aurora de gloria
Que anuncia, tras de un martirio
Largo y penoso, felices
Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos
Soldados esclarecidos,
Vivirán eternamente
Por los siglos de los siglos.

Viniendo de Ixtapalapan,
Pasado Mexicaltzingo,
Coyohuacan y Mixcoac,
En un punto en que el camino
Se parte en dos, se detuvo
Aquel ilustre caudillo
Que un mundo arrojó valiente
A los pies de Carlos quinto.
Hernán Cortés, rodeado
De un ejército mezquino
En número, pero grande
Por lo bravo y aguerrido.
Recibió los parabienes
De dos mil guerreros indios,
Que en nombre de su monarca
Salieron á recibirlo.
Todos esmeradamente
Alhajados y vestidos,
Pasaron ante sus ojos
Humillándose sumisos,
Tocando la tierra, y luego
Besándose al punto mismo
Las manos, que entre ellos era
La ceremonia de estilo.
Terminado este aparato,
Siguió su marcha el altivo
General, y á media legua
De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
Ir á su encuentro ha querido,
Para rendirle homenaje
Y admiración, de que es digno
Hombre que así se rodea
De tal fama, y tal prestigio
Ha conquistado en sus vastos
Y poderosos dominios.

En una litera hermosa,
De cedro en labores rico,
Y reforzado con planchas
De plata y oro bruñido,
Bajo un parasol que forman
Cuatro abiertos abanicos
De plumas rojas y verdes
Sujetas con blancos hilos,
Que en el vértice, entre piedras
Que roban al sol su brillo,
Tiene una águila afianzando
Negra culebra en el pico,
Apareció el rey de Anáhuac
Con aire grave y tranquilo,
Sofocando de su pecho
El tumultuoso latido.
Más de doscientos señores
Profusamente vestidos,
Pero descalzos y andando
Por los lados del camino,
De respeto en señal, iban
De tres nobles precedidos
Que llevaban en las manos
Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente
Para el pueblo claro indicio,
Pueblo que á su rey seguía
Sin penetrar sus designios,
Como su rey temeroso,
Y como un rey abatido,
Y enclavados en el suelo
Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro
Aquellos dos enemigos,
(Que tal vez nunca lo fueron
Según parece en los libros),
Se avistaron, un instante
Hirvió confuso el gentío,
Cada cual buscando ansioso
Mejor puesto y mejor sitio;
Y aztecas y castellanos
Admiraron su atavío,
En tanto se detuvieron
El rey y el soldado ínclito.
Del bridón bajóse el uno
Con muestras de regocijo,
Y de la litera el otro
Con el semblante tranquilo;
Dejando mirar empero,
En sus ojos, repentino
Pavor que tras de los párpados
Procura esconder solícito.
Que al ver tan de cerca al hombre,
Héroe de tantos prodigios,
Siente á su pesar que eriza
Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
Y le zumba en los oídos
Con acento pavoroso
La voz de sus adivinos.
Y de Papantzin se acuerda,
Papantzin que en el recinto
De Tlatelolco, aun asusta
A los que muerta la han visto;
Papantzin, que vive sola,
Y que absorta en su retiro,
Ve realizado el sueño
Que le embargó los sentidos.

Cortés ante Moteuczoma,
Gallardo, aunque conmovido,
Hizo un saludo profundo,
Y el monarca hace lo mismo;
Cortés le cuelga en el cuello
De grandes cuentas de vidrio
Un engarzado rosario
Que desde Europa ha traído,
E intenta abrazarlo, pero
Se le oponen los ministros;
Que fuera gran desacato
Esa muestra de cariño.
¡Quién entonces les dijera!
Ay, quién les hubiera dicho
Que ha de sujetarlo un día,
No con los brazos amigos,
Sino en obscuro aposento,
Con eslabonados grillos!...
¡Quién entonces lo dijera!

¡Quién se los hubiera dicho!...
El monarca con los ojos
Le dió las gracias al ínclito
Español, por esa muestra
De afecto no permitido.
Y recompensa, riendo,
Al obsequioso caudillo,
Con dos collares de nácar
Hechos con gusto exquisito,
Del cual pendían algunos
Cangrejos de oro macizo,
Del natural imitando
Las formas y el colorido.
Después de breves arengas,
En que se dieron recíprocos
Parabienes por la honra
Que al mirarse han recibido,
Se separaron entrambos
Tomando rumbo distinto,
El uno asaz caviloso
Y el otro asaz pensativo.
El rey, para dirigirse
Vía á su alcázar, seguido
De sus nobles y guerreros
Que le acompañan mohinos;
Y Cortés con Cuitlahuatzin,
Del rey hermano querido,
Y que con los españoles
Desde Ixtapalapan vino,
Hacia un cercano palacio,
Murado y fuerte edificio
Que supo admirar cual siempre

Por lo grande y por lo limpio,
  Y al cual entró con sus tropas,
Como ellas envanecido,
En medio de un populacho
Que el aire aturde con gritos.

ROMANCE II

LA PRISION.

Cortés estuvo seis lunas
En México, temeroso
De traiciones y celadas,
Que eran en número corto
Sus tropas, y bien podía
El rey, si cambia de modo
De pensar, en un momento
Exterminarlos á todos.
Y un pensamiento concibe
Que por lo atrevido, loco
Parecióle algunas horas
A su espíritu coloso;
Pero consultando luego
Con sus capitanes doctos,
Se obstina más en su idea,
Que en ellos encuentra apoyo,
Y resuelve apoderarse
De Moteuczoma, que es sólo
El medio de estar seguro
En lugar tan peligroso.
Y va con sus compañeros
Alvarado, Ordaz y otros,
Y con Marina, la india,
Que era el imán de sus ojos,
A palacio, y pide audiencia,

Y obteniéndola, animosos
Invaden la regia estancia
A poner su plan en logro;
Plan gigantesco que puede
De agudo delirio, aborto
Parecer. Empero tuvo
Término breve y famoso.
Cortés despliega el primero
Los labios, y en su socorro
Llamando á toda su astucia,
Comenzó á hablar de este modo:
—"Vengo, gran rey, á decirte
Que tu vasallo el odioso
Señor de Nauhtlan (funesta
Nueva que adquirí hace poco),
Sé que hostiliza á los míos
En Veracruz, y que ha roto
El juramento sagrado
Que en tu nombre hizo á nosotros,
Matando á Escalante, jefe
Denodado y valeroso
Que pereció batallando,
Á quien como hermano lloro.
Y pues que de tal suceso
Te dan por autor, no á otro,
Queriendo á mi soberano
Cuenta cumplida dar pronto
Y satisfacción bastante
De un agravio tan notorio,
Vengo á saber tus disculpas,
Y si por buenas las tomo."
Al escuchar tales frases,

Se alza el rey; miedo y enojo
Pinta en su faz, y bajando
Dos escalones del solio:
—"Mis enemigos te engañan,"
Dice al fin con agrio tono:
"Yo á mi palabra no falto,
Y aquel atentado ignoro;
Y si es el Señor de Nauhtlan
Culpable, yo te respondo
De que será castigado
Como cumpla á mi decoro."
—"No dudo, replica el héroe,
Que la calumnia á tu rostro
Pretenda lanzar, inicua,
Negro baldón afrentoso;
Por lo mismo yo pretendo,
Para que conozcan todos
La estimación que nos tienes,
De perfidia sin asomo,
Y para que el rey mi amo
Se satisfaga del todo.
Que vengas á mis cuarteles
A vivir entre nosotros."
Dos más escalones baja
Moteuczoma, y clava absorto
En Hernán Cortés, abiertos
Enormemente los ojos.
—Y ¿cómo quieres, le dice,
Que sin degradarme, cómo,
Me deje prender, hundiendo
Mi dignidad entre el lodo?
Y si consiento, ¿tú crees

Que abandonado á mí propio
Me dejarán mis vasallos
Prisionero entre vosotros?
  Nada contendrá el torrente
De su furia y de su encono,
Y ayudados de los dioses
Volarán en mi socorro!"
  El español con acento
Seguro y con gran aplomo,
Atusándose el bigote,
Le contesta de este modo:
—"¿Por qué ha de extrañar tu pueblo
Que nos des un testimonio
De amistad? Si en mis cuarteles
Vivió tu padre el glorioso
  Axayacatl, es muy justo
Que bajo el techo que mozo
Te dió abrigo, determines
Buscar tranquilo reposo;
  Dando además una prueba
A tus pueblos numerosos,
Del afecto que nos guardas
Del corazón en el fondo.
  Mas si es que intentan los tuyos
Algo contra mí, no somos
Débiles mujeres míseras
Sin amparo y sin apoyo;
  Armas tengo, y brazos fuertes,
Y proyectiles de plomo,
Y ¡vive Dios! que con ellos
Sabré castigar su arrojo."
  Con faz color de ceniza

El rey escuchaba atónito,
Brotando sudor la frente
Por cada uno de sus poros;
Y la vista revolviendo
Con grandes muestras de asombro,
La posa al fin en Marina
Interrogándole absorto.
En este momento uno
De los capitanes, rojo
De cólera, y del buen éxito
De la empresa temeroso,
Mirando que el rey vacila
Y que su miedo es notorio,
Dirigiéndose á su jefe
Clama con acento ronco:
—"Sélense ya nuestros labios
Válganos la fuerza sólo,
O que aquí pierda la vida
Si nos conoce tan poco."
Y dando claras señales
De brío, con aire torvo
Golpeó la acerada diestra
Del espadín en el pomo.
Torna el rey más azorado,
Más pálido y tembloroso,
A interrogar á Marina
Con los rayos de sus ojos,
Y ésta le dice que acceda
A lo que piden, gustoso;
Que aquellos hombres son tercos
Y están resueltos á todo.
Que acceda, y será tratado

Como cumple á su decoro,
Que en ello le iba la vida;
Que se resolviese pronto.
  Y cedió bajo el impulso
De un temor supersticioso
Que há tiempo le han sugerido
Papantzin y los astrólogos.
  Juzgó ya llegado el tiempo
De bajar del alto solio,
Cumpliendo con el mandato
De los dioses poderosos.
  En litera y con la guardia
De sus nobles, salió á poco,
Y al cuartel del castellano
Llegó conducido en hombros;
  Y en un obscuro aposento
Después de quedarse solo,
Dejó que corriera el llanto
Por sus mejillas, copioso.

———

ROMANCE III.

EL COMBATE

Cortés partió á Cempoala
Donde estaba rebelado
Contra él Pánfilo Narváez
Con ochocientos soldados;
Y Moteuczoma cautivo
Queda en el ibero campo
Bajo la ruda custodia
Del capitán Alvarado.
Vencido quedó Narváez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á México orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.
Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados;
Pues halló que los guerreros
Y los nobles mexicanos,
Sufrir más tiempo no quieren
La prisión del soberano;
Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza,
No sin perjuicio y estragos,
El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo!
Combates hay día á día
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanjan las calles
De sangre roja de bravos.
En su encierro Moteuczoma,
Desde un balcón enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;
Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.
Y...¡qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!

De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea más alta
De su prisión, rodeado
De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
A quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años,
Apareció Moteuczoma
A su pueblo alborotado,
Cuando en lucha formidable
Aztecas y castellanos,

Entre alaridos de muerte
Y cantares de entusiasmo
Pelean con noble brío
Y con denuedo bizarro;
Cuando hispana artillería
Fuego vomita y espanto,
Muerte y exterminio cunde
Poblando de humo el espacio.
Al ver al rey, cesa todo,
Dóblanse frentes y manos,
Y un hondo silencio reina
Sin que ose nadie turbarlo.
Entonces se oye el acento
Solemne, sonoro y claro
Del monarca, que un instante
Pudo mandar á sus labios,
Y exclamó:—¡Súbditos míos,
Nobles guerreros! si acaso
Por afecto á mi persona
Armasteis el fuerte brazo
Y hostilizáis á esos hombres,
Sabed que son mis aliados,
Y que en su cuartel gustoso
Entre ellos la vida paso;
Os agradezco el cariño
Que me mostráis, y lo guardo
Y yo sabré dignamente
Cual corresponde, premiarlo.
Si provoca vuestra cólera
Que el tiempo se haga ya largo
De su mansión en mi reino,
Pronto habrán de abandonarlo.

Pues que me lo han prometido
Y su palabra me han dado,
Y cumplirán lo que ofrecen,
Que son valientes é hidalgos.
Cese así, pues, vuestro encono
Y dejad de hostilizarlos,
Y demostrad que sois fieles
Al señor que habéis jurado
Ciega obediencia; cayendo
Si osáis hacer lo contrario,
La cólera en vuestras frentes,
De los dioses irritados."
En silencio aun más profundo
Los guerreros aztecanos
Quedáronse sumergidos
Pero sólo un breve rato,
Pues cual suele en la espesura
Del monte escucharse airado
El ronco rugir del mixtli (1)
Que á su hambre no encuentra pasto
Así se oye la voz ruda
De Quauhtemotzin, que alzando
Con brazo nervudo y fiero
La visera de su casco;
Cubierto de sangre y lodo,
Y sus miradas fijando
En el augusto semblante,
Clama con acento áspero:
—"¿Y tú eres el que nos hablas
De esa manera, menguado?

1) León.

¿Tú el que baldonas mi estirpe
De nobles antepasados?
¿Tú el cobarde, tú el que vendes
La patria á viles extraños,
Y el que por miedo se entrega
Prisionero entre sus manos?
Deja que corra la sangre,
Si no has sabido evitarlo,
Y el débil huso y la rueca
Maneja torpe entretanto,
Que mientras hilas tranquilo,
Aquí la muerte esperamos,
Y moriremos con honra
Los que nacimos honrados."
Y diciendo estas palabras
Asió tembloroso el arco,
Del cual contra el rey al punto
Partió una flecha silbando.
Como las aguas del río
Al encontrar á su paso
Cortada á pico, en las cumbres
La pendiente de un barranco,
Con ímpetu se desbordan
Ondas tras ondas, rodando
Sin que la corriente pueda
Detener el curso raudo,
Así las hirvientes olas
De aquel atroz populacho,
De Quauhtemotzin al punto
El torpe ejemplo imitando,
Se precipitan furiosas
Contra su rey indignado;

Y de improperios y piedras
Puebla al instante el espacio.
  Y aunque el noble Moteuczoma,
De dos rodelas armado
Quiere defender el cuerpo
Del furor de sus vasallos,
  Recibe en la augusta frente
Un golpe de honda, y airado,
Al descubrirse, le clavan
  Se baña en su sangre, caé
De furia y de rabia pálido,
Y en hombros de sus ministros
Es conducido á su cuarto.
  ¡Cunde la horrible noticia;
Tiembla el valor castellano;
El pueblo grita entusiasta
Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO

Un solo instante aparece
Tras de los montes la luna,
Y el viento en torno á su frente
Torvo nublado acumula.
Ni un astro errante en el cielo
Con pálida luz fulgura,
Y algo de fúnebre y triste
La creación entera anuncia.
Ruge el aquilón. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lobreguez sepulta;
Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.
Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan,
Que es para mí tan molesta,"
Sobre una estera de iczotl (1)
De fino algodón y plumas,

(1) Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen aun hoy día, finas esteras.

El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.
Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada mas que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.
Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna.
Y ve á Xoloe entre llamas
Y entre torcidas columnas
De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo,
Y de su dolor se burla.
—"Ya lo ves, Xoloe, le dice;
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi predicción te abruma."
Y ríe Xoloe; las llamas
Por doquiera lo circundan.
Y el duro artesón quemado
Sobre él, al fin, se derrumba
Con grande estrépito. Oye
El rey un grito de furia,
Que más que los aquilones
Fiero en sus oídos zumba,
Y una imprecación satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche.
Como su conciencia, obscura.
Postrado en el lecho cae,
De frío sudor la adusta

Frente cubierta, y abriendo
Los ojos, el agua busca,
  La bebe y con torpe mano,
Flaca, pálida y convulsa,
Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.
  En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas,
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.
  Y el treinta del mes de Junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozara nunca.
  Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay alguien
Que de inhumano lo acusa.
  Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
También era con su suerte
Cruel la ciega fortuna.
  ¿Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razón sana ofusca?
  ¿Quién, al llegar á las puertas
De esa mansión que es la última,
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijón que punza?...

Cortés y sus capitanes,

Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,
  Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al regio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.

EL ULTIMO AZTECA.

A la memoria de mi padre el Sr. Lic. D. Juan Peon y Cano.

ROMANCE I

EL SITIO.

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diesmados por Cuitlahuazin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anáhuac tan funesto,
A Tenuchtitlan con grandes
Y poderosos aprestos,

Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.
Suena el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:
"Guerra," difunden los aires,
"Guerra," repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.
Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.
El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;
Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.

¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!
La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;
Pues Cuauhtemotzin la guarda

En instantes tan supremos,
Y jura á los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!

Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.
El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.
La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.
Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.
Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.
Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
A los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.
Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroísmo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.
Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.
Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo
Rechaza ofertas que juzga,
Por deshonrosos convenios;
Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.
Con el Cihuacoatl le envía
A decir que está resuelto
A sucumbir en la lucha
Sin acceder á sus ruegos;
Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce,
Por él sucumbe sin miedo.
Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.

ROMANCE II.

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo vale,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las augustas libertades.
Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el embate.
No abandona sus trincheras
Más que caundo al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.
Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chía
Siega la hoz incansable,
A la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,

Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren,
Víctimas serán del hambre.
Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge á débil piragua,
Presa el alma de coraje,
Y al puerto de Tlatelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago,
Como bandadas de aves
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,
Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca
Del incendio y del pillaje.
Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlatelolco, y que pasen

Impíde á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan sólo, fían
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.
Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas burlase
Su piragua la custodia
De los rudos capitanes
Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose
Pero García de Holguín,
Que en las insignias reales
De su embarcación alzándose,
Con su escuadra le da alcance
Entonces el rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;
De su pecho en lo profundo,
Por que á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.
Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,

Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguín con voz grave:
"Soy tu prisionero; sólo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condición y su clase."
Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

ROMANCE III.

LA ENTREVISTA.

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no há mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,
A su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
A su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.
"Malintzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;
Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aun me niegan:
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras."
Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, "ó con esa

Anma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta,"
  Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.
  Entonces el castellano
Le dice afable: "No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.
  Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas."
  Luego del rey se despide,
Que lo traten bien, ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.
  Y.... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas:
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!

ROMANCE IV

EL TORMENTO.

¡No hay botín! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.
Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlan desparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.
Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.
¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso Oriente?
Murmuran los españoles,
Y murmuran de su jefe,
Que á Cuauhtemotzin no obliga
Á que declare ó revele
En dónde guarda la tierra,
Donde sepultados tiene
Los prodigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha

De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca.
Y se le estime y respete;
Hasta que á su oído llegan
Viles rumores que ofenden
A su honor, y su decoro
En lo más sensible hieren.
Entonces, y en mala hora
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;
Y entregar al rey dispone
A la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,
Sér que de avaros instinto
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica gente,
Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
A la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.
El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.
Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos desciende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.
Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.
Empero, en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,
A la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;
Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.
Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces;
Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,

Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,
  Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y á un patio
Da según lo que parece,
  Pues de vez en cuando el aire
A bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,
  Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.

  Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.
  A interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.
  Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,
  Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias criieles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,
  Se apoderan de ella al punto,

Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
A la espalda fuertemente;
  Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos pies le bañan
Con resina y con aceite;
  Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

  El cacique de Tlacopan,
A quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.
  Cuauhtemotzín, indignado,
Que quien su deber conoce
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:
  "¿Piensas que estoy en un baño
O entregado á algún deleite?"
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.
  ¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende.
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

  Llega á Cortés la noticia
De la obstinación del héroe.

Su valor extraordinario
Estima en lo que merece:
  Y reflexionando, acaso
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.
  El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.

ROMANCE V

EL SUPLICIO.

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legión Tlaxcalteca
Y á Cuauhtemotzin con otros
También prisioneros, lleva.
Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su Imperio conserva.

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlan se aleja.
Al llegar á sus confines
Torna la vista hacia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.
Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.
Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.
Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.
Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.
¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!
¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!
Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.
Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena

Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra...
Y allí no ha de volver nunca....
¡Nunca! para recogerla.
Todo eso en un breve punto
A sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

A la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.
En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.
Que es Cuauhtemoczin el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.
Temeroso el castellano,
Da la noticia por cierta;
Al regio cautivo juzga,
Y á la muerte lo condena.

Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega

El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la estera.
  Dispersas al pie de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos
Aún las fogatas humean.
  Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas;
  Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñorea,
Lástima es que sus colores
Un instante se obscurezcan.
  Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla.
  A la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;
  Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.
  Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
A Cuauhtemotzin esperan.

  Al fin, aparece el reo,

Y su noble faz risueña.
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.
Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brío
De una yegua cordobesa,
A él se dirige, y con calma
Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.
Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.
"De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta."
Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.
Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregón; el verdugo
Del monarca se apodera;
Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan.
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

ROMANCES DRAMATICOS.

DOÑA BRENDA.

A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia:
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pie, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.
Despierta está Doña Brenda
y soñando el de Moncada:
¡siempre el amor descuidado,
siempre los celos en guardia!
El sueño con sus amores
—bien lo dicen sus palabras—
y Doña Brenda, del lecho

convulsa y turbada, salta.
"Laura, murmura D. Diego,
"jura obedecerme, Laura;
"sé que D. Luis te enamora,
"si dices que no, me engañas:
"jura que sola conmigo
"saldremos de aquí mañana."
No escucha más Doña Brenda,
gira en torno la mirada;
cerca de ella está una silla,
sobre la silla una capa,
un gran sombrero de plumas,
el talabarte y la daga.
Se arroja sobre el acero,
desnúdalo su venganza,
y en el pecho de D. Diego
con mano firme lo clava.
—Brenda, D. Diego murmura.
¡Infeliz! ¿Por qué me matas?
—Traidor.. Traidor..—Doña Brenda
dice con la voz airada—
Con esa mujer infame
no has de partirte mañana.
—¿Qué murmuras, Brenda mía?
¿Qué mujer es esa?
—Laura...
Y de un D. Luis tienes celos.
—¡Yo de D. Luis de Moncada?
—¡Celos tú de nuestro hijo!
—No case con doña Laura
el inexperto mancebo,
que es Doña Laura su hermana.

De amor que de mozo tuve
fruto fué la desdichada.
—Perdona, Diego, perdona,
doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
que está D. Diego sin habla.
Doña Brenda espera en vano,
suenan doce campanadas,
lívida está como el muerto,
no puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
por las calles y las plazas:
va tras de ella la justicia...
La justicia no la alcanza.
Corre de día y de noche,
un solo instante no pára,
y hasta que llega la muerte
ni sosiega ni descansa.
Después de morir le vieron
las ropas ensangrentadas:
¡siempre los ojos abiertos,
siempre en la diestra la daga!

1878

SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA.

A mi hermano Juan.

Está triste y desvelado
el conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la bóveda,
ya en el lejano horizonte
que las montañas recortan,
ya en las brumas impalpables
que por el espacio flotan,
ya en el huerto: entre los árboles,
entre las tinieblas hórridas,
se le figura que mira,
cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
blanca túnica á la otra.
—¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA.

A mi hermano Juan.

I

Está triste y desvelado
el conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la bóveda,
ya en el lejano horizonte
que las montañas recortan,
ya en las brumas impalpables

que por el espacio flotan,
ya en el huerto; entre los árboles,
entre las tinieblas hórridas,
se le figura que mira,
cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
blanca túnica á la otra.
—¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

II

Dirígese conturbado
al camarín de su esposa:
el lecho estaba vacío,
en gran desorden las ropas,
hundida la muelle almohada,
la lámpara silenciosa,
el tierno niño en la cuna,
y una sonrisa en su boca.
—¡Es ella la infame! ¡Es ella!
Clama Don Sancho, y retorna
á su aposento y un rico
arcabuz, airado toma.

III

Del balcón muy cerca vagan
los dos amantes, que inmolan
en aras de su cariño
paz, ventura, y hasta el honra.
La luna arrojó un instante
su blanca luz melancólica,
iluminando los rostros

de un mancebo y una hermosa.
—¡Es ella!.... repite el conde.
¡Desventurada traidora!
y es él, mi primo Don Arias,
¡el traidor que me la roba!
Subió la sangre á sus sienes,
tendió el arma matadora,
y apuntó; pero no sabe
á quién primero le toca
lavar con su sangre ardiente,
la mancha de su deshonra,
si él á quien tanto ha querido,
si ella á quien aún tanto adora.
En perplejidad tan grave,
en vacilación tan hosca,
oye estas dulces palabras
que el aire trae en sus ondas:
—"Si tú murieras, bien mío,
"muerta mi esperanza loca,
"en el corazón al punto
"hundiera mi daga toda."
—¡Pues húndela ya, Don Arias!—
Grita el conde con voz ronca,
y del arcabuz tendido
partió la muerte, celosa
de tanta dicha.—Bañada
en sangre, en la verde alfombra,
cayó la dama lanzando
un ¡ay! de mortal congoja.
—¡Maldito seas, maldito,
Sancho Bermúdez de Astorga!—
Gritó Don Arias, gimiendo
en convulsión espantosa.

Llevó á la cinta la mano,
brilló la luna en la hoja,
y en el corazón al punto
hundióse la daga toda.

—

Dejó el arcabuz Don Sancho
en un rincón de su alcoba,
y fuése al lecho, y durmióse,
hasta el rayar de la aurora.

1879.

MARGARITA.

A Victoriano Agüeros.

I

Margarita estaba triste,
triste y sola.—Margarita
que nunca tuvo placeres,
ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
hizo falta á su alma tímida,
y preguntó por su madre
á un rodrigón que la mima,
y á una dueña octogenaria
que la cuidó desde niña,
que con el alma la quiere
y amorosa la acaricia;
lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fría

sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormía,
y allí lloró muchas horas
triste y sola Margarita.

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay madre! ¡Madre querida!
¡Ay madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana....! Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III

Es Don Gaspar de Hinestrosa
un señor de horca y cuchillo,

rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra, lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo;
que cuando tiene un deseo,
necesario es el cumplirlo;
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincón de la iglesia,
ante la lápida triste
de esta manera se queja:
—¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
¡Dime tú, ¿qué me aconsejas?

Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra,
dormir, madre... ¡Dime, madre,
si no es mejor estar muerta!....
—¡Muerta!.... Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! Exclamó Margarita.
—Bien, madre, esta noche mesma.

V

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,
cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigón y la dueña,
los únicos que la quieren...
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hacia el lecho,
los cortinajes despliega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,

y conteniendo el resuello
Margarita inmóvil queda.

—

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
se marchita y azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su virgen sangre en las venas.
Oye en son confuso y leve
unos pasos que se acercan....
No oye más.... En su cerebro
se han roto al fin las arterias.

—

—¡Margarita! ¡Margarita!—
Grita Don Gaspar y entra
en la estancia.—¡Margarita!—
Margarita no contesta:
descorre los cortinajes....
Margarita estaba muerta,
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

1879.

RAMIRO RAMIREZ

A Francisco Patiño.

I

Nieve el marmóreo semblante,
las negras pupilas fuego,
viva imagen espantosa
del exterminio y los celos,
en la mitad de la estancia,
empuñando agudo hierro,
está Ramiro Ramírez
de rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
yace el cadáver sangriento,
y á sus plantas Berenguela
doblega el lánguido cuello.
—Mi amor á un tiempo y mi honra
me robaba ese mancebo...
Pagaréis con vuestras vidas
mi honor y mi amor á un tiempo.

—Justo es, murmuró la dama:
herid, pues que sois mi dueño,
y en un solo punto acaben
mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga:
se oyó murmurar un rezo:
tras un grito, el golpe rudo
de un cuerpo que rueda al suelo....
. . . . . .
. . . . . .
Después el paso de un hombre
que se aleja, y nada luego.

II

En una obscura capilla
cubierta de paños negros,
enlutada la techumbre,
enlutado el pavimento,
bajo una elevada cúpula,
frente al altar, en el centro,
se ven arder cuatro cirios
y un catafalco en el medio:
sobre él están descansando
dos ataúdes abiertos,
el uno de ellos vacío,
ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
duerme en él el postrer sueño,
y tiene el rostro velado
de un obscuro crespón denso.
Cerca de ella, inmóvil, pálido,

está un gallardo mancebo,
sin armas y sin insignias,
de luto el rico chambergo,
la torva triste mirada
fija en los mortales restos,
el corazón moribundo
y estertoroso el aliento.

III

Es él, Ramiro Ramírez,
el castellano guerrero
que casó con Berenguela
hace un año más ó menos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
y de allí se fué á la guerra
á combatir como bueno.
Y es Berenguela la dama
que ocupa el mortuorio lecho....
Ramiro le ha dado muerte,
la noche anterior la ha muerto.

AI

Mira Ramiro Ramírez
al cadáver largo tiempo;
al fin con trémula diestra
levanta el fúnebre velo,
y aparece ante su absorta
mirada, el rostro hechicero

que aún del cincel de la Parca
resiste al golpe violento;
que aún ostenta la frescura,
el hechizo, el embeleso
y la magia seductora
de otros felices momentos.

V

Después las fúnebres gradas
sube Ramiro en silencio,
y hasta el ataúd vacío
llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
su alegría y su contento:
la miró desesperado
de amor y de angustia lleno,
y dijo así con voz lenta
y con moribundo acento:
—Há un año tierna y sencilla,
velado en casto rubor,
me diste un beso de amor
en esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
aquel dulcísimo beso.—
En los labios de la muerta
los suyos puso el mancebo;

se oyó un rumor misterioso
por las bóvedas del templo,
y tras un postrer gemido,
tal vez de remordimiento,
rompió su cárcel el alma....
Cayó Ramiro en el féretro.

1879.

DOÑA BLANCA.

A Eduardo González Gutiérrez.

I

Sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.
Ella es Blanca, á quien el cielo
colmó de preciados bienes:
virtud, riqueza, hermosura.....
¡cuanto ambicionarse pude!
Amó un día, y aquel ciego
querubín de alas de nieve,
que anda entre fuego y armado
entre el fuego se divierte,
le dió el arco una mañana
y una aguda flecha ardiente,
y ella gozosa y confiada,
y él vivaz, traidor y aleve,

dispararon sobre un noble,
joven señor, bravo y fuerte,
que al débil golpe, sumiso
á los pies de Blanca viene
á ofrecerle sus amores;
su fe, su mano á ofrecerle;
y Nuño Rico ante el ara
tan noble oferta mantiene.

II

Partióse Nuño á la guerra,
de la boda á pocos meses:
fama y honra gana en ella,
en ella la vida pierde,
y llorando su desdicha
sin dicha que la consuele,
sumergida en la tristeza
de tantos días alegres,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.

III

Súbito golpe se escucha,
se abre el balcón de repente,
y un hombre en su capa envuelto
ante la dama aparece.

Sobrecogida de espanto,
horrible espanto, se cree
presa de extraño delirio
que como rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
lucha en su espíritu y vence,
y reconoce asombrada
á Don Leonel de Meneses.
—¿Qué buscáis? dice, y resuelta
á su enemigo se vuelve,
como fuego la mirada,
el semblante como nieve.
—Busco, Blanca, la ventura
que me roba ingrata suerte;
mil veces os la he pedido,
me la negásteis mil veces.
Señora, al pie de esa reja,
en poderosos corceles,
mis escuderos, mis pajes,
nos aguardan impacientes.
Si juntos de aquí salimos,
no temáis que no os respeten;
de lo contrario, este lance
la honra vuestra compromete.
—Piedad, señor, por el nombre
de esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble,
por serlo tan sólo, debe.
Amigo fuisteis de Nuño....
Fué en los tercios vuestros jefe...
—Señora...
—O mi servidumbre

haré que al punto despierte.
—Si no venís de buen grado,
á mal grado haréis que apele,
y entre mis brazos robustos
hasta mi palacio os lleve.
—¡Paso! Gritó doña Blanca,
y salir de allí resuelve;
mas él con rápido ímpetu
en su marcha la detiene
y el duro cerrojo afianza
de la puerta.... Nada puede
ya la infeliz... El infante
en la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
hacia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento...
Tal vez su razón se pierde...
¿Qué hace Blanca? Por qué inunda
su faz un fulgor celeste?
Corre á su lecho... ¡Es un siglo
un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
que bajo su almohada tiene,
y como herida pantera
que á su cachorro defiende,
cuando va á tocar al niño,
antes que á tocarlo llegue,
el arma rápida clava
en la espalda de Meneses.
—Así has de morir, villano,
que así los traidores mueren,
y pues aguardan tu vuelta

en la calle tus donceles,
se han de quedar asombrados,
¡vive Dios! de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
silencio á su voz sucede.

IV

Y mientras el noble innoble,
de pie no puede tenerse,
y al suelo rueda, y rugiendo
en su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama,
doncellas y pajes vienen,
y llenos de asombro escuchan
estas palabras solemnes:
—Deshonrarme ese hombre quiso,
por eso le dí la muerte,
¡y por donde vino vuélvase,
que mi honor así lo quiere!
Señala el balcón, dos pajes
el tronco helado suspenden,
y por el balcón arrójanlo,
cuando aun el alma rebelde,
con doloroso gemido
de su cárcel se desprende,
y su infortunio maldice
entre la vida y la muerte.

V

Y mientras se oye en la calle
rumor de rondas y gentes,
imprecaciones y votos,
y relinchos de corceles,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa
y el tierno vástago duerme.

1879.

SOR ANA.

A Manuel Nicolín y Echanove.

I

Doña Ana adora en Gelmírez
y Gelmírez en Doña Ana:
él es hidalgo, aunque pobre,
ella de regia prosapia.
Doña Ana tiene un hermano
y ha jurado antes matarla,
que permitir que se enlace
con Gelmírez Doña Ana.

II

Doña Ana entre los cuarteles
de sus jardines divaga,
y espera como acostumbra
á su amante en horas altas.

Sopla el viento y en los aires
la luna el nublado rasga,
y ve la hermosa en el muro
balancearse la escala.
El corazón le da un vuelco,
corre y al pie de la tapia,
ve á su Gelmírez tendido
en la hierba ensangrentada,
mortal el bello semblante,
y no lejos de él una arma
mira absorta y reconoce
que es de su hermano la daga.

III

Del almenado castillo
desde una ojiva, angustiada
miró pasar el entierro
de Gelmírez, Doña Ana.
¡Qué de tiernas ilusiones,
qué de alegrías frustradas
junto con el negro féretro
va á guardar la tumba helada
¡Pobres flores en su tallo
por el huracán tronchadas,
pobre amor muerto en la cuna,
pobre mujer, pobre alma!
Ayer todo era ventura,
campos de oro y esmeralda,
arroyos, aves y rosas
y praderas perfumadas.

Hoy, revuelto mar que ruge,
áridas inmensas playas,
campos que el invierno agosta,
negras ruinas solitarias.
¡Mañana, la noche eterna
á la luz de débil lámpara,
el tiempo solo, sin horas,
sin hoy, ni ayer, ni mañana!

IV

Nada á su hermano le dice
la doncella desdichada;
ni una queja, ni un reproche...
¡Llora, gime, reza y calla!
Nada le dice á su hermano;
mas á las puertas sagradas
de un convento se presenta,
y en una celda se ampara.

V

Las madres concepcionistas
están de fiesta y de gala,
que con el Rey de los Orbes
noble doncella se enlaza.
Los más hermosos cabellos
se cortan al pie del ara;
la más rica fantasía
quiebra ante el altar sus alas;
el corazón más sensible
sepulta sus esperanzas;

el alma más tierna y noble,
la más pura de las almas,
del mundo mísero y triste
los anchos límites salva,
y á las celestes regiones
en pos de otra alma se lanza.

VI

—"Ven, hermano, hasta el recinto
de mi celda solitaria:
aquí Gelmírez habita:
ven á clavarle tu daga.
Ven, y si quieres herirle
en mí misma, el hierro clava,
que es la celda de Gelmírez,
el corazón de Sor Ana."—
Esto la monja escribía,
deshecha en un mar de lágrimas,
desde el obscuro recinto
de su celda solitaria.

VII

—"Burlaste mis ilusiones,
burlaste mis esperanzas;
si antes fué ruda, más ruda
será mi nueva venganza.
Te destinaba un esposo
que de estirpe regia emana:

mas puesto que desdeñaste
honra tal, merced tan alta,
y de este modo destrozas
los blasones de tu casa,
y así sus fueros insultas
y mis derechos ultrajas,
mañana, al morir la tarde,
al locutorio te baja;
que en él estará Gelmírez
esperándote mañana."—
Esto á la monja escribía,
desde su noble morada,
brotando sangre los ojos,
el feroz Tello de Tapia.

VIII

¿Estaba muerto Gelmírez
ó nomás herido estaba?
¿Fué verdad lo del entierro,
ó fué el entierro una farsa?
Los cánticos funerales,
la negra mortuoria caja,
aquel lúgubre cortejo
y el clamor de las campanas,
¿eran engendros tan sólo
de su mente conturbada?
¿Del dolor creaciones fueron?
¿Fueron delirios del ánima?

IX

Rodaron tristes las horas...
¡Cuán pausadas, cuán amargas
para el sér desventurado
que mide el tiempo que pasa!
¡Una eternidad la noche
desde el crepúsculo al alba,
y del alba hasta el crepúsculo
de aquella tarde, qué calma!
¡Qué calma tan espantosa
en medio de la borrasca!
¿En dónde se hará pedazos
con el barquero la barca?

X

Son las seis, la tarde espira,
deja su celda Sor Ana,
y con paso vacilante
hasta el locutorio baja.
Mira al través de la reja,
y....—¡Es él! Gelmírez!—exclama,
y sin aliento á los hierros
con mano fría se agarra.
El era, el mismo Gelmírez
embozado en una capa,
pálido como los mármoles
de las vetas de Carrara.

Detrás estaba un mancebo
de retorcida mirada,
fiero, inmóvil, hosco, mudo....
El hermano de Sor Ana
—¡Tello, le grita la monja,
mal haya seas, mal haya
tu horrible burla y la ira
de tu espantosa venganza!
Y añade la monja, viendo
al sér á quien tanto amaba:
—Mientes, Tello, no es Gelmírez
ese enlutado fantasma....
¡Gelmírez está en mi pecho,
Gelmírez vive en mi alma!
—¡Ana, Gelmírez murmura,
yo soy!.... Tello no te engaña,
Tello consiente en que seas
mi noble esposa ante el ara.
Roto está el voto que hiciste
y aquí está la bula santa.
—Aquí está, murmura Tello,
y muestra un papel....
—¡No! ¡Calla!
Exclama otra vez la monja,
No es esa sombra quien habla.
¡Oigo la voz de Gelmírez
que de otro mundo me llama!
¡Ya voy, Gelmírez, espera!
¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!
Dice... Busca entre sus ropas
un objeto, y luego, rápida,
dirigiendo al cielo augusto
hermosísima mirada,

del seno en medio, hasta el puño,
clavóse una rica daga,
y rueda al suelo y la sangre
por el ancha herida salta.
—¡Maldito seas, Don Tello!
Gritó Gelmírez.... ¡Mal haya
quien olvidó que hay amores
que una vez sola se matan!

1879.

DONA ELVIRA.

A Bartolomé Pérez Hermida.

I

El conde de Aldáz es viejo,
pero tiene espósa joven,
como rosas las mejillas,
y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
en hora ingrata casóse,
porque á casar la obligaron
exigencias y temores;
no el amor, pues era el solo
imán de sus ilusiones
Rui-Fernández, con quien tuvo,
y aún tiene, ocultos amores.

II

Hijo de Elvira es Don Mendo,
mancebo gallardo y noble,
capitán el más valiente
de los tercios españoles,
que bajo el delgado cutis
aun el rubio bozo esconde,
y es ya en la ruda pelea
de los contrarios azote.

III

Tiembla Elvira cuando al mozo
contempla embebido el conde;
parece que una honda pena,
oculto cáncer que roe
su corazón, hace á veces
que á su faz el llanto asome,
y la espléndida hermosura
de su rostro le trastorne.
¡Tal vez combaten y estallan
en su pecho los dolores,
como las olas de Atlante
cuando se encuentran y rompen!

IV

En una vieja poltrona
la existencia pasa el conde,
paralizados los miembros
de añeja dolencia al choque.

Diz que en la lid espantosa,
de una lanza al rudo golpe,
cayó al suelo y que el sentido
largo tiempo perdió entonces;
y desde entonces no hay modo
de que sus miembros recobren
la savia, el vigor, la fuerza
que hubo del destino en dote.

V

Y allí, en su vieja poltrona,
está el de Aldaz una noche,
cuando Fortuño, escudero
que de antaño le conoce,
entra y le dice:—Señor,
sé que manchan tus blasones;
sé que hay quien aquí te ultraja,
quien escarnece tu nombre.
—¿Quién tal hace? Con voz ronca
exclama furioso el conde.
—Señor, tu esposa.
—¿Qué has dicho?
—Tu esposa todas las noches
las desiertas callejuelas
de tus jardines recorre,
de un hidalgo acompañada,
en punto á las oraciones.
Ruge el de Aldaz en su silla
cual hiena herida, se encoge

y gira en torno los ojos
como inflamados tizones.
Há tiempo que horrible celos
llenan su alma de rencores,
tiempo há que su pecho hiere
el desdén de su consorte,
y con acento convulso
exclama:—Fortuño, ¿me oyes?
dile á Don Mendo eso mismo.—
Y como muerto quedóse.

VI

—Señor, le dice Fortuño
á Don Mendo, noche á noche
en los jardines he visto,
en punto á las oraciones,
á una dama y á un hidalgo.
—Fortuño, y tú ¿los conoces?
—Señor, el conde me envía....
—¡Dime al instante sus nombres!
—Ella es Doña Elvira...
—¡Madre!—
¡Ah, Fortuño, en bien te pone
con Dios, que es reo de muerte,
quien tal secreto conoce....!
Rodó Fortuño en el suelo
traspasado el pecho innoble,
y en aquel horrible instante
sonaban las oraciones.

VII

Al jardín con el sangriento
acero en la mano, corre,
y allí Don Mendo dos sombras
distingue en la sombra inmóviles.
—Madre... ¡Madre!....
—¿Qué haces, Mendo?
Don Mendo no le responde,
blande el hierro, al cual el otro
hierro apenas se le opone,
y como el rayo potente,
y como el rayo veloce,
en el seno del contrario
el arma sangrienta esconde.
Lanza un grito Doña Elvira
que repercuten los montes,
y se queda muda y fría
como una estatua de bronce.
Mira Don Mendo que llegan
con luces dos servidores,
y hacia ellos rápido avanza,
y en su paso se interpone.
—¡Idos, canalla! murmura,
y de manos de uno, coge
una tea y torna solo
al horrible sitio, en donde
aun Doña Elvira parece
que no alienta, que no oye,
que no vive, en el espacio
clavada la vista inmóvil.

La ve Don Mendo y alumbra
y pasmado reconoce,
en el sangriento cadáver
á Rui-Fernández de Ordóñez:

VIII

—Mendo, al fin exclama Elvira
descompuestas las facciones,
pues mataste á Rui-Fernández,
ruega á Dios que nos perdone.
—¡Madre!
—¡En tus venas circula
sangre que tiñe tu estoque!
—Madre, escucha.....
Doña Elvira
cae al suelo y no responde.

IX

Dentro y fuera del palacio
se escuchan sordos rumores.
¡Se acerca al sitio del crimen
la justicia de los hombres!
Es fuerza que ignore el mundo,
es fuerza que el mundo ignore
que en casa de Aldaz habitan
la deshonra y las traiciones.
Mendo se acerca al cadáver,
sobre sus hombros le pone,

y por un portillo estrecho
que da á los campos, salióse,
medroso el paso y ligero,
con el cabello en desorden,
tinto hasta los gavilanes
de propia sangre el estoque.

1879

GABRIELA.

Al doctor Francisco Montes de Oca.

I

Sin más testigo que el sol,
que su luz al mundo roba,
está Gabriela en la playa
con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
sobre la arena rebosa
y las plantas de Gabriela
casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
á todos lados, y llora:
al fin se detiene inmóvil;
ya sonríe, ya solloza;
sobre el seno palpitante
la gentil cabeza dobla;
sus brazos cuelgan; las manos
entreteje una con otra,

y vaga, sin que se fije
ni en el cielo ni en las olas,
entre las olas y el cielo,
su mirada melancólica;
su suelto cabello agita
la brisa murmuradora,
y entre sus hebras de oro
prendida lleva una rosa.
Cerca de ella está amarrada
una barca pescadora,
y entre los médanos áridos
que el huracán amontona,
de una humilde ranchería
se ven las modestas chozas
y el vetusto campanario
de una capilla católica
con una sola campana,
con una campana sola,
que en aquel instante mismo
á las oraciones toca.

II

El corazón se estremece
de Gabriela.... ¡Ya es la hora!
Ya no ha de tardar su Félix.
Al fin su Félix asoma:
Félix llega triste y pálido,
algo tiene, algo le enoja;
le da su mano, y su mano
está fría y temblorosa.

Ya no tiene como en antes
la mirada halagadora;
parece que tiene miedo,
parece que se abochorna,
parece, cuando se acerca
á la niña encantadora,
que una oculta voz le dice:
"¿Por qué, Félix, la traicionas?"

III

—Félix,—murmura Gabriela.—
Y era su voz melodiosa
como suspiro del aura,
como arrullo de paloma.
—Félix, amor de mi vida,
te he esperado muchas horas,
muchas... ¡Ingrato!... ¡Y no has ido!
¡Como te aguardaba ansiosa
en mi ventana! ¿No sabes
lo que mi pecho te adora?
¿En qué estás pensando, Félix?
Dime... ¿Por qué me abandonas?
¿Es verdad cuanto me han dicho?
¿A otra quieres? ¿Amas á otra?
¿Que hablar con ella te vieron?
Que en el templo la enamoras?
¿Que á todas partes la sigues
y que de noche la rondas,
y que suspiras enfrente
de su reja silenciosa?

¡No te he visto en siete noches!
¡Aquí están las siete rosas
que conmigo te aguardaron!
¡Que te cuenten mi congoja!
¿Las quieres? Mira éstas, mustias,
marchitas y sin aroma.
Mira ésta, que aun tiene vida.
Aquí tienes la de ahora.
Si me amas como otro tiempo,
dale un beso en la corola.
Si es verdad lo que me han dicho,
entonces, Félix... ¡Deshójala!—
Félix de la bella mano
de la niña la flor toma,
y los pétalos arranca
y en la arena los arroja.
—Más tiempo no he de engañarte,
pobre Gabriela, perdona;
que para esta misma noche
concertada está mi boda.—
Dice el infame.... Se aleja...
Y quedó Gabriela atónita,
fija la vista en la arena,
fija la vista en las hojas.
¡Siente que le falta vida,
que su razón se trastorna,
que todo en torno se mueve,
que se cae, que se ahoga!

IV

¡Fantasmas de oro y de nieve
que poblasteis su memoria,

huid y desvaneceos
como la luz en la sombra!
Soñando estaba despierta;
ya no sueña... ¡Qué espantosa
pesadilla entre sus lazos
su alma mísera aprisiona!
Gabriela... ¡Infeliz Gabriela!
¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
que en ella velan tus padres,
Que en ella tus padres lloran!

V

¡Ay!... Permanece en la playa
inmóvil y silenciosa....
Para ella el mundo es la tumba.
¡Y ella está en la tumba, sola!
Nada mira, nada escucha,
la razón perdida, loca,
vagabundas las ideas
en torno á su mente flotan,
como ráfagas brillantes
de luz en cavernas hondas,
como de una arpa lejana
las inarmónicas notas.
¡Estrellas de un cielo puro
que su luz pálida agotan,
roncos gemidos de muerte
entre cánticos de gloria!
No ha visto en el horizonte
una parda nube torva,
que extiende sus negras alas

y el diáfano espacio entolda.
Se figura que ha caído
de su frente una corona;
que son pedazos de su alma
aquellas hojas de rosa;
que está escrito en cada una
un libro entero, una historia
de malogrados afectos,
de esperanzas ilusorias;
que allí están sus alegrías,
sus juveniles zozobras,
las lágrimas de sus ojos,
las sonrisas de su boca.

VI

Se le figura el nublado
ancha sábana mortuoria
y la luz de los relámpagos
las sepulcrales antorchas....
. . . . . .
Rápida, como impulsada
por atracción misteriosa,
dirige el paso anhelante
á la barca pescadora.
Entra en ella, en los abismos
el timón y el remo arroja,
y desamarrando el cable
que le sujeta á una argolla,
entrega el débil madero
al hondo mar que le azota,
y el huracán lo arrebata
entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche
larga, negra y tempestuosa,
entre el abismo del cielo
y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe.—¡Al otro día
vieron una barca rota,
y el cadáver de Gabriela
junto á un peñón de la costa!

1879.

GIL

A mi hermano Pedro.

I

Oye, Gil... esposo mío—
Teresa con voz confusa
dice, ahogando los sollozos
que su aliento débil truncan.
—No salgas, Gil, esta noche
que es de mi vida la última,
y cuando llore la niña
que está durmiendo en la cuna,
yo no podré levantarme
á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa,
¿quién su blando sueño arrulla?
Gil como siempre á la pobre
Teresa abstraído escucha,
y por sus trémulos labios
vaga una sonrisa estúpida.
Gil, otro tiempo tan bueno,

al torpe vicio tributa
la adoración insensata
que su noble instinto turba.
Duerme cuando el sol ardiente
la ciudad y el campo alumbra;
y cuando tiende la noche
su negra sombra confusa,
en el garito, en la orgía,
va á arrastrar su vida obscura,
ó de vil ramera en brazos
placer satánico busca.

II

¿Qué valieron de Teresa
la esplendorosa hermosura,
halagos, ruegos, suspiros,
y lágrimas y ternuras?
Indómitas, las pasiones,
como encadenadas furias,
en el pecho se desatan
del mancebo, y en él triunfan.
Torpe amistad y menguada
su ardor juvenil azuza,
y mil seductores goces
su edad temprana deslumbran.

III

Robó el dolor á Teresa
su esplendorosa hermosura:
las rosas de sus mejillas

están pálidas y mustias.
La miseria pavorosa
su alma sensible atribula,
y en su insaciable vorágine
sus alegrías sepulta.
—Oye, Gil, con voz más triste
y más lenta continúa,
jamás partió de mis labios
ni un reproche, ni una injuria;
agotaste tus caudales,
agotaste mi fortuna,
tus caudales eran tuyos,
y mi fortuna era tuya.
Destrozaste el pecho mío,
sus ilusiones más puras
rodaron bajo el imperio
de tus traiciones injustas;
hiciste bien, bien hiciste,
que mi pobre vida es única,
y yo al pie de los altares
te di mi vida.... Era tuya.
Mas la preciosa existencia
de esa angélica criatura
tus cariños necesita,
y necesita tu ayuda.
¡No salgas, Gil, no me dejes
sola con mi horrible angustia
en esta noche tan triste
que es de mi existencia la última!
Gil por única respuesta
su negro bigote atusa,
se cala el ancho sombrero,

y al decirlo con voz ruda:
"todas las noches la misma
canción y la misma súplica...
y nunca acaba de abrirse
para ti la sepultura,"
soltando una carcajada
de horrible sangrienta burla,
se salió dejando sola
con Dios á la moribunda.

IV

Está ya Gil en la calle:
de pronto mira una turba
salir del templo, y se pára
de un farol en la penumbra.
De gentes alegres todas
entre multitud confusa,
se ven dos novios, que acaban
de doblar á la coyunda
de himeneo, el cuello dócil
al placer que los adula.
El con lujoso vestido,
ella con lujosa túnica,
coronada de azahares
blancos como nieve pura....
Y siente Gil que la sangre
en sus venas no circula,
y en tropel en su cerebro
mil ideas se acumulan:

recuerda la alegre noche
en que á la luz de la luna
salió de aquel mismo templo
entre mil alegres turbas,
con su Teresa del brazo,
flor que el ambiente perfuma,
de felicidad radiante
y radiante de hermosura;
recuerda cuando en el atrio
amor eterno le jura;
recuerda que él no ha cumplido
de sus promesas ninguna;
recuerda que en su pocilga
la ha dejado sola y mustia
tocando con mano fría
los dinteles de la tumba.
Agudos remordimientos
su pecho intranquilo punzan
y dirige á su morada
la débil planta insegura...
El á su pobre Teresa
le va á decir que no sufra,
que sus infamias perdone,
que dé al olvido sus culpas.
Y embebido en esta idea,
temblando el paso apresura,
porque algo teme, algo teme
que de horror su mente nubla.

V

—¡Teresa!... ¡Teresa!... —grita,
y entra en la estancia que alumbra

una miserable lámpara
que en aquel momento ondula
su débil llama, rastrea
en torno y lanzando algunas
tristes ráfagas, se apaga
dejándolo todo á obscuras.
Gil se detiene y vacila
presa de horrible pavura.
Esa lámpara que muere,
¿qué de espantoso le anuncia?
—¡Teresa!.... —grita de nuevo.—
Teresa mía, ¿estás muda?
Soy Gil que viene á quedarse.
¿Dónde hay luz?—A tientas busca
un viejo velón, lo encuentra,
lo enciendo y la estancia alumbra,
y alumbra el lecho y arroja
un grito de espanto y duda.
¿Teresa está desmayada?
¿El sueño acaso la abruma?
—Teresa...—grita—¡Teresa!...
¿Me perdonas? ¿No me escuchas?
Le toca el pecho y no late,
toca su arteria y no pulsa:
en aquella estancia reina
la paz de las sepulturas.
Toma Gil las blancas manos
que acariciaron las suyas,
y en el copioso torrente
de su llanto las inunda!
Ve espantado aquellos ojos
y aun en las pestañas húmedas

mira pendiente una lágrima
de dolor y de amargura,
y á aquellos labios que un día
ostentaron roja púrpura,
y ahora tan sólo cubre
lívida y mortal blancura,
pide una sola sonrisa....
una sola frase... una
palabra sola, una sola
de perdón!—¿Qué es lo que busca?
Convulso, desatentado
arranca de su cintura
una hoja aguda y luciente,
que con fiera mano empuña;
mas cuando toca su pecho
la fría acerada punta,
se oye en la cuna un gemido
que el mortal silencio turba.
—¡Perdón, Dios mío!... ¡Perdona,
Teresa!—el triste murmura....
Y suelta el hierro... Y llorando
se postra al pie de la cuna.

1879.

EDUARDO.

A la memoria de Ricardo Gayosso.

I

Sobre el azul de las ondas
está la barca velera,
está junto al muelle el bote,
está el pasajero en tierra...
Es Eduardo.... En los amores
de su madre patria piensa,
y en otro amor más hermoso,
en otra madre más tierna,
la que en sus nobles entrañas
alimentó su existencia,
la que su cuna mecía,
la que en la playa serena
de la vida, vió de lejos
en mar airada y revuelta,
la prenda de sus amores.
juguete de la tormenta.

Es Eduardo.... Muchos días
lloró en la playa sus penas,
las injurias del destino,
los rigores de la ausencia.
Al fin sonríe, muy pronto
terminarán sus querellas,
que en el azul de las ondas
está la barca velera.

II

Hay unos tristes amores,
hay una pasión inmensa,
hay un rival que en la sombra
mortal angustia alimenta.
La ponzoñosa serpiente
que se enrosca éntre la niebla,
los celos, el negro monstruo
de la humanidad entera;
el que enciende en las pupilas
satánica luz siniestra;
el que fragua horribles dramas
siempre inquieto, siempre en vela;
el monstruo que cabe el lecho
mudo y sombrío se sienta,
y roba el sueño á los ojos,
y la ira desenfrena,
y azuzando al pensamiento
con la vigorosa espuela,
en el infierno del alma
á parecer nos condena....

El contra el seno de Eduardo
armó la terrible diestra,
él mató sus ilusiones,
sus esperanzas más bellas.
Cayó Eduardo en sangre tinto,
sobre la blanca ribera,
y al morir bañó la muerte
su semblante de tristeza...
Sobre el azul de las ondas
quedó la barca velera,
quedó junto al muelle el bote,
quedó un cadáver en tierra.

1879.

BOJORQUES.

A Gonzalo A. Esteva.

I

Está en su obscuro aposento
Juan Bojorques de Vadillo,
y está solo como siempre
y como siempre sombrío.
Se abre de pronto la puerta:
con paso grave y tranquilo
entra Violante, trayendo
de la mano á sus dos hijos.
Vestida de negro viene,
triste el semblante, abatido;
tristes, también, y de negro
vestidos vienen los niños.

II

—¿Qué quieres, hija, qué quieres?
—Me han dicho, señor, me han dicho
que á la noble madre mía
disteis muerte en este sitio.
¡No miente, padre quien toca
de la tumba el mármol frío,
y hoy ha muerto mi nodriza,
y ella al morir me lo dijo!—
Tembló el anciano Bojorques,
lanzó su pecho un rugido,
y sus demacradas manos
cubrieron su rostro lívido.
Del sitial en que se hallaba
como presa de un delirio,
se alzó violento, en el suelo
clavando los ojos fijos.
Miró á sus plantas abrirse
las entrañas de un abismo,
y del antro tenebroso
en el inmenso vacío,
desplegar sus leves alas
un fantasma peregrino,
bella seductora imagen
de un sér amado y perdido:
oro las rubias guedejas
del cabello suelto en rizos,
el hechicero semblante
con la blancura del lirio,
cuajado el llanto en los ojos
como gotas de rocío.

Y en el seno palpitando
con los últimos latidos,
hasta el fondo, entre la sangre
que salta en copiosos hilos,
clavado por fiera mano
un implacable cuchillo.
Giró Bojorques en torno
los ojos despavoridos,
oyó murmurar su nombre,
y un postrer mortal gemido,
y de Violante y sus nietos
huyendo y lanzando un grito,
cayó, convulso y demente,
á los pies de un crucifijo.

III

Después de una breve pausa,
pausa que parece un siglo,
con acento cavernoso
murmuró entre dientes:—Idos.
—Guárdeos Dios, dice Violante,
guárdeos Dios en el castillo
que en orfandad dolorosa
fué de mi existencia abrigo.
Mas ni he de volver á veros,
ni á llevar vuestro apellido,
ni éstos mis hijos, señor,
ni los hijos de mis hijos.
Después, de la obscura estancia
salió con paso tranquilo.
Y quedó muerto Bojorques
á los pies del crucifijo.

1880.

JAIME ACUÑA.

A Francisco Zavala.

I

Después de muy larga ausencia
retorna á su casa Jaime,
y al penetrar en su estancia
se detiene un breve instante.
Allí unos brazos queridos
deben estar esperándole,
y unos purpurinos labios
que de amor sólo han de hablarle.
Y allí escuchar ha creído,
allí mismo, en los umbrales
de la puerta, los rumores
de dulces besos, y frases

de halagadoras promesas,
y hablar oyó de un enlace
en risueño paraíso
de placeres inefables.
Con mano crispada y trémula
el endeble cancel abre,
y entra y palidece y calla
del asombro ante la imagen.
Allí están, la esposa adúltera,
Inés, su dueño, su arcángel;
y Lope, su hermano Lope,
de quien él ha sido padre.

II

—¡Lope!... ¡Inés!—murmura, y mira
aterrado á los amantes;
los mira inmóviles, mudos,
pálidos como cadáveres;
sin calor frentes y labios,
sin latido el seno exangüe,
todo espanto la mirada,
todo estupor el semblante.
Jaime ruge, el hierro empuña
y lo esgrime; mas no sabe
á quién matará primero...
¡Porque es forzoso que mate!
Se acerca á Lope...¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés.. ¡Es su alma!
¡De sus propios hijos sangre!

Se acerca á la una y al otro,
entre el uno y la otra párase,
y vuelve hacia ellos y de ellos
torna airado á separarse.
¿Jaime Acuña estará loco?
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?
¿Conque es verdad lo que mira?
¿Ellos son los miserables?
¿Lope, á quien crió desde niño,
así paga sus bondades?
¿Así Inés destroza el nudo
hecho al pie de los altares?
¿Qué es el mundo, la existencia,
sin un amor que la halague?
¡El alma sin esperanzas
sus ligaduras desate,
deje en la tierra las flores
que vió en el polvo secarse.
y á otra región, á otra vida
Jaime al cielo la mirada
levanta ardiendo en coraje,
balbute algunas palabras
que de su pecho no salen,
vuelve contra él la filosa
punta, se la clava, y cae,
y ensangrentado murmura:
"Orad sobre mi cadáver."—
Un doble grito, espantoso,
resuena, rasgando el aire,
y en una vecina torre
dan las doce en ese instante.

III

De una desierta capilla
bajo la sombría nave
está una estatua yacente
sobre un sepulcro de jaspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
aquella estatua la imagen;
clavado tiene en el seno
un puñal mohoso de sangre,
de sangre añeja, y murmuran
vicarios y sacristanes,
las gentes todas del pueblo,
y lo afirma hasta el alcalde,
que aquel puñal es el mismo
con que Acuña logró darse
airada muerte una noche;
mas la causa, no la saben.

IV

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y en él penetra una dama
vestida con negro traje.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y de hinojos se prosterna
ante la estatua de Jaime.

Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

—

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y envuelto en obscura capa
entra un hombre con pie grave.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y se detiene en silencio
junto á la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante;
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

—

Los dos parece que miran
la helada estatua animarse,
que el duro mármol golpea
el corazón palpitante,
que aquellos ojos se encienden,
que aquellas arterias laten:
aun creen que les salpica
el rostro la ardiente sangre,
y que los lívidos labios
por la vez postrera se abren,

y ensangrentados murmuran:
"Orad sobre mi cadáver."
Y en la torre solitaria
dan las doce en ese instante,
y un doble grito espantoso
resuena, rasgando el aire.

V

Hay gran tumulto en la Iglesia,
las gentes entran y salen,
todo el mundo se hace lenguas,
y es que el mundo nada sabe;
no sabe por qué motivo
los cuerpos helados yacen
de Doña Inés y Don Lope,
junto á la estatua de Jaime.

1879

JUAN FARRIZ.

A Joaquín Baranda.

I

Apenas del sol ardiente
entra un débil rayo de oro
que alumbra el recinto estrecho
de un obscuro calabozo.
Sobre un jergón, en el suelo,
apoyando en él los codos,
sobre los codos las manos,
y entre las manos el rostro,
está un anciano abatido
por el dolor y el insomnio,
la tez marchita y arada,
secos y ardientes los ojos.

Allí la humana justicia
guardóle un año tras otro,
y allí vió correr los años
en cautiverio espantoso.
Diez lustros cumple aquel día,
y al tender la vista en torno,
no halla una amiga mirada,
ni un semblante cariñoso.
¡Nadie...! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira!
Ni está aislado, ni está solo;
allí está con sus memorias
y con sus recuerdos todos.
Allí están sus alegrías
y sus tristezas, sus odios,
sus afecciones... ¡Un mundo
con él en su calabozo!
—Padres, hermanos,—exclama.—
¡Cuántas veces os vi en torno
de una mesa, en mis natales!
¡Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
en aquel semblante hermoso,
madre del alma, el primero
que vi cuando abrí los ojos!

—

Juan Farriz sintió en su pecho
un dolor fiero, espantoso:
en el insondable abismo
de la conciencia, muy hondo,
creyó contemplar la imagen
de su madre... Sintió el soplo

de su aliento..... Y oyó el eco
de su voz, y luego el sordo
gemido de sus dolores,
entre el murmullo monótono
de sus rezos, y el tristísimo
estertor de sus sollozos.
Juan Farriz sintió en su cráneo
algo terrible, monstruoso,
como tempestad airada,
como rugidos del noto,
como el chocar de las olas
en los peñascos del ponto,
y brotar quiso á torrentes
el llanto, y rebelde y sórdido
volvió á estancarse su llanto
del corazón en el fondo.
Llanto que es sangre del alma
que arroja el alma, copioso,
cuando la pena la ahoga
de la desdicha en el colmo.

—

Juan Farriz miró en seguida
de su jergón en contorno,
girar pálidos, horribles,
con fieros semblantes torvos,
á los que hirió con su mano
en un encuentro alevoso,
ó en la guerra, ó como bueno
y frente á frente y sin dolo.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito
de miseria y de abandono!....

¡Hijos sin padre...! ¡Sin hijos
tantos padres cariñosos!
Y Estrella, allí estaba Estrella,
virgen de cabellos blondos,
de negra ardiente pupila,
y semblante melancólico;
la que sufrió de sus padres
por Juan Farriz el encono;
la que en el hogar querido
por Farriz lo dejó todo,
las rosas de sus arriates,
y sus pájaros canoros,
y la pequeña alcancía
de sus modestos ahorros;
y al viejo mastín que estaba
mirándola siempre absorto,
entre el lecho y el altar
de su blanco dormitorio;
Estrella que sin amparo
cayó desde el cielo al lodo,
del infame abandonada
en el fangal del oprobio;
Estrella... Y después de Estrella,
Juan Farriz contempló atónito
el flaco espectro de un niño,
que es su trasunto, que es otro
Juan Farriz, su imagen viva,
que hacia él convierte lloroso
el demacrado semblante
donde nunca dejó un ósculo...
Y... "Padre,"—le gritó el niño,—
me muero, padre, me ahogo,

me falta el pan y no tengo
ni amor, ni besos, ni apoyo...
Padre... ¿Dónde está mi madre?
No escondas, padre, los ojos,
mírame: ¡el hambre y el frío
van á matarme muy pronto!
No huyas, padre... Espera, espera.
Saltó junto al lecho tosco,
y apoyándose en los muros
de aquel recinto espantoso,
acosado por el niño
sin parar un punto solo,
le daba vueltas y vueltas
de su prisión al contorno.
Tornaron á su memoria
sus crímenes y sus odios;
tras el niño aparecieron
los espectros espantosos
de otras víctimas... De nuevo
oyó sus risas.... Sus roncos
gemidos, y maldiciones
y juramentos y votos,
y al fin lo mismo que cae
en los breñales de un soto
acosado por la jauria
sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
un gemido estertoroso,
cayó sobre las baldosas
frías de su calabozo...

II

De la prisión á la entrada
llega un hombre; los cerrojos
descorre, y entra y le dice:
—Farriz... Muere de alborozo;
Farriz, despierta... Tus padres,
y Estrella, y tu hijo, y todos
están allí... Todos viven:
ya estás libre... ¿Te haces sordo?—
Juan Farriz no contestaba,
abrió sus párpados rojos
y fijó en el carcelero
las miradas de un beodo.
—Contempla abierta tu cárcel,
y la luz y el cielo hermoso,
Juan Farriz. ¿Por qué te callas?
¿Por qué miras de este modo?
Juan Farriz, ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco!—
Juan Farriz no respondía...
¡Juan Farriz estaba loco!

1880.

ALFREDO.

A la memoria de mi hermano Alfredo.

(† en Mérida el 16 de Enero de 1879.)

I

Aún en los floridos años,
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos,
vió morir de sus amores,
un delicado renuevo,
flor del alma, flor que apenas
abría el cándido seno.
Ni un gemido de las auras,
ni una lágrima del cielo,

ni de la noche apacible
el tierno lánguido beso,
temblar las débiles hojas
del cáliz límpido hicieron,
cuando perdido el aroma
rodó cadáver al suelo.
que avara esconde sus huesos!
Y él lloró tan gran desdicha
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos!

II

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
¿por qué del padre amoroso
giras en torno del lecho?
De airada parca desvía
el rudo golpe violento,
de la implacable guadaña
embota el filo siniestro.
Tus blancas alas escuden
el nobilísimo pecho,
donde ardió la fe que brilla
en las lámparas del templo,
la que abrió al israelita
del Mar Rojo los senderos,
la que alboraba en el Gólgota
en los ojos del Cordero.

III

Angel que del éter vagas
en el impalpable velo,
dale vida al moribundo,
dale vigor á su aliento,
mira el combate espantoso,
escucha el múltiple ruego,
los pobres un padre pierden,
los ricos un alto ejemplo,
la gratitud el tesoro
de sus ardientes afectos,
la desdicha una esperanza
y la esperanza un consuelo!

IV

En vano el ángel implora
en el alcázar eterno:
el Señor de los señores
así lo tiene dispuesto.
Allí le esperan los santos,
allí le aguardan los buenos,
allí junto al trono altísimo
está vacando un asiento.

V

"Alfredo," gritan en torno
del escogido, los siervos....

¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte
descarga el golpe certero,
abre sus puertas la gloria,
una sepultura el duelo,
y con lágrimas y flores
se cubre el mortuorio féretro.

VI

Aquel invisible drama
tocó al fin su inicuo término;
quedó de la hermosa vida
un indeleble recuerdo,
el hermano sin hermano,
sin padre los hijos tiernos,
y la esposa sin esposo
y el risueño hogar desierto.
En tanto, el ángel querido
del Hacedor mensajero,
va con el alma del padre
por las regiones del cielo.

Enero de 1880.

PER-ANZURES DE RIVERA.

(Romance.)

I

—"En el campo de batalla,
tras de la ruda pelea,
me contaron tus traiciones
y tus perjurios, Estrella.
Supe allí que la honra mía
diste de tu amor en prenda,
infame noche, en los brazos
de Rodrigo de la Cerda.
Y por si acaso lo dudas,
allí tienes su cabeza,
que yo separé del tronco
con un cuchillo de guerra,

después de luchar entrambos,
frente á frente y diestra á diestra,
después de hacerle en el pecho
mortal herida sangrienta."
Esto á su esposa decía
Per-Anzures de Rivera,
con labios como de nieve,
con ojos como de hiena;
sacando bajo el embozo
y arrojándola á la tierra,
la cabeza ensangrentada
de Rodrigo de la Cerda.
Lívido despojo mudo
de una varonil belleza,
de lacio cabello y corto,
de poblada barba y negra.

II

Calló Anzures un instante
de horrible calma suprema,
y tomando nuevo aliento
prosiguió de tal manera:
"A esto vine á mi morada
y á celebrar tus exequias,
porque es fuerza que esta noche,
vida de mi vida, mueras.
En este pomo te traigo,
y es prodigio de la ciencia,
mortal tósigo, que en breve
hará que por siempre duermas."

—"Jamás," responde la dama,
y torna á una cuna, llena
de ansiedad y de congoja,
la mirada descompuesta.
—"¡Hola!, gritó Per-Anzures:
espera, mi amor, espera;
yo nada de esto sabía.....
¡Aun me faltaba esta afrenta!
Si no apuras ese tósigo,
si no lo apuras, Estrella,
en sangre de esta criatura
te vas á teñir tú mesma."
Brilló desnudo el acero,
y entonces, pálida y trémula,
sin exhalar un gemido,
sin formular una queja,
al desprenderse del párpado
una lágrima postrera
de hondo maternal cariño,
apuró el tósigo Estrella.

III

Están de duelo las gentes,
está de duelo la aldea,
y está de cuerpo presente
el cadáver en la iglesia.
con obscuro y denso velo
estaba su faz cubierta;
lo demás amortajado
con ricas fúnebres telas.
La esposa de Per-Anzures

murió de muerte violenta,
ahogóla la sangre, dicen
unos; que la peste horrenda
dicen otros, y otros muchos
que el placer y la sorpresa
de ver á Anzures, matóla,
pues no le avisó su vuelta.
Después de los funerales,
sobre unas andas soberbias
llevaron el ancho féretro
á la morada postrera
de los Anzures, y todos
suspiraron por Estrella,
que para todos fué noble,
que para todos fué buena.

IV

Diz que á la noche siguiente
por la sombría poterna
de la morada de Anzures,
en negra túnica envuelta,
salió una dama en silencio,
sin escudero, sin dueña,
sola, enteramente sola,
y que aquel que logró verla,
ó creyéndola diabólica
aparición ó alma en pena,
huyó temblando de susto,
tal vez á rezar por ella.
Y diz también que á muy poco
de su viudez, á la huesa

dió su cuerpo Per-Anzures,
que se murió de tristeza.

V

Pasaron años tras años
y (esto dice la conseja;
lo demás nadie lo dijo
antes que yo lo dijera)
se hallaron con que la caja
mortuoria de Doña Estrella,
nunca guardó su ceniza,
que estaba llena de piedras;
y añaden los que la vieron
azorados de sorpresa,
que entre las piedras yacía
una hosca calavera,
con lacio cabello y corto,
con poblada barba y negra.

DOÑA ELMIRA

I

De una morada feudal
en la suntuosa capilla,
está tendido el cadáver
de D. Farfán de Mejía.
Acaba de darle muerte
junto al foso, en hora inicua,
un rival afortunado....
y bajo de la ropilla,
aún caliente y manando
roja sangre todavía,
al lado izquierdo del pecho,
tiene una mortal herida!

II

Es media noche.—De pronto
entra, sola, á la capilla,
una dama hermosa y bella
y enlutada. Es Doña Elmira,
la viuda de Don Farfán,
de Don Farfán tan querida,
que de rencorosos celos
por ser vengador fué víctima.
La dama, asaz lentamente
avanzó convulsa, tímida;
mas sin una sola lágrima
en las heladas mejillas!
Párase súbito, vuelve
en torno suyo la vista;
pavor y espanto le causan:
aquella nave sombría,
las enlutadas columnas,
el crespón de las cortinas
que descienden ondulando
desde las altas cornisas;
los santos de los altares,
sobre sus ménsulas frías,
clavando, mudos, en ella
sus inmóviles pupilas....
el lúgubre catafalco
y las flamas amarillas
de los pálidos blandones
que en los hacheros ardían!

¡El Cristo! El ataúd
do surgen y se perfilan
las enérgicas facciones,
ya descompuestas y rígidas,
de aquella vivaz, viril
y hermosa fisonomía
que el hálito de la Parca
veló con violáceas tintas!
Doña Elmira hace un esfuerzo,
da dos pasos... se horroriza
cada vez más y sus músculos
helados se paralizan....
Entonces clava los ojos
en aquella cara lívida,
y habla al cabo, y era su habla
como la de quien delira:
—Aquí me tienes, Farfán,
aquí estoy.... calma tus iras...
vengo á cumplir mi promesa,
pues te ofrecí que vendría.
"Caso que muera, dijiste,
"ve tú sola á la capilla,
"y dime allí la verdad...
"¡quiero que allí me la digas!"
¡Vengo á decírtela! Es cierto,
soy culpable, te mentía;
pero yo amaba á Gastón,
bien lo sabes, desde niña.
¡Y te empeñaste, Farfán,
en que tu esposa sería,
y, obligada por mis padres,
fuí obediente, fuí sumisa,

para llenarte de dudas,
de recelos, de agonías,
y acibarar tu existencia
y hacer horrible la mía!
Farfán, te rogué mil veces....
tú me viste... de rodillas...
¡ay! que de mí prescindieras,
desolada te pedía!...
¡Y bien! Te mató Gastón,
Gastón que de mí se olvida,
que me abandona y me arroja
á mi suerte y mi desdicha! ..
¡Ni él ni tú!... ¡sola en el mundo!
¡Ni él ni tú! ¡sola y maldita!
¡Ojalá que tú pudieras
darme la muerte, ó yo misma!...
Abrió los ojos el muerto,
brilló un rayo en sus pupilas,
al talabarte violenta
dirigió la mano fría;
arrancó de su puñal
la hoja templada y bruñida,
y adelantando la mano
le dió el arma á doña Elmira!...
Doña Elmira avanza un paso,
trémula... demente... lívida....
toma el puñal, se lo clava,
y cae al suelo sin vida.

18 de Octubre de 1901.

NOTA

Niegan, tal vez con razón,
por ser la cosa harto rara,
lo de que el muerto alentara...
¡que fué una alucinación!
¡que fué delirio ó locura!...
No lo sé; pero es un hecho
que ella la daga en el pecho,
se hundió hasta la empuñadura!

PEDRO

I

Desamarrando la amarra
de su bote estaba Pedro,
al amanecer de un día
finalizando febrero.
Teresa junto del poste
que estaba la mar lamiendo,
ve á su esposo con ternura
y calla breves momentos.
Suspira... parece que algo
quiere decir que es muy serio...
vuelve á suspirar, y al fin
dice así con dulce acento:
—No te vayas, Pedro mío!
¡Por la Virgen te lo ruego!
¡Están muy tristes las nubes,

y está muy pálido el cielo!
el agua apenas se mueve;
pero son sus movimientos
el despertar perezoso
de los tigres del desierto!—
Así me lo has dicho tú,
tú mismo, bien lo recuerdo,
una vez que estaba el mar
como ese que estamos viendo!
¿Sientes!—
—¡Caprichos!....
—¿Sentiste
esa ráfaga de viento?
Además, Pedro del alma.
creo en los presentimientos...
sí; presiento algo muy malo;
no me dejes, ¡tengo miedo!
Pedro, sin decir palabra,
tomó su red, sus anzuelos,
hilos, cañas y la cesta
de su frugal bastimento,
y echólo todo en el bote,
imperturbable... risueño....
—Adiós, Teresa, le dijo
con dulce voz, no me quedo.
Necesito pescar mucho;
hay que gastar y no tengo!
Ya se aproxima la feria,
y quiero mercarte un terno,
y unas arracadas de oro,
y un anillo de alto precio;
hay que pagar una misa

por los padres y el abuelo,
y hay que feriar á la niña
zapatitos y un sombrero...
¡Habrá buena pesca!... Adiós;
dame un abrazo y un beso;—
dame otro más, prenda mía,
y hasta la tarde... ya vuelvo!
Entra en el bote, coloca
en su sitio entrambos remos,
y aquel pedazo de leña
abre las alas y el terso
cristal del agua se rompe
con melancólicos ecos.
Se aleja, se va alejando...
ya va muy lejos... muy lejos...
y Teresa mira y mira,
y cada vez más pequeño,
sobre un horizonte obscuro
aquel puntito tan negro!
—Adiós, dice al fin Teresa.
Adiós, mi Pedro... mi Pedro...
y se vuelve á la cabaña
á darle á su niña el pecho!

II

No sale el sol, el nublado
se hace cada vez más denso;
la mar se agita y se encrespa
y se levanta rugiendo.
Todo es espumas el agua,
todo es negrores el cielo,

y revienta el rayo horrísono
con retumbantes retruenos.
Racha tras racha del noto
zumba en los aires mugiendo,
y las serpientes del rayo
cuartean el firmamento!
Todos están en la playa
menos Teresa; el silencio
de su corazón la espanta
mientras ruge afuera el viento!
No piensa... .está loca... falta
vigor y fuerza á sus miembros
entumecidos y fríos
como témpanos de hielo!
Al fin da un grito y arroja
á su niño sobre el lecho;
sale á la calle, se marcha
hacia la playa, gimiendo;
llega y allí, allí mismo
cerca del embarcadero,
donde estuvo muy temprano
y dió un abrazo á su dueño,
mira agrupada á la gente
en torno de algo.
—¿Qué es eso?
grita Teresa... y se lanza
al sitio donde está aquello,
aquello exánime, informe...
¡aquel adorado cuerpo!
—Atrás todos.... todos... todos...
¡que me dejen á mi Pedro!
Grita, y abraza al cadáver,
y le habla y lo besa, y luego

dando un rugido y alzándose
con el rostro descompuesto,
bizca la mirada fúlgida,
entrambos brazos abiertos,
temblando el labio marmóreo
y destrenzado el cabello,
echa á correr á la orilla,
y entra á la mar; en el seno
de una ola inmensa se pierde,
y una exclamación á un tiempo,
un ¡ah! de asombro y espanto
sale de todos los pechos...!
Pasa un instante, otro instante,
un momento... otro momento,
y al fin de tan breve plazo,
otra ola, negra, en silencio,
arroja á Teresa muerta
junto al cadáver de Pedro!

19 de octubre de 1901.

DON JAIME

I

La lámpara de la noche
brilla en la celeste altura,
y la casa de Don Jaime
con su blanca luz alumbra.
Se abre un postigo, los pasos
de un galán lentos se escuchan,
y á poco al pie de la reja
dos almas amor se juran!

II

Don Jaime vive en su casa
encerrado y con él tiene
á Geroncio su escudero,
y á su joven hija Irene.
Don Jaime está paralítico

hace ya cuarenta meses,
y en una enorme poltrona
mal apenas se sostiene....
Don Juan, gallardo y gentil,
está de Don Jaime enfrente,
y el respeto y el temor
en estatua lo convierten.
—Os he mandado llamar
(dice Don Jaime con breve
acento que de hosca fiera
ronco rugido parece)
para deciros que en vano
pretendéis á Doña Irene,
y si es que insistís en ello
tendré que daros la muerte!
—¡A mí!....
—Por mi propia mano,
aunque me véais sin moverme.
—Señor.
—¡Idos! ¡y al infierno,
el mismo demonio os lleve!

III

Es Don Juan noble y sincero
y ni él ni la hermosa pueden
prescindir de aquel amor
que en sus llamas los envuelve.
Sólo de esperanzas viven
y de desengaños mueren,
que si los mima el destino
la fatalidad los hiere.

IV

. . . . . .
. . . . . .
—Mató su padre á mi padre,
á la mala dióle muerte,
y una vil sangre y la tuya
jamás de mezclarse tienen!
—Padre, la calumnia...
—¡Calla!
que jamás mis labios mienten.
—Padre....
—Y haré que los tuyos
con un candado se cierren!
La desdichada doncella
dobla en silencio la frente;
Geroncio calla y Don Jaime
trémulo sus labios mueve.
Así se están largo plazo;
de pronto suenan las nueve,
Doña Irene se levanta
y Don Jaime se estremece.
—Con vuestra venia, señor,
ella exclama y partir quiere...
pero Don Jaime le grita:
—¡Yo mando que aquí te quedes,
Geroncio! Aquí me la guardas,
que los dos aquí me esperen!—
Y buscó sitio Geroncio
al lado de Doña Irene.
Toma Don Jaime su espada,
la asegura entre sus dientes,

y arrastrándose en la alfombra
como una herida serpiente,
se dirige hacia la alcoba
de su hija infeliz, que tiene
bañado en llanto copioso
ambas mejillas de nieve!

V

La lámpara de la noche
brilla en la celeste altura,
y la casa de Don Jaime
con su blanca luz alumbra.
Se abre un postigo, los pasos
de un galán, lentos se escuchan;
y á poco, por la ancha reja,
rápida asoma la punta
de un acero, y de Don Juan
en el pecho se sepulta!

21 de octubre de 1901.

ROSA.

I

Rosa, la hechicera rosa
de aquel valle pintoresco;
la más alegre muchacha
de las muchachas del pueblo,
ha perdido los colores
de sus mejillas, tan frescos,
y palidecen sus labios
que eran frutos de cerezo.
Y cada vez que se peina
el mazo de sus cabellos,
se cubre el escarpidor
con las hebras de su pelo.
Está triste, suspirosa,
y, con los ojos abiertos,
las noches todas se pasa

sin los favores del sueño.
¡Pobre niña! ¡pobre Rosa!
¿Qué le pasa? ¿qué le han hecho?
¿Quién ha arrojado á su cáliz
esa gota de veneno?
¿Dónde está el imán extraño
de aquel hechicero cuerpo,
que era el asombro del aire
de sus donaires suspenso?
¿Por qué como antes no brillan,
ya de cerca, ya de lejos,
los luceros de sus ojos,
envidia de los luceros?
¿Qué será? ¿lo sabe acaso?
¿Lo saben sus pensamientos?
¿Habló á solas con su alma
y ha descifrado el misterio?
Dice el cura que es que ansía
encerrarse en un convento,
y que su madre se niega
á complacer su deseo.
Que es amor chismea el vulgo,
el vulgo que es siempre afecto
á decir lo que no sabe....
¡y que es tisis dice el médico!
Y ni el médico, ni el cura,
ni la gente saben de eso
que está matando á la niña...
¡y la mata sin remedio!

II

Se aloja en casa de Rosa,
y siempre de veraneo,
algunos meses del año,
un anciano caballero.
Sencillo, pulcro, elegante,
cortés, ilustrado, bueno,
que se llama Don Ramiro,
químico y pintor á un tiempo!
Parece ser muy dichoso
y le roba sin recelos,
sus paisajes á los campos
y á la ciencia sus secretos.
Tiene en la casa de Rosa
anchuroso alojamiento
con un gran balcón al valle
donde corre un arroyuelo;
en donde pasta un rebaño
de ovejas y de carneros,
unos blancos como el lirio,
y otros, como el tizne, negros.
Donde se mira un jardín
y se contemplan á trechos,
las milpas y los trigales,
las montañas y los cerros!
En ese balcón el químico
hizo de Rosa un portento,
enseñándole del mundo
todo lo malo y lo bueno,
su verdad y sus mentiras,

y lo honrado y lo perverso,
y sus creencias, sus dudas,
y lo grande y lo pequeño.
Le entregó la biblioteca,
las llaves de su museo,
y unas notables pinturas
del arte antiguo y moderno.
Rosa, durante la ausencia
ó la no ausencia del dueño,
cuidaba todos los días
del artístico aposento
de Don Ramiro, y en él,
y á vueltas con el plumero,
quitando el polvo á los libros,
se desempolvó con ellos!
Allí nutrió sus ideas
con savia de los maestros;
pero mientras más leía,
sintió más y pensó menos,
y abrió sus hojas ardientes
la flor de sus sentimientos!
Sintió que sentía amar,
sintió en su sér y en sus nervios
algo invencible, algo hermoso,
algo enteramente nuevo!
Estaba enferma, veía
un gallardo mozo en sueños,
bien portado, pulcro, limpio,
un Don Ramiro, no viejo,
sino joven, blanco, blanco
como el marfil ó moreno;
ya rubio y de ojos azules

ó negros y pelinegro.
Su ideal era sin forma,
¡era un hermoso boceto
que en el lienzo de su alma
manchaba el amor primero!
¡Alucinatoria imagen
que proyectada de adentro,
surgía ante sus miradas
para guardarla en su seno!
¿Y era amor? No amaba á nadie;
no era amor, era un deseo
doloroso, ardiente y puro
en un corazón desierto!

¡Ay! ni el sobrino del cura,
ni el sacristán, ni su nieto,
ni el hijo de la alcaldesa,
ni el cuñado del barbero,
que la rondaban de día
y de noche, sin sosiego,
llenar podrían sin duda
aquel delicado pecho!

Por eso la linda rosa
de aquel valle pintoresco,
la más alegre muchacha
de las muchadhas del pueblo,
ha perdido los colores
de sus mejillas, tan frescos,
y palidecen sus labios
que eran frutos de cerezo!

III

Murió; pero no de amor,
que la mató el no tenerlo,
como una flor que no tiene
ni luz, ni aire, ni cielo!
La enterraron bajo el árbol
más triste del cementerio....
¡Qué nublado estuvo el día
de su muerte y de su entierro!

22 de octubre de 1901.

DOÑA MENCIA

Diego Vellido en la calle,
Doña Mencía en la reja
que está enclavada en el muro
de una casa solariega.
Frente al zaguán de la casa
desemboca una calleja,
y se alumbra el escenario
con la luz de las estrellas.
—No ha de ser, Doña Mencía,
y que me sigas es fuerza,
que unen nuestras voluntades
indestructibles cadenas.
A nuestras almas ardientes
una sola llama quema,
y de aire una sola ráfaga
á nuestros pechos alienta.

¿Vivir sin verte? imposible;
dile al río que se vuelvan
sus claras linfas que corren
hacia el punto en que nacieran.
¿Acaso ya, dueño mío,
como pensabas no piensas?
¿ú olvidaste las palabras
que envolvieron tus promesas?
"Te adoro, Diego," decías:
"mi corazón se te entrega
como el insecto á la llama
y como al viento la vela,
y como el ave al espacio,
y como al olmo la yedra...
¡como la ola del mar
al aquilón que la lleva!
Sin ti la sombra, lo obscuro....
tú eres una luz inmensa
que va alumbrando mis pasos
por la escabrosa vereda....
yo detrás de ti me voy
loca, deslumbrada, ciega,
y me iré donde me digas
y me iré cuando tú quieras."
Eso dijiste, Mencía,
niega si te atreves, niega
que lo juraste dos veces
al dar las ocho en la Iglesia.—
En aquel mismo momento
las ocho en la Iglesia suenan,
como si lo atestiguara
del alto bronce la lengua!

—¿Negarlo? Nunca, Don Diego!—
Doña Mencía contesta,—
tuya soy, tuya es mi alma,
tuya es toda mi existencia!
—Entonces, ¿por qué vacilas?
Baja, Mencía; á la vuelta
de aquel farol, nos aguarda
con mi escolta una litera.
—¿Por qué te apresuras, Diego!
Di, por Dios, ¿por qué no esperas?
Sé que el Conde Don García
viene ya.....
—Pues bien, que venga,
se encontrará con la punta
de esta espada que lo espera!
—Que no te encuentre en su casa,
que no te encuentre si llega,
que no quiero que te hable....
¡no quiero ni que te vea!
—Temes....
—¡Yo no temo nada;
Temo, sí, que te arrepientas,
y á tu palabra me faltes
y á que de ira me muera!
—Oyeme, Diego... no sé,
no sé qué extrañas ideas
anonadando mi espíritu
mi corazón atormentan!
Tuyas son, Don Diego mio,
mis ilusiones más bellas;
¡nunca á Don García, el Conde
que es mi esposo, se las diera,
que él es viejo!

—Pero es grande
y te ofuscó su grandeza!
—Si es grande, tú le has llevado
sus mesnadas á la guerra.
¡Tú le diste cien victorias
y han cantado tus proezas
los bardos en sus canciones
para que nunca perezcan!
—¡Manda el Conde á sus guerreros
y los lanza á la pelea,
y el prestigio de su nombre
á la victoria los lleva!
Y yo obedezco sus órdenes;
¡yo soy brazo, él es cabeza!
por eso el triunfo lo busca,
y por eso el rey lo premia!
¡pero le odio!... ¡le odio!...
—Pues bien, sus mesnadas deja,
que tú también eres noble,
y de la rancia nobleza!
Sepárate de su campo,
y cuando de él nada seas,
ven por mí, me iré contigo
¡y por traidor no te tengan!
—¡Que eso me digas! ¡Por Cristo!....
—Te adoro, Don Diego, piensa
en lo que digo.... No juzgues
que es desamor, no lo creas,
que te he dado mi palabra
y, no una sola, mil pruebas
de que es sincero este pecho
donde nada más tú reinas!
¡Aguarda!

—¡Jamás, Mencía!
Baja ya las escaleras....
ni quiero escucharte más,
ni quiero que más me ofendas.
Baja pronto, ¿no te mueves?
Di, ¿qué miras?
—Nada, ¡espera!
—Ya no espero...
—Diego, vete!
—Sólo aguardo tu respuesta
Hace un instante, Mencía
miro dos sombras siniestras
de la calleja en el fondo,
atravesar las tinieblas!—
La garganta se le anuda.
no puede hablar... está yerta...
—¿Por qué te callas? ¡responde!—
grita Don Diego... ¡qué esperas!...
El Conde y Gil, su escudero,
asoman por la calleja...
—¡Tú, Gil, apunta al de abajo,
¡que yo me encargo de ella!
Salen dos tiros á un tiempo,
rueda un cadáver en tierra,
y se oye, rasgando el aire,
un mortal grito en la reja!

25 de octubre de 1901.

BEATRIZ.

I

De una carta de Beatriz,
lo que sigue es un fragmento
escrito en Guadalajara,
allá por mil ochocientos:

"Se van pasando los meses
por obra de encantamiento,
y tras los meses los años,
y tras los años.... ¡el tiempo!
¿Qué es de ti, luz de mis ojos,
qué es de ti, flor de mis sueños,
fuente de mis ilusiones,
cuna de mis devaneos!
¿Qué es de ti? ¿ya me olvidaste?
¿no te acuerdas del espejo
en que tu amor se miraba
de la pasión al imperio?

¿No soy tu prenda querida?
¿no soy tu encanto y tu aliento,
hechizo de tu existencia,
gloria de tus pensamientos?
¿Pues qué? ¿qué soy para ti?
¿soy nada más un recuerdo
que pasa por tu memoria
como una nube en el cielo?
¿Olvidaste la promesa
que anudó tus juramentos,
y aquello que me dijiste
al partir?—Oye, Gilberto:
vivo sola en esta casa,
que parece un cementerio,
con mi doncella y el mozo,
y Gertrudis y tu perro.
Tu perro que me pregunta,
mirándome con aquellos
ojos redondos y tristes:
"¿en dónde estará mi dueño?"
Y yo, yo que lo adivino,
yo, mi bien, que lo comprendo,
le digo: "se fué á París...
está muy lejos... muy lejos...
Ya no nos quiere, Sultán,
no nos quiere, es un perverso,
es un ingrato y olvida
lo mucho que le queremos."
Y Sultán, que me comprende,
llora, primero en silencio,
después gime, salta y corre
hasta tu mismo aposento;

y vuelve en torno los ojos,
ladra, y olfatea el lecho,
tus chinelas y el sillón
en que estuviste escribiendo
aquella noche terrible,
aquella noche de duelo
en que saliste de casa
como si saliera un muerto!
Y el pobre Sultán, al cabo
de divagar, sin alientos,
torna junto á mí y se echa
de rodillas en el suelo,
y deja escapar un hondo
sollozo, un hondo lamento,
que me hace llorar á mí
y que me desgarra el pecho!—
¿Qué haces en París, bien mío?
Dime ¿qué haces? ¡Te lo ruego!
¡ay! ¡y quiero darte un beso!...
Me conservo muy hermosa,
y hago todo cuanto puedo
para no ponerme fea
y cautivar tus deseos!
A veces, muy pocas veces,
¿sabes tú lo que yo pienso?
que otra te gusta, ¿me entiendes?
que amas á otra.—¡No lo creo!—
Pero con sólo pensarlo
el corazón me da un vuelco
y hasta, á veces, me parece
y termino por llorar
y por... en fin, que los nervios

se sublevan, y me dice
Gertrudis, que tengo celos!
Por eso quiero que vuelvas,
porque no quiero tenerlos,
porque me han dicho que matan
y es mejor seguir viviendo...."
Esto y otras muchas cosas
Beatriz escribe á su dueño,
y pasan mes y años,
y con los años el tiempo,
y aunque el mozo le promete
aligerar su regreso,
nunca pasan de promesas
las promesas de Gilberto.

II

Llegó al fin... ¡pero en qué estado!
tan pálido y macilento,
que parecía la sombra
de aquel varonil mancebo,
de altivez y audacia lleno;
hermoso como el Apolo
admiración de los griegos!
¡Cómo vería Beatriz
aquel lacerado cuerpo,
devorado por la fiebre,
roído por el tubérculo!
Apenas su voz se escucha....
sus débiles brazos trémulos
pueden estrechar apenas
á la que fué su embeleso!

Y Beatriz de dolor muere,
un dolor profundo, intenso,
como un frío.... como el frío
de los que se están muriendo!
Era el ídolo del alma,
y su único bien terreno,
¡su alegría! ¡su alegría
agonizando en el lecho!

III

—Doctor, ¿no hay remedio?
—No;
es la tisis... ¡No hay remedio!
dice el Doctor contemplando
desesperado á su enfermo.
—¡Ni un milagro!
—¡Ni un milagro!
—Doctor, haced un esfuerzo!
—Es en vano.
—Y... ¿será pronto?
—Muy pronto, señora...
—¡Oh, cielos!
Piedad, Dios mío, piedad,
no podré seguir viviendo
si te llevas mi ventura...
¡si se muere mi Gilberto!

IV

Hace un año, más de un año,
del triste acontecimiento,
y entre la vida y la muerte

Beatriz estuvo en el lecho!
Al fin, pálida, abatida,
poco á poco fué volviendo
á la existencia, para ella
sin encanto ni sosiego!
—¡Gertrudis! exclama un día
torvo y lluvioso de invierno,
Gertrudis, ven, acompáñame,
ven conmigo á su aposento!
Allá fué con la nodriza;
entró, temblando de miedo,
¡parecía que la muerte
le daba en la frente un beso!
—Abre ese baúl, Gertrudis;
y le señaló uno, inmenso,
junto al cual, Sultán estaba
parado, sin movimiento,
lo mismo que un centinela,
como si fuera de hierro,
fijos los ojos en su ama
que adelanta á pasos lentos....
Gertrudis abre el baúl...
¡todo hacinado y revuelto
se ve en él, todo en desorden:
ropas.... alhajas.... sombreros...
Y lo que es más... ¡oh desdicha!
¡oh crueldad! ¡oh sino adverso!
los retratos de cien damas
¡y de la gente de trueno!
—"A mi adorado"—"A mi amante"
—"A mi futuro"—"A mi dueño"—
¡y en todos ellos el nombre,

el nombre de su Gilberto!
Anillos, flores marchitas,
cifras en blancos pañuelos,
y de azabache ó de oro
rizos de suaves cabellos!
Esquelas dándole citas,
aun conservando en el terso
papel, el rico perfume
del femenil coqueteo!
Los "menú" de las orgías...
¡ay! y sobre todo eso,
cartas y esquelas de amor,
de amor y de desenfreno,
en donde pueden leerse
las traiciones, los excesos,
la infamia, la desvergüenza
y la embriaguez de un infierno!
¡Qué más pruebas! ¡ante ella
descorrióse el denso velo
del pasado, que encubría
en un escenario inmenso,
los dramas de la lascivia
y del perjurio, y el negro
abismo donde rodara
su amor tan puro, en el cieno!
Allí tenía Beatriz,
en sus manos, el proceso
de aquel que juzgaba un ángel
por lo honrado y por lo bueno...!

V

Y huyendo fué de su alma
y borrándose en su pecho,
como la vela del buque
que huye abandonando el puerto,
como el horizonte azul
conforme el sol se va hundiendo,
como la luz del relámpago
y como el eco del trueno,
la voz, la mirada, el rostro
y el fantasma ó el espectro,
de la imagen adorada
de aquel que fué su Gilberto!

30 de octubre de 1901.

GINES

I

Trovando trovas muy dulces,
al pie de la celosía
de un vetusto torreón
que un antiguo hidalgo habita,
y con él un escudero
y una hermosísima hija
que tiene á su rodrigón
y á una dueña, que la guían;
envuelto en su capa, negra
como su propia desdicha,
con un laúd que le asiste,
Ginés Quirós de la Prida
se pasa las horas altas
de la noche; azul y límpida
unas veces y otras veces
húmeda, lóbrega y fría!

Y allí de Ginés muy cerca,
un río arrastra sus linfas
ya mansas y transparentes,
ya revueltas y sombrías.

II

Siempre la letra es muy triste
y más triste y más sentida
la que del laúd se escapa
melancólica armonía!
Acaso de boca en boca,
ó en un pergamino escrita,
llegó de antaño á la fecha
una trova, en seguidillas!
Que el autor de este romance
en él incrusta y consigna,
para que, acaso, unos labios
de ardiente coral repitan:

—

"Abre, Regina, reina
de la hermosura,
tu reja al desamparo
de mi fortuna!
¡Fortuna ingrata
que de mi amor se roba
las esperanzas!

—

Cuatro palabras sólo
decirte ansío,
Cuatro palabras, dueño
de mis delirios...

Con dos bastara,
si te parecen mucho
cuatro palabras!

—

Correr estoy mirando
la agua del río;
parece que me llama
con un gemido
que yo creería,
algunas veces, eco
de la otra vida!

—

¿Sabes? bajo esas ondas,
claras y puras,
puede también abrirse
la sepultura.....
Oye: me llama
alguien, con un gemido,
bajo del agua....!"

III

Así cantaba Ginés,
y su canto parecía
como el ternísimo canto
de una eterna despedida...
Alguno, dicen, que vió
(pues siempre hay alguien que mira),

que una sombra se acercaba
hasta la muda rejilla
de aquella inviolable y alta
misteriosa celosía,
aun más misteriosa que ella,
la gentil silueta erguida
de una dama.... ¡tal vez ella!
acaso su amor.... ¡Regina!—
Pasó un instante mortal,
eterno instante: una vida!
Sonó de nuevo el laúd,
muy más triste todavía...
También de nuevo se oyeron
unas trovas.... armonías
que en el corazón vibraban
destrozándole sus fibras.

"No importa que á mi cuerpo
sepulte el agua,
antes ya sepultaron
mi amor las lágrimas.....
No importa, si antes
mi pecho fué sepulcro
de otro cadáver!

—

Adiós, prenda adorada
del alma mía;
adiós;... pues no me quieres,
sóbre la vida!
Adiós.....! ¡Me llama
con sus suspiros hondos,
gimiendo, el agua!

IV

"El agua," repite el eco
fugaz de la errante brisa.....
¡y se oye un grito y se abre
crujiendo la celosía!
Un rayo de luna alumbra
la hermosa faz de Regina,
pálida como la imagen
de una virgen que agoniza!
Tras ella y tal como suele
el genio de la desdicha,
viejo rodrigón asoma
la cabeza calva y rígida.
—Corre, Mondragón, murmura
desesperada Regina;
corre, que tras de la puente
donde las aguas bravías
van á estrellarse, flotando,
negro bulto se divisa!
¡Es él, es él...! Y la dama
siente que apenas palpita
el corazón desmayado
dentro de su cárcel fría!

V

¡La negra capa no más
y el roto laúd! ¡La límpida
corriente llevóse el resto
entre sus ondas sombrías!

PEQUEÑOS DRAMAS

Al Sr. D. Francisco Patiño.

México.

Te envío estos veinte romances que escritos fueron en testimonio de viva y honda simpatía, para el álbum de una jóven y noble dama, rindiéndole con ellos homenaje, humilde pero sincero, de admiración profunda á su excepcional privilegiada inteligencia.

Quedar debieron guardados, tal vez por mucho tiempo, en las páginas de aquél libro; mas, por motivo especialísimo, salen hoy al mundo de las letras sin que por eso dejen de ser, como siempre, ofenda de eterno culto.

Aparecen por esto mismo, destituidos de pretensiones tales como se escribieron, sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido ávidas de espacio, de horizontes de luz, sin preocuparse del color de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden.

Mérida, Enero 12 de 1887.

José Peon y Contreras.

XIMENA

I

Celajes en el oriente,
dosel de un sol que se ausenta,
sombras que flotan errantes
sobre la faz de la tierra;
flores que su cáliz abren,
flores que su cáliz cierran,
perfumes que se dilatan,
perfumes que se concentran;
aves que tornan al nido,
aves que del nido vuelan,
almas que al amor se duermen,
almas que al amor despiertan,
hora santa, hora bendita
para el alma del poeta;
hora en que el mundo se viste
su regio manto de estrellas.

II

Una gran plaza sombría,
una casa solariega,
un atrio frente á la casa
y al fin del atrio una Iglesia.
La casa siempre en silencio,
siempre una luz en la reja;
la Iglesia siempre cerrada
y siempre un hombre á la puerta.
En la reja, muchas veces,
negra, inmóvil, la silueta
de una mujer, y en el atrio
la sombra del hombre, negra.
Y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

III

Algún transeunte que pasa
las sombras mira, y al verlas
ó se detiene un instante
fijando la vista en ellas,
ó no se detiene, pasa;
pero las mira y se aleja
diciendo: "Pobre Manrique,
desventurada Ximena!"

IV

Murió Ximeno Ximénez
en aquella casa vieja,
pero algunas horas antes
de que Ximeno muriera,
llamó á Nuño, el escudero
que con él luchó en la guerra;
el que curó sus heridas,
el que le sirvió la mesa,
el que cuando él no dormía
pasaba la noche en vela;
su amigo más leál, su perro....
y hablóle de esta manera:
—Nuño, Manrique de Luna
enamora á mi Ximena,
y mi Ximena le quiere
y no quiero que se quieran.
Tu sabes de un caballero
á quien hice una promesa,
y es preciso que se cumpla,
que se cumpla aunque yo muera.
Dí la mano de mi hija
á Sancho Lope de Ruela,
y que se case con Sancho
es mi voluntad postrera.
Así te lo mando, Nuño;
así lo mandé á Ximena,
y lo que de vivo mande,
muerto yo, mandado queda.

Y algunas horas pasadas
de que estas frases dijera,
murió Ximeno Ximénez
en aquella casa vieja.

V

Y de aquella vieja casa
se abrió un día la gran puerta,
y un gran señor muy apuesto,
y una gran dama muy bella,
y un escudero sombrío
y de mirada siniestra,
y dos gentiles mancebos,
y dos damas y una dueña,
salieron, y ya en la calle
ellos graves, graves ellas,
atravesaron el atrio
y se entraron en la Iglesia.

VI

Y detrás de ellos, volando
como los pájaros vuelan,
salió también á la calle
un pajecillo que lleva
una promesa en el alma,
de oro una joya en la diestra,
un puñal en la cintura
y una carta en la escarcela.

De una suntuosa morada
hasta los dinteles llega,
y llama y su nombre dice,
y á pocos instantes entra.

VII

Duerme Manrique de Luna
pero más que duerme sueña,
sueña que un soñado sueño
le está contando á Ximena.
"Ximena mía, le dice:
soñando estuve en aquella
ocasión afortunada
que te ví la vez primera,
cuando sentí que te quise,
cuando te miraba apenas,
cuando apenas te quería
y te ví tan hechicera.
¿Te acuerdas?, cuando sentiste
que ya me amabas, Ximena,
antes de que me miraras
antes que me lo dijeras,
qué será, bien de mi vida,
qué será, si entonces era
chispa sólo, lo que es hoy
un incendio que nos quema?
Tanto te adoro, que estar
eternamente quisiera,
ó en la tumba sin tu amor
ó con él en esta reja."

Así soñaba el de Luna
en fantástica quimera,
ilusiones mentirosas
y esperanzas lisonjeras;
cuando llamándole quedo
le dijeron, en voz queda,
que despertase, que estaba
llamando Lope á la puerta.

VIII

Entró Lope y al de Luna
le dijo con voz resuelta:
"Señor, á Ximena casan,
señor, casan á Ximena;
dice, señor, que te adora,
dice que te dé esta prenda,
y que este puñal te entregue
y esta carta y que la leas.
—Léela tú, gritó Manrique
con voz como de tormenta,
—Léela tú mientras me visto,
y leyó Lope:
"Despierta,
soy yo quien esto te envía:
la joya, para que creas,
el puñal, para que mates,
la carta, para que vengas."

IX

Llegó Manrique de Luna
á la puerta de la Iglesia,
una mujer de rodillas
miró y un hombre junto á ella.
Al sacerdote en el ara
bendiciendo una promesa,
y se detuvo asombrado
y rugió como una fiera.
Brilló la hoja en su mano;
pero antes que traspusiera
el dintel sagrado, rayo
que el negro espacio atraviesa,
fugaz relámpago rápido,
deslumbradora centella,
cayó la espada de Nuño
sobre su noble cabeza;
y cayó al suelo Manrique
bañado en su sangre mesma,
entre los brazos de Lope
que ve á Nuño y jura y tiembla.

X

Todos luego se agruparon
en torno á Manrique, y cuentan,
que prescindió de la boda
don Sancho Lope de Ruela.

XI

Como esas pálidas flores
que el invierno helado deja;
que en sus primeros halagos
fecunda la primavera,
en un pequeño aposento
que tiene sólo una reja,
solitaria y suspirando
se va muriendo Ximena.
A su postigo de noche
se asoma, y entre la niebla
mira vagando en el atrio
de su amor la sombra negra...
¡A su Manrique!

XII

Manrique
después de la fiebre horrenda
de la doble y honda herida
de la alma y de la materia,
tornó al mundo... ¿Qué es el mundo
qué sus sentidos rodea?
¿qué es el aire que respira?
¿qué el espíritu que piensa?
¿qué el cielo? No lo sabe.
¿Qué es la tierra? No está en ella.
Quedó una imagen en su alma,
en su cerebro una idea.

Con los ojos sólo mira
una pálida belleza,
palabras tiene en los labios;
pero palabras para ella.
Oídos que sólo escuchan
una voz dulce y ligera,
como el rozar de unas alas,
como el vibrar de unas cuerdas!

XIII

Manrique á las oraciones
cuando la campana suena,
camina desde su casa
hasta el atrio de la Iglesia,
y en voz muy baja murmuran
las gentes que á verlo llegan:
—"Allá va Manrique, el loco,
que va á ver á su Ximena."
Y es de ver cómo en el atrio
aquella sombra vaguea;
y aquella otra sombra inmóvil
y muda, tras de la reja,
y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

XIV

Abriendo están un sepulcro
en el atrio de la Iglesia,
y mudo el loco, veía
cómo sacaban la tierra.
Y á la hora en que el mundo viste
su regio manto de estrellas,
miró cómo en unas andas
llegó hasta el atrio una muerta.
Estuvo viendo el cadáver
con espantosa fijeza,
miró la frente marmórea
coronada de azucenas,
miró los lívidos labios
de aquella boca tan bella,
miró los velos marchitos
de aquellas pupilas negras,
y moviendo tristemente
con lentitud la cabeza,
dijo, cerrando los ojos,
"esa mujer es Ximena."

XV

Y después de verlo todo
con espantosa fijeza,
después que el ataúd bajaron,
después que echaron la tierra,
después que los que venían

acompañando á la muerta
se fueron como vinieron,
llenos de angustia y de pena,
se quedó solo Manrique
buscando la sombra aquella,
entre la casa y el atrio,
entre la tumba y la reja.

Mérida, marzo 10 de 1883.

MENDO MENENDEZ

I

Así escribe Doña Elvira
al doncel Mendo Menéndez:
—"Mendo me quieren casar:
"bien lo sabes, bien lo temes;
"pero no lo temas, Mendo,
"porque tu Elvira no quiere.
"Yo sabré morir primero!
"Supongo que lo prefieres;
"y si tal desdicha ocurre,
"y si tal aconteciere,
"espérame en tu aposento,
"y no dudo que me esperes,
"porque como yo, mi bien,
"sabes que los muertos vuelven!
"No te olvides de mis ojos

"que se gozaban en verte,
"aquellos que me decías
"que eran dos soles...—¿Me quieres?
"No te olvides de los labios
"que te hablaron tantas veces,
"aquellos que me decías
"que eran corales...—¿Me quieres?
"Si respondes á estas líneas
"que tantas lágrimas tienen,
"no te olvides de decirme
"veinte veces: que me quieres!"

II

Vive en prisión Doña Elvira
porque casarse no quiere
con un noble caballero,
que hacerla suya pretende.
Es su padre un viejo conde
el que encerrada la tiene,
porque ha jurado: ó casarla
ó verla morir mil veces!

III

Llega el conde á la prisión
seguido de sus donceles,
y entra á la prisión con ellos
después de llamar tres veces.
—"Hija mía, dice el viejo,

mañana don Jofre viene,
y antes de que el alba espire
con él desposarte debes.
Cubierta está en la capilla
el ara en blancos manteles,
y arde la cera, y se aguarda
nada más á que despiertes"
No contesta Elvira al conde,
el conde juzga que duerme;
y la llama y no despierta,
y la toca y no se mueve!
—¡Ola!, grita el viejo conde
á las doncellas: no esperen,
vistan su traje de boda
á ese cadáver inerme,
porque ha de llegar don Jofre,
porque don Jofre ya viene,
y es fuerza que me la pida,
y es fuerza que se la entregue!

IV

—Allí la tienes, don Jofre,
es tu esposa, allí la tienes.
Te la negó la esperanza
y te la entrega la muerte.
Que duerma donde los tuyos
el último sueño duermen;
y ya he cumplido... Así cumple
quien una palabra tiene.

V

Llevóse á su esposa, Jofre,
á su castillo, y sostienen
los que lo vieron, que todas
las noches, cuando los leves
tintes del alba en el cielo
no señalan el oriente,
vestida en traje de boda
doña Elvira se aparece,
y que á la puerta del conde
llega y llama por tres veces.
Después por los corredores
avanza, y en donde tiene
él sólo su habitación
el doncel Mendo Menéndez,
mirando hacia todos lados
un instante se detiene;
que después la puerta se abre
sin un rumor, ni el más leve,
y después, como una sombra
Elvira desaparece.

Y por eso el cronista
de aquel conde, aunque lo niegue
el mundo entero, en su crónica
dice que los muertos vuelven.

Mérida, abril 6 de 1887.

IDA.

I

De una cámara espaciosa
entre las cuatro paredes
está una dama, que es Ida,
y está un hombre, que es Ruy Pérez.
ni una palabra se dicen;
que pronunciarla no pueden,
y que cuando hablan las almas
los labios se callan siempre.
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!
¡Lástima que no se escuchen
estas frases que se pierden
donde van los pensamientos

llenos de amor á perderse!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe!
Y lágrimas y suspiros
y esperanzas sólo tienen
el alma pura de Ida
y el corazón de Ruy Pérez.

II

Súbito como el destino
implacable, cuando hiere,
aparecióse en la estancia
el conde Vasco de Albuernes,
y con voz pausada y ronca,
cual del destino, solemne,
dejó escapar de sus labios
estas palabras:—"Ruy Pérez,
de este castillo á la puerta
enjaezado el potro tienes,
y esta carta que te entrego,
y esta espada de buen temple.
Juréle á tu padre mismo
junto á su lecho de muerte,
que te enviaría á la guerra,
y el que jura cumplir debe.
Cumplo, pues, dame tus brazos;
Ida te espera si vuelves,
dile adiós... y con la ayuda

de la Providencia, vete!"—
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres,
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!

III

Yermos campos solitarios,
vastas llanuras estériles,
lóbregas selvas salvajes,
turbios lagos sin corrientes,
desenfrenadas tormentas,
cielo negro, negro siempre,
mar sin espumas ni playas,
olas que en las olas mueren;
sueño que á gritos se llama,
sueño á los gritos rebelde,
inquietud que llega sola,
hondo sopor que adormece,
aire que en el pecho falta,
ansias que en el alma duelen,
eternidades de penas
que en un instante aparecen.
Ruinas de hermoso palacio
que fué del tiempo juguete,
escombros de una belleza
donde tristes flores crecen.
Una helada sepultura
y sobre el mármol perenne,
un ser vivo que suspira

por el que en la tumba duerme!
A veces una esperanza
brota en el alma, cual suele
abrir en los arenales
un lirio el cáliz de nieve,
una ilusión como sombra
que atraviesa por la mente,
como atraviesa áurea nube
por el horizonte á veces.....
Este es el mundo que habitan
los espíritus ausentes....!
ay! desventurada Ida!
¡desventurado Ruy Pérez!
¡Lástima que no se escuchen
esas frases que se pierden
donde van los pensamientos
llenos de amor á perderse.

IV

Para qué sirven las flores
si en el alma no florecen?
¿De qué sirven las estrellas
si el nublado las envuelve?
En vano le ruega Ida
al conde Vasco de Albuernes,
ay! el conde es el destino
y el destino se ensordece!
Es la roca en que se estrella
ola gigante que inerme
torna á caer en el seno

de la mar que se enfurece!
¡Destino!; ¿qué es el destino?
ave negra que se cierne
sobre la pálida efigie
del que viviendo se muere!
Nieve de nacar que enciende
la luz de un alegre día
¡cuando dichoso amanece!
¡Destino!; ¿qué es el destino?
¡Quién lo sabe!, ¡quién lo entiende
Sombra ó luz, congoja ó dicha....
¡Destino es lo que Dios quiere!
Ida sufre, Ida encerrada
lentamente languidece,
entre la luz y la sombra,
entre la vida y la muerte!
Lo mismo pasa al mancebo,
lo mismo pasa á Ruy Pérez;
y entre su amor y sus dudas
ríe y llora, vive y muere!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe.

Mérida, mayo 3 de 1883.

SARA

I

En una cámara, apenas
alumbrada por un resto
de la hermosa luz del día,
(de un día del mes de enero
de mil seiscientos cuarenta
poco más ó poco menos),
estaba un hombre sentado
y enfrente de él y no lejos.
una mujer muy anciana
de triste aspecto severo.
El es don Diego de Sesa,
gallardo y gentil mancebo,
la anciana, doña Mencía,
su noble madre.

II

—Comprendo;
y no he de olvidar, señora,
que amor y respeto os debo.
Mas no es posible obsequiaros
ni tampoco obedeceros,
que aquel amor es más grande
que este amor y este respeto.
Si así á mi destino plugo,
vive Dios! que es bien adverso,
mas para luchar con él
ha de sobrarme el aliento.
—¿Luchar contra mí?
—No, madre.
Luchar contra vos no puedo;
pero si sois mi destino,
contra el destino.
—Es lo mesmo.
Y ese amor es imposible.
—Por imposible lo quiero.
—Esa doncella es judía.
—Pues eso es, á lo que entiendo,
el imposible, señora,
que á no ser eso, por cierto,
que al pie del altar mañana
mi amor le jurara eterno.
—Y ella.... ¿Te ama?
—No lo sé,
que jamás me lo dijeron,
—¿Y ni preguntarlo osaste?

—Osé, sí tal, no lo niego;
pero ella puso en mis labios
el candado del silencio.
Y es igual, que así la adoro,
pues amor, según yo pienso,
mientras más dentro se calla
se van entrando más adentro.
—Amor candados no tiene.
—¿Por qué me dijísteis eso?
—Porque esa hermosa judía
á tí no te ama, don Diego.
—Clavad, señora, cien veces
este puñal en mi pecho,
dadme á beber gota á gota
toda la hiel que no os dieron
ni perdidas ilusiones,
ni malogrados deseos,
ni esperanzas que rodaron
en los abismos del tiempo;
pero quede en vuestros labios
esa serpiente de celos.
Guardadla donde aire tenga
menos puro del que tengo
que del aire que respiro
su imagen vive en mi pecho!

III

Las flores sobre la tierra,
las estrellas bajo el cielo,
y entre estrellas y entre flores

y entre perfumes y besos,
con los labios como rosas,
los ojos como luceros,
vive Sara, flor y estrella
del corazón de don Diego:
nadie sabe por qué Sara
llora á veces en silencio,
nadie sabe por qué á veces
tiene el semblante risueño.
Ella y Dios no más lo saben
y lo sabe, acaso, el viento,
ó sin saberlo se lleva
los suspiros de su pecho,
las sonrisas de su labio,
las sombras de sus deseos,
y los fantasmas dorados
de sus dorados ensueños.
Y ella sabe que en la calle
ronda un hombre sin sosiego,
ella sabe que ella sola
es su sólo pensamiento,
y ella siempre, noche á noche,
oye un cantar á lo lejos,
ó acaso se lo figura,
pero oye que cantan esto:
"Para tí la luz del día
que tu corazón alegra,
para mí la noche negra
que es muy mía,
que la adoro;
pues que entre sus sombras lloro
por tu amor y por tu encanto,

para mí su negro manto,
para tí su manto de oro.
Para tí luz y colores
porque venturosa fuiste,
para mí que vivo triste,
tristes flores,
pues con ellas
alimento mis querellas
y quebranto mis congojas;
para mí las secas hojas
para tí las hojas bellas.
Para tí las venturanzas
con que sueña el pensamiento,
para mí sólo tormento
y esperanzas,
pues los días
tras hondas melancolías,
paso soñando en venturas;
para mí las amarguras,
para tí las alegrías."

IV

Murió al fin la adusta anciana
sin conseguir que don Diego,
de su amor ni un solo día
se olvidara.... ¡ni un momento!
Si dió Sara ó no dió Sara
esperanzas al mancebo,
si ella al fin rompió el candado,
y él al fin rompió el silencio;

si aquel amor santo y puro
unió sus almas, y de ello
fueron testigos las flores
y las estrellas á un tiempo,
ni quedó escrito en la reja,
ni quedó escrito en el viento,
y tal vez ni quedó escrito
en el azul de los cielos;
pero es fama que una noche.
después de un cantar que oyeron,
oyeron como un gemido
de la noche entre el silencio.
Oyeron en las baldosas
como que chocaba un cuerpo,
un cuerpo que se caía
como cuando cae un muerto.
Que después oyeron llantos,
después nada....

V

Así los cuentos
terminan y así terminan
las historias. ¡Qué misterios
guarda el espacio en sus sombras!
¡Y cuántos hondos secretos
las flores sobre la tierra,
las estrellas bajo el cielo!

FLORA

I

En su mano y en su frente,
y en su mejilla hechicera,
la lozana palidez
de la flor de la gardenia;
sus labios hojas de rosas
las más rojas y más tiernas,
sus ojos como esas noches
en que no alumbra una estrella,
más obscuras que las ondas
de su hermosa cabellera,
donde hay dorados reflejos
y fulgores y tinieblas.
¡Qué sonrisas en los labios
en que el aura se embelesa,
cuando sus alas los tocan,

cuando sus besos se llevan!
¡Qué miradas en los ojos
que se abren, que se cierran,
que se entornan, que parece
que de sombra y luz se llenan!
Y bajo el labio qué hoyuelo;
y qué pestaña tan negra,
y qué líneas y qué curvas
en los arcos de las cejas.
Así el niño la sonríe,
así el alma la sospecha,
y así la idolatra el hombre
¡y así la sueña el poeta!

II

Le dicen Flora á la hermosa
porque se llama Florencia;
como un rayo de sol, pura,
como los ángeles buena.
Quiso el amor y buscólo
con ansia inocente y terca;
pero lo busca y suspira
pues lo busca y no lo encuentra!
Acaso á veces lo finge
así como si lo viera,
como la luz de la aurora
entre celages y nieblas;
pero su pecho no siente
lo que quiere y lo que anhela,
y por eso vive triste,

pesarosa y descontenta,
y por eso se acongoja,
y por eso se desvela,
hasta que un día sus ojos
se abren á una vida nueva,
como el que de largo sueño,
soñando el amor, despierta!

III

Era Baltasar de Alarc
casi joven, casi viejo,
y es como todos por fuera,
y como nadie por dentro.

IV

Soñó un amor en su vida
tal como todos lo sueñan,
pero tal como lo siente
no hay ninguno que lo sienta.
En un instante feliz
de su azarosa existencia,
al ver á Flora se hechiza
y ya hechizado se queda!
No ha de haber poder humano
que arrancar de su alma pueda,
aquella imagen que el sello
de lo eterno grabó en ella;

ni ha de haber una hora sola,
que, con sus alas ligeras,
volando en torno la imagen
gentil, no se le aparezca!

V

Flora también idolatra
á Baltasar, porque es fuerza
que se adoren los que nacen
con dos almas como aquellas.
Y aunque el amor que se tienen
en el misterio se envuelva,
algo murmuran las gentes
aunque tal vez no lo crean;
porque también es forzoso
que las gentes se entretengan,
porque son flojos los labios
y harto movibles las lenguas!

VI

Nadie sabe por qué causa
Baltasar tiene tristeza,
ni sabe nadie por qué
Flora á abatirse comienza!
Se sabe que se idolatran;
cuando menos se sospecha
que lejos uno del otro
la vida vida no fuera,

y sin embargo sus almas
parece que se alimentan
de lágrimas de amargura,
y de sollozos de pena!

VII

Se abre un sepulcro una tarde
y en él un cadáver echan:
¿Es el de Flora?; ¡quién sabe!
¿El de Baltasar?; ¡pudiera!
¡Qué importa cuál de los dos
se hundió bajo aquella piedra,
si también el vivo ha muerto
aunque se quede en la tierra!
¡Qué importa si al fin se ha roto
aquella hermosa cadena,
que se tejió con las flores
de un amor que ya no sueña!
¡Qué importa que sobre el mármol
pinten unas cuantas letras,
si el vivo no necesita
de ir á la tumba á leerlas!
¡Qué importa que sobre el mármol!
á hundirse va en las tinieblas,
si es igual á la de adentro
esa obscuridad de afuera!

VIII

Una noche me contaron
(era una noche muy negra)
que á Flora y á Baltasar
conoció mucho una vieja...
que aquella vieja sabía
de los dos, cosas muy nuevas:
que para el que lo ha ignorado
todo es nuevo aunque no sea!

IX

¿Se amaron?
—¡Mucho se amaron!
—¿Gozaron?
—Más que en la tierra;
que ella era cielo para él
y él un cielo para ella!
—¿Y sufrieron?
—¡Mucho!
—¿Mucho?
—Las alegrías inmensas
necesitan por mortaja
una inmensidad de penas!
—¿Qué los hizo desdichados?
—Su desdicha.
—No es respuesta.
—Pues otra daros no puedo
que sí otra os diese, mintiera.

Digo no más lo que sé,
que es mal decir si se inventa.
Y suspirando la anciana
dobló la blanca cabeza!

X

—¿Y nada tienes de Flora?
—Nada.
—¿Y de él?
—Algo me queda.
—¿Y qué es ello?
—Poca cosa:
no más unas cuantas letras.
—¿Unas cuántas?
—Cuatro líneas.
Dicen que es verso.
—Pues venga.
Y la anciana me entregó
la hoja de una cartera.
Un pedazo de papel,
pedazo del alma aquella,
que aun me hablaba y me veía
en aquellas líneas negras!
"Nuestro amor, la vida humana;
"nuestro amor, la vida eterna;
"la duda, el verdugo inícuo;
"la paz, un lecho de tierra!"

Mérida, abril 6 de 1885.

ALDAZ

I

Allá arriba en los balcones,
música, algazara y fiesta;
abajo, silencio mudo,
y soledad y tristeza!
Arriba la luz del día
abajo noche y tinieblas,
arriba la desposada
abajo un hombre que tiembla
Arriba el labio que ríe,
la esperanza que consuela,
el porvenir que se cubre
con flores de primavera;
abajo el llanto que corre,
la esperanza que se niega,
el porvenir que se cubre

de abrojos y de maleza!
Arriba Elvira que á un hombre
mano y corazón entrega,
abajo Aldaz de Quiroga
que se muere de tristeza!

II

Triste es tener ilusiones....
¡Ay! que triste es el tenerlas
y sentir que se las roban,
¡y robadas se las llevan!

III

—"Mujer, te olvidaste un día
de tus amantes promesas,
ni te importaron mis lágrimas,
ni te importaron mis penas.
Mientras tú duermes tranquila
y en cielos azules sueñas,
y se alimenta tu pecho
de esperanzas lisonjeras;
mientras que blancas visiones
por tu pensamiento vuelan,
y con ellas te distraes,
y con ellas te embelesas,
y con ellas te mantienes,
y con ellas te recreas,
con ellas me vuelvo loco,

¡me estoy muriendo con ellas!
Y en prueba de que es verdad
que es espantosa mi pena,
y que sin tí de la vida
nada que esperar me resta,
ni nada en ella ambiciono,
ni nada en ella me queda;
supuesto que no la quieres
me la arranco de la tierra,
y me la llevo á otro mundo
á donde el dolor me lleva.
Adiós, mi Elvira del alma,
adiós, mi alegría eterna,
mi único amor, mi amor solo,
yo me voy y tú te quedas."—
Dijo Aldaz... brilló una cosa
como acero, blanca y negra,
se vió una mano en el muro
pálida, apoyarse trémula,
se oyó un suspiro muy triste,
más que un suspiro, una queja...
¡Cómo se quejan las almas
cuando se van y nos dejan!

IV

Allá arriba, al otro día,
unas azucenas muertas:
abajo, el frío cadáver
de Aldaz, sobre la barquera!

Mérida, mayo 25 de 1883.

GONZALO GONZALEZ

I

Como un dios ó como un loco
amó Gonzalo González,
á una dama hermosa y pura
porque era flor y era ángel.

II

Era estatuario Gonzalo.
Labró una estatua admirable,
y en ella encerró su alma;
que era de ella digna cárcel.

III

Todas las noches veía
la hermosa estatua animarse,

y que sus pálidos labios
se incendiaban para hablarle.

IV

Era la estatua tan bella,
que no hubo quien la mirase
sin que no admirara absorto
aquel prodigio del arte.

V

Una noche, el pobre artista,
la vió inmóvil, le habló en balde,
le pareció que su estatua
se convertía en cadáver.

VI

¡Y dentro del mármol frío
estaban; la hermosa imagen
de su amor, sus ilusiones
y su genio, que algo valen!

VII

¡Y ella lo guardaba todo
en su seno impenetrable,

como guarda á el alma el cielo;
y el sepulcro al que en él cae!

VIII

¡En vano en copioso llanto
su corazón se deshace,
en vano; pero es dichoso
¡que sufrir por su amor sabe!

IX

¿Sufrir? ¡Ay! fué tan intenso
su dolor y fué tan grande,
que se murió entre el crepúsculo
de una noche y de una tarde.

X

Lo enterraron; pero ¿en dónde?
¡Ay! ¡Nadie volvió á acordarse
ni de la estatua de mármol
ni de Gonzalo González!

Mérida, abril 24 de 1883.

ROSELA

I

Cuatro lustros, algo menos
Vivió lejos de su patria,
pensando en volver á verla,
Jorge Perran de Carlanza.
Algo indefinido y vago,
como la dicha soñada,
algo que ven, á lo lejos
no más, los ojos del alma;
que el pensamiento adivina,
que sospecha la esperanza,
como una luz que se enciende,
como una luz què se apaga;
visión que en el fondo azul
del horizonte se lanza,
que como la nube flota,
que como la nube pasa;

imagen de un sér que alumbra
el rayo de la mirada,
á quien da la noche formas,
á quien el día da alas,
color la luz apacible
de la luna hermosa y pálida;
aliento, aquel que le roba
á la flor, pasando, el aura;
voz el ave que suspira
en la selva solitaria;
alma el cielo, y el amor
sonrisas, besos y lágrimas!
Algo así, soñando vive,
jorge Perran, en las largas
horas de la triste ausencia
lejos del sol de la patria;
de ese sol que brilla más,
mientras es más su distancia!
Sol que halló su oriente un día
junto á la cuna dorada
de Perran, que ya á su ocaso
comienza á bajar y baja;
que con luz ardiente y viva,
de Perran la frente baña;
Perran que á los cuatro lustros
Algo menos, con el alba
de un hermoso eterno día,
llega al suelo de su patria.

II

Vivió Perran desdichado,
y aquella visión fantástica,
que tal parece que sólo
á soñar el hombre alcanza,
tomó cuerpo, tomó formas,
tomó realidad humana:
belleza tan seductora,
tan incomparable gracia,
de hechizo tal, de tal suerte,
y con tal poder dotada,
que sujeto el pensamiento,
desenvuelta la esperanza,
abriendo las ilusiones
á un nuevo mundo las alas;
brotando tal como brotan
las flores alborozadas
sobre las verdes alfombras
de las selvas solitarias;
como brotan las estrellas
cuando la noche callada,
para que brillen, les tiende
sus pabellones de gasa,
poblaron la fantasía
de Perran, que de Rosela,
que de Rosela á las plantas,
pone el corazón entero
y derriba entera el alma!

III

Que los hilos invisibles
del amor, sujetan y atan
de Perran y de Rosela
las dos vidas, las dos almas;
que en los espacios se buscan,
que en los espacios se hallan,
que confunden sus ideas,
que confunden su mirada,
que abandonando su cárcel
sus almas enamoradas,
acariciándose lloran,
acariciándose cantan!
Que palpitantes y mudos
enfrente de su desgracia,
sienten que el amor los une
si la suerte los separa,
no queda duda; lo dicen:
los labios porque lo callan!
las almas porque lo sienten!
los ojos porque lo hablan!

IV

¿Qué pasó?; ¿por qué suspira
acongojada Rosela?
¿Por qué Perran sufre tanto?
¿Por qué el infortunio sueña?
¿Por qué Perran en las altas

horas de la noche vela,
y entre las sombras confusas
vagar su espíritu deja?
¿Es que Rosela le ama
y á decírselo se niega?
¿Es que otro amor desdichado
es causa de sus tristezas?...
Cuando conoció Perran
su peregrina belleza,
cuando le dió el alma toda,
cuando le dió el alma entera,
¡ya Rosela estaba triste!
¡ya estaba triste Rosela!
ya Rosela suspirando
en la soledad inquieta,
devorando en el silencio
la amarga hiel de sus penas,
buscaba en el aislamiento
la paz que al dolor no auyenta,
esa paz que por ser sola,
sin ser paz, tal vez consuela!

V

¿No sería de un amor
desdichado aquella eterna
y extraña melancolía
que á Rosela le atormenta?...
¡Y aquella espantosa duda,
la espantosa duda aquella,
á Perran lo vuelve loco

y le hace gemir en vela!
Por eso en las altas horas
de la noche, el dolor llega,
y trastorna sus sentidos,
y en su corazón penetra;
y si no fuera que el llanto
gota á gota, en marcha lenta,
desciende por sus mejillas
en medio de las tinieblas,
Perran sin aire, sin vida,
sin movimiento, cayera,
cayera al suelo rodando
de la airada muerte presa!
Pero Rosela no quiere
hablar con él... y se niega,
¡por mucho que se lo pide!
¡por mucho que se lo ruega!

VI

"Rosela, Rosela mía,
si no me engañan tus ojos
y yo soy tu idolatría,
¿por qué de esta duda impía
me entregas á los enojos?"
¿Por qué no tienes piedad
de mi angustia y mi dolor,
y me dices la verdad?
¿Por qué si es mío tu amor
no es mía tu voluntad?
¿Por qué me ves padecer

y no alivias mi tormento?
¿Por qué no quieres creer
que voy la vida á perder
al rigor del sufrimiento?
¿No piensas que en esta cuita
que mi corazón agita,
sin paz, en duda y sin calma,
en soledad infinita
se me está muriendo el alma?
¿Piensas que si no te amara,
si no te adorase tanto,
tus desdenes soportara?
¡Ni uno solo!... derramara
mi sangre antes que este llanto!
¿Sospechas en mí, doblez?
O dime que tu esquivez
es hija de tu albedrío,
que tú no me amas, bien mío,
¡pero dilo de una vez!
Dilo... sepa al cabo yo
qué me guarda el porvenir;
sabré que debo morir,
que sin tu amor... ¡Eso no!
¡Sin él no quiero vivir!"
¿Lo oyes bien?, pues bien, contesta.
En mi ansia perenne y loca,
á oirte el alma se apresta...
¡Quiero escuchar de tu boca
hechicera la respuesta!"
"¿Quién ha de sentir así
su amor, ¡ay! dímelo, quién!
Ni quien con tal frenesí,

te ha de adorar... dime, dí,
si merezco tu desdén!"
"¿No me quieres? dí que no,"
si ése mi destino es.
Me quieres? pues dímelo;
¡esto te lo pido yo
de rodillas á tus pies!"

VII

Así lo escribe Perran,
acongojado á Rosela,
pero en vano implora, en vano,
que le den una respuesta.
¡Y sin embargo los ojos
de Perran, que triste espera,
sigue mirando el amor,
¡amor en los ojos de ella!
Mas ¿cómo si ella le ama
puede callarlo, aunque vea
desesperado á Perran
que de esperar desespera?
¿Cómo si le quiere tanto
deja que llore y que muera
de dolor y en la agonía
y en la tortura le deja?
Esto Perran no se explica,
y vive, como pudiera
vivir el alma encerrada
de un sepulcro en las tinieblas;
contemplando desde allí

aquella faz hechicera,
aquella pálida frente,
aquellas pupilas negras,
aquellos labios que son
el nido de una respuesta...

VIII

Perran siente que la vida
se le acorta, que en la fiera
duda que abriga su pecho,
que su corazón alberga,
su energía desfallece,
desfallecen sus ideas,
se mueren sus esperanzas,
y su espíritu se enerva;
así caen lentamente
tristes, amarillas, secas,
las hojas verdes del árbol
cuando el árbol no se riega!...
¡Ay! y le pide Perran,
para regarlo siquiera,
si no sonrisas alegres
sus lágrimas aunque sea!...
¡Que no hay rocío en la vida
que dé más vida en la tierra,
que las lágrimas que vierte
el amor, cuando es de veras!

IX

Lejos del sol de su patria
Perran alejarse intenta,
¡de qué le sirve aquel sol
si es que no le ama Rosela!
El sin saberlo, gimió
años tras años por ella,
¡porque la amó sin mirarla
y la amó sin conocerla!
Así la soñó en sus sueños
de venturanza, así era
la pálida faz hermosa,
de su inspiración eterna,
de su inspiración.... (decían
que Perran era poeta!)
¡Infeliz! En este mundo
con eso basta....

X

Dos velas
benditas, están ardiendo
de un altar sobre la mesa.
En un lecho silencioso
un hombre apenas resuella,
porque apenas tiene vida,
porque tiene vida apenas!
Es Perran... (al fin la muerte

apiadada se le acerca)
se está muriendo y sonríe,
y se está muriendo y sueña!
Sus últimos pensamientos
aun vagan sobre la tierra,
y sus pensamientos últimos
son todos para Rosela;
siente que su alma se va
y siente que se la deja,
que la muerte se la toma,
y á Rosela se la lleva...
—"Señor, exclama, con Dios
hablando en la hora suprema.
"Señor, si es mi alma del cielo
y hay un cielo que la espera,
puesto que el cielo de mi alma
es el alma de Rosela,
dale el alma que yo tengo
porque es toda para ella..."
¡Y la muerte se la toma
y á Rosela se la lleva!
Murió Perran...—Es seguro
que con el alma se alejan
también las dudas, si no,
paz en las tumbas no hubiera,
y en los tristes cementerios
se escucharan, por las grietas
escapándose del piso,
los sollozos de la pena!

XI

Perran escribió unos libros...
Cuando los lee Rosela,
siente el alma de Perran
palpitante en cada letra.
Siente un latido: ¡es Perran
que en su corazón golpea!
Oye un sollozo: es Perran
que solloza dentro de ella!
Y en aquellas armonías
que en sus oídos resuenan
y parten de los renglones,
lo mismo que de las cuerdas
de una lira, oye la voz
de Perran que le recuerda
de sus miradas ardientes
la seductora promesa!
Y cuando cierra su libro
y de leer deja Rosela,
sigue oyendo, en los espacios
ó dentro de ella, muy cerca,
como unos ecos que llegan,
como unos ecos que pasan,
como unos ecos que vuelan
de tal modo, que parece
que Perran vive y alienta:
¡porque nunca la abandona
y porque nunca la deja!

DIANA

I

Sobre dos grandes montañas
divididas por un negro
y hondo abismo donde corren
las aguas de un río; pero,
tan profundas que los ojos
de ningún mortal las vieron;
y las denuncia al que pasa
sordo rumor y siniestro,
se levantan dos castillos
sombríos, lúgubres, viejos,
que, no se sabe de cuándo;
pero de remotos tiempos,
se miran, se desafían,
de ira y de rencor tan llenos,
como firmes en su sitio,

como inmobles en sus puestos.
Dizque cual forzosa herencia,
y que de abuelos á nietos,
se aborrecen con el alma,
de aquellos muros los dueños;
con la misma hosca saña,
con el mismo loco empeño,
con que se odiaron un día
Capuletos y Montescos.
Es el Señor de un castillo
Martín Martínez de Olmedo,
padre de Diana: más linda
que las estrellas y el cielo.
Y es Señor del otro, el bravo
Per-afán de Vasconcelos,
padre de Mauro que es fuerte,
en la guerra y el torneo.

II

¿Dónde Diana y Mauro un día,
por vez primera, se vieron?
Nadie lo sabe y no importa,
que saberlo es lo de menos.
Que con solo una alma viven,
y un único pensamiento;
que no tienen más deleite,
que idolatrarse en silencio;
que desde el un lado al otro
de aquel hondo abismo negro
se miran ¡y les parece

que no se miran tan lejos!
Que Fortuño, que es de Diana
antiguo hidalgo escudero,
es el único que esconde
de aquel amor el secreto;
que saben, porque lo sienten,
que aquel amor es inmenso,
que aquel amor es profundo
que aquel amor es eterno,
que nada puede arrancarlo
de aquellos ardientes pechos,
eso sí, porque es preciso,
importa al lector saberlo.

III

Martín Martínez apresta
de su mesnada el ejército,
y Per-afán de sus peones
lo más lucido y más fiero,
porque al fin van á batirse,
porque al fin de tanto duelo,
va á saberse quién á quién
vence, en formidable encuentro.

IV

Acongojada, llorosa,
fría lo mismo que el hielo,
sola con Marcos Fortuño

está Diana en su aposento.
En los tallados barrotes
de una ventana sus dedos,
como de marfil, se clavan
por el sobresalto trémulos.
—Mira, Fortuño, le dice,
mira del sol al reflejo,
cómo se están acercando,
esos cascos y esos petos.
Mira, mira, como avanzan
y no la ven, y yo veo
que va la muerte delante,
y la muerte detrás de ellos...
Corre y cuando á Mauro mires
en peligro, con tu esfuerzo,
con todo el vigor que tienes,
salva á Mauro, yo lo quiero.
Dijo.—Le besó la mano
Fortuño, con gran respeto,
y se fué, con la siniestra
apoyada en el acero.
Y quedóse sola, Diana,
fija la vista en un lienzo
en donde estaba la imagen
de la Reina de los cielos.

V

Horrenda fué la embestida:
sangre y polvo y juramentos
y maldiciones y votos

y vencedores y muertos!
Cayó, para nunca alzarse,
Per-afán de Vasconcelos,
y de Fortuño en las manos
cayó Mauro, prisionero.
Pero respirando apenas,
con un lanzaso en el pecho,
por donde su vida, envuelta
en sangre, se estaba huyendo

VI

—Si de Mauro tocas, padre,
sólo una hebra del cabello,
si no mandas que contengan
la sangre que está perdiendo,
con este puñal que miras,
(y enseñó un desnudo acero)
voy á arrancarme la vida
que para Mauro la tengo!
Martín Martínez, absorto,
giró los ojos abiertos
por el furor, y cien rayos
de sus órbitas partieron.
Nunca amó sobre la tierra
más que á Diana, pues de resto
para nadie, jamás tuvo
de ternura un pensamiento.
Tomó entre sus rudas manos
de Diana el rostro hechicero,
y tomándola por loca

en la frente le dió un beso.
—¿Estás soñando, hija mía?
¿Estás enferma ó no entiendo?
—La vida, padre, de Mauro,
su vida, que pasa el tiempo,
y es cada instante que pasa
una esperanza que pierdo:
¡se lleva cuanto ambiciono,
se lleva cuanto poseo!
Reculó Martín Martínez,
más confuso y más suspenso,
miró bajo el brial dorado
de Diana el golpear violento
del corazón.... y su pena
y su angustia comprendiendo,
lanzó un rugido espantoso,
llevó sus manos al hierro
de la cintura.... más súbito,
por densa tiniebla envuelto,
rojo, más que rojo lívido,
cayó rodando en el suelo.
Pero fué un instante solo,
alzóse en seguida y luego
en la pared apoyándose,
con voz ronca como el trueno,
gritó:—"Clava tu cuchillo
Farfán, de Mauro en el pecho,
hasta que tope tu mano
aunque quede el puño dentro!"
Corrió Diana... pero inútil
fué su carrera y su esfuerzo,
cuando llegó ya era tarde,

cuando llegó no era tiempo.
Clavó en el lecho los ojos;
tembló, como en tallo esbelto
tiembla la flor cuando siente
el soplo frío del cierzo;
brilló en su mano la hoja,
tomó la mano del muerto
y apretándola, apretándola
entre sus siniestros dedos,
como el relámpago, rápido,
se hundió el puñal en el seno,
hasta que topó su mano,
y se quedó el puño dentro.
Martín Martínez sin pena,
ni amor, ni remordimiento,
abandonado de todos,
hasta del dolor, en medio
del solitario castillo
que heredó de sus abuelos,
murió una noche, de un golpe
de la sangre en el cerebro.
Bajo la bóveda augusta
de un triste y sombrío templo,
encerró juntos Fortuño,
de Diana y Mauro los cuerpos.
De entre los dedos de Mauro
no pudo arrancar los dedos
de Diana, que se agarraron
como se agarran los muertos!
Y mandó, del infortunio
y del amor en recuerdo,
colocar sobre el suntuoso

solitario mausoleo,
las dos estatuas yacentes
de Diana y Mauro, de recio
mármol de Paros construídas,
con gran perfección y esmero.
Más tarde, el mismo Fortuño
contaba: que entre el silencio,
cuando, á encender una lámpara,
bajaba de noche al templo,
más de una vez, vió, acercándose
al helado mausoleo;
las manos de las estatuas,
y que, moviéndose á un tiempo,
se buscaban en la sombra
y se oprimían los dedos!

Mérida, abril 22 de 1883.

DOÑA LUZ.

. . . . . .
¡No faltes á lo que jures
Ni aunque sea en la apariencia!
. . . . . .

I

En horas muy avanzadas
y en una obscura calleja,
cuatro noches van seguidas,
que canta Juan de Mancera.
Seguidas van cuatro noches
que canta de amor las penas,
y á la cuarta, Doña Luz
se asoma tras de la reja.

II

—"Señor, por la Virgen Santa,
no cantes quien quier que seas;
que hoy mi amante Fernán Gómez,
tornar debe de la guerra;
y ó creerá que le traiciono
ó mi amor buscas á fuerza,
y no quiero que se entinte
con sangre humana esta acera!
Quiera Dios que no te encuentre,
quiera Dios que no te vea!"
—"Le aguardo, dijo D. Juan
y, si quiere Dios, que venga!"

III

Se cierra el postigo... Entona
Don Juan sus tristes endechas....
Pasos suenan... llega un hombre
y arremete en cuanto llega.
Se oye el chasquido del hierro;
muerto Don Juan cae en tierra,
y "yo la he visto" balbute,
el matador... "mi Luz era!
"Que Dios te guarde, perjura!"
grita, y la tizona cuelga,
¡y de Doña Luz se pierde
para siempre en las tinieblas!

Mérida, febrero 27 de 1887.

TAIDE

I

Ferrán de Góngora vive
en un vetusto castillo;
con Pedroza su escudero,
y con Iñigo su hijo.
Bajaba el sol una tarde
del ocaso á los dominios
entre nubes de escarlata
y tras un bosque de pinos,
cuando sentado Ferrán,
puesta la diestra en un libro,
al mancebo que escuchaba
de pie, con aspecto digno,
le decía estas palabras
en rudo acento y tranquilo:
—"Yo sé que lo sé de cierto,
y no me lo niegues, Iñigo.

ni podrás nunca negarlo.
—No sé mentir, padre mío.
—Mientras aliente mi pecho,
mientras albergue un suspiro,
no has de casarte con Taide....
¡Jamás! mientras yo esté vivo!
Y cuando la tierra cubra
mi mortal despojo frío,
entonces dale tu nombre,
lleva á cabo tu designio;
conduce á Taide ante el ara,
pónle allí el nupcial anillo;
pero mientras viva, ¡nunca!
¡Jamás, mientras yo esté vivo!
—Padre.
—Nunca me preguntes
ni la causa ni el motivo.
Y en diciendo esto Ferrán
se le puso el rostro lívido.
(El autor de este romance
supo, por un manuscrito,
que fué del padre de Taide
Ferrán, mortal enemigo;
pero averiguar no pudo
ni la causa ni el motivo,
tal vez por la mala letra
y la edad del pergamino.

II

Iñigo estaba en la calle,
y en un balcón el divino

rostro de Taide asomado
por el hueco del postigo.
Guardaba al viento las últimas
dulces palabras de Iñigo,
cuando con acento trémulo
la hermosa dama le dijo:
—No es verdad, mienten los labios
que me dijeron prodigios,
ni eso pensó vuestro padre
ni vuestro padre lo ha dicho.
Ni nunca me habéis amado,
ni me tuvísteis cariño,
que fueron vuestras promesas
invenciones ó capricho...
—Os lo juro por mi vida,
Taide, os amo; os lo repito;
esperad y amadme; el tiempo
de mi amor será el testigo!
Se oyó de una alma el sollozo,
se oyó de una alma el suspiro,
pasó un instante... Más largo
no pasa rodando un siglo!
Nada interrumpió el silencio,
como el del sepulcro mismo,
pavoroso, mortal, lúgubre....
Y cerró Taide el postigo.

III

—Pedroza, tú me has contado
que en este viejo castillo,

como alma en pena, vaguea
la sombra de aquel judío,
que, con mal dañado intento,
y con oro mal habido,
puso la primera piedra
y fabricó el edificio.
—Es verdad, dijo Pedroza,
y tembló cuando lo dijo,
hace apenas cuatro noches
cruzar el huerto le he visto.
—Toma mi arcabuz, Pedroza,
ponte en guardia en tu postigo,
y dale muerte á la sombra,
que no es sombra, te lo afirmo.
—¡Líbreme Dios!
—Yo lo mando.
—Líbreme Dios!
—Yo lo exijo.
Que no te tiemble la mano
cuando toques al gatillo!—
Dobló Pedroza la frente,
fué á un rincón, tomó un antiguo
arcabuz, de la mejor
fábrica, modelo rico,
y, sin más abrir el labio,
con el paso decidido,
salióse del aposento
sin mirar siquiera á Iñigo.

IV

Apenas daba la una
en la torre del castillo,
cruzó una sombra en el huerto
y se oyó sonar un tiro...
saltó Ferrán de su lecho,
se oyeron pasos y gritos,
bajaron todos al huerto
en masa y despavoridos;
envueltos en anchas capas
todos, con linternas, tímidos,
rodearon un negro bulto
sobre un arriate caído.
¿Quién le arrancaba el embozo
al cadáver del judío?
Ferrán de Góngora al cabo
dió dos pasos decidido....
Tiró del fúnebre lienzo
y, dando un horrendo grito,
cayó extendiendo los brazos
sobre el cadáver de Iñigo!
—"El mandó que le matara,
me engañó y así lo quiso!
pues que me negué dos veces
y dos veces me lo dijo,"
clamó Pedroza, y cayendo
de rodillas y sombrío,
llorando, llegó á sus labios
la diestra helada de Iñigo

V

Bajo de un mármol reposan,
juntos el padre y el hijo,
y allí, cuando hiere el día
del templo augusto los vidrios,
hermosa como el dolor,
pálida como los lirios,
envuelta en fúnebres ropas,
del alma y cuerpo atavío,
llora su esperanza Taide,
en dos abundantes ríos
de dulce llanto, que bajan
de su semblante divino,
que bajan y en las junturas
del mármol, como rocío,
se filtran en el sepulcro
que encierra al padre y al hijo!

Mérida, abril 6 de 1883.

FERRANDO

I

En un salón cuadrilongo
de su soberbio castillo,
fija la vista en un lienzo
está Ferrando de Armijo.
Cerca de él, su padre adusto,
severo el rostro sombrío,
centellante la mirada,
el entrecejo fruncido,
con voz que el pecho penetra
como de un puñal el filo,
con éstas ó semejantes
palabras, así le dijo
á Fernando que le escucha
tembloroso y conmovido,
llenos los ojos de lágrimas,
mudo el labio, el rostro lívido.

II

(¡Oh, cuánto es bello en el alma,
del bien, cuando se ha perdido,
el recuerdo misterioso,
el fantasma fugitivo!
Es que el bien se hunde en la nada;
pero el amor de que vino,
es eterno; que él no tiene
ni sepulturas ni abismos!)

III

—No mires más el trasunto
de esa deidad, hijo mío;
pues que durante tu ausencia
dió tu memoria al olvido.
Unióse ante el ara santa
con Juan de Rojas tu primo,
y casóse por su gusto,
que por su gusto lo hizo!
—Te mienten padre, te mienten;
yo por mi nombre lo afirmo,
casóla con él, sin duda,
diabólico maleficio,
ó traición de Juan de Rojas
á quien ella nunca quiso;
á quien ella odiaba, padre,
de su alma noble en lo íntimo!
Mentirme nunca pudieron

aquellos ojos divinos,
ni la hechicera sonrisa
de aquel labio peregrino.
Ella en su noche de bodas
murió; lo has dicho tú mismo;
mas ¿por qué murió esa noche?
¡Eso, padre, no me has dicho!
Y si Juan no me lo explica,
como yo lo necesito,
con la espada que estás viendo
he de matar á mi primo.
Mira, padre, que aun estoy
con el polvo del camino;
voy á dejar mis espuelas,
voy á cambiar de vestido,
y al sepulcro de mi amada
vendrás, si quieres, conmigo,
y allí sabremos si dió
con mi memoria al olvido!

IV

Hay un libro que en el cielo
de la esperanza está escrito,
y en él escriben los muertos
para que lean los vivos.
Y en una página hermosa,
inmortal de aquel gran libro,
sin duda estaba leyendo
su amor Ferrando de Armijo.

———

V

Bajaron de los sepulcros
al pavoroso recinto:
delante Aldaz, escudero
de la casa, el más antiguo,
llevando una hacha que alumbra
con resplandores rojizos;
luego un doncel enlutado,
después el padre y el hijo.
Allí sobre un basamento,
de berroqueño granito,
el negro féretro estaba
hecho de roble macizo.
Ocho años hace que allí
fué una tarde conducido,
para que su último sueño
durmiera en él un prodigio.
Detuviéronse: Ferrando
avanzó triste y sombrío,
y en la mohosa cerradura
se oyó un lúgubre chasquido!

VI

Alzó Ferrando la tapa,
miró los despojos fríos,
y se anublaron sus ojos
en espantoso vahído.
Luego alzó la rica tela

que amortajó el busto níveo
de aquella que lo sedujo
con su amor y sus hechizos;
y vió, cuajada la sangre
en el blanquísimo lino,
y vió el ojal que dejóle,
al traspasarlo, el cuchillo.
Y vió, y su padre también
lo vió, que en el mismo sitio
en que late el corazón
cuando late ardiente y vivo,
se ocultaba un relicario,
y en su marfil amarillo,
el trasunto de un mancebo
que era Ferrando de Armijo!

Mérida, junio 6 de 1883.

FRAY SERVAN

I

En el coro del convento
está Fray Serván de Rojas,
allí en el lugar en donde
es más espesa la sombra,
el silencio más profundo
y la luz más pavorosa,
y la soledad más lúgubre,
y la tristeza más honda.
Fija la vista en la imagen
de una virgen dolorosa,
en el lugar donde tiene
clavada una daga toda;
y es porque él siente en su pecho
también una daga; otra
como la que está mirando

siempre inmóvil y filosa,
que al corazón fibra á fibra
le hace pedazos, le corta,
le desgarra y le tortura
día y noche, á toda hora.
Y él tiene el puño en el puño
de aquella daga.... y con loca
desesperación eterna,
quiere arrancársela, y nota
que mientras más lo procura,
más en su pecho se ahonda,
y más se agarra y la herida
se reverdece y se encona!
Por eso clava los ojos
en la imagen dolorosa,
en el sitio en donde tiene
clavada una daga toda!

II

En su celda solitaria
está Fray Serván de Rojas,
inmóvil como un espectro,
triste como la memoria
del bien perdido, del ángel
que con mano cariñosa
nos acaricia y el alma,
el alma entera nos roba!
Fray Serván abre la urna
de una imagen dolorosa,
y de entre el sutil cabello

que tras de la espalda flota
de aquel busto inanimado,
de un gran artífice obra,
extrajo una extraña prenda,
como un medallón ó cosa
parecida, en marco de oro:
la imagen encantadora
de una mujer hechicera,
que más cautiva que asombra;
como virgen de Murillo,
como creación portentosa
de aquel pintor que aun se agita
entre los muros de Roma:
noche los ojos, obscura
la cabellera abundosa,
y la tez como alabastro
que la luz del alba entona;
la frente como la tarde
melancólica y hermosa,
como rosas las mejillas
y los labios rosas rojas.
Tal era la imagen bella,
la miniatura asombrosa
que Fray Serván contemplaba
con la fija vista atónita,
con el alma de rodillas,
toda el alma, toda absorta;
toda en recuerdos hundida,
y bañada en llanto toda!!

III

Sobre un lecho, agonizante
está Fray Serván de Rojas
pálido como la muerte
que con mano fría toca
la frente, que guardó tantas
ilusiones seductoras;
y aquel corazón que tanto
guardara una imagen sola,
dulce como la esperanza,
como el cielo luminosa,
inmortal como el espíritu
que de Dios su esencia toma.
La comunidad entera
está, en la celda mortuoria,
rezando por el que en breve
de esta vida irá á la otra!

IV

Fray Serván guarda en su diestra,
contraída y temblorosa,
un objeto que en los frailes
la curiosidad provoca;
algo que mostrar no quiere,
algo que su vista ansiosa,
fascina, atrae y enciende
en llamaradas fosfóricas,

como la luz de la lámpara
que, luchando con las sombras,
va á morir y á instantes arde
fugitiva y poderosa.
En vano arrancarle intentan
de entre los dedos su joya,
rígidos como el acero
tan duros como la roca.

V

Que llega el último instante
siente Fray Serván de Rojas,
hace un esfuerzo supremo,
lleva su diestra á la boca;
se oye un beso, de otros muchos
eco de lejana nota;
abre los ojos; el cuello
sobre el noble pecho encorva,
clava la tenaz pupila
en aquella gentil copia
de la belleza más grande
que el amor puro atesora,
y exhala el alma y la diestra
antes tan rígida, afloja.
La comunidad se acerca,
confusa inquiere y, absorta,
sólo mira entre los dedos
del fraile muerto, la hoja
de un marfil blanco y bruñido
¡sin un perfil, ni una sombra!

Y fué que envuelta en su alma
misma, Fray Serván de Rojas,
se llevó al cielo la imagen
que era su amor y su gloria!

Mérida, abril 3 de 1887.

CRISTIAN.

I

Está Cristián de Fuenfría
con Doña Aldonza de Almeida,
en una cuadrada torre
de su antigua fortaleza.
Farfán González de Soria
con cien peones la cerca:
el uno por atacalla,
el otro por defendella.
Farfán quiere á Doña Aldonza,
que mano y amor le niega,
y amor y mano pretende
si no de grado, por fuerza.
Doña Aldonza que está sola,
Doña Aldonza que está huérfana,

busca en Cristián á quien ama,
consuelo, ayuda y defensa;
y Don Cristián que la adora
la encierra en su alma y la encierra
en una cuadrada torre
de su antigua fortaleza!

II

Nada más treinta peones
tiene Cristián y con treinta
vencer no puede al de Soria
desde sus rotas almenas.
Quince días van corridos
y no hay á la lucha tregua,
y se merman los de adentro,
y se merman los de afuera;
pero ni merman los celos
ni el amor ardiente merma,
que vida á sus propias vidas
le dan las vidas ajenas,
y sus llamas que se apagan,
nueva llama á sus hogueras:
¡que hasta de la muerte misma
medra el amor su existencia!

III

Y era una lúgubre noche
por lo triste y por lo negra,

y uno al pie de la muralla
y otro desde su obra muerta,
están hablando dos hombres
con voz enconada, seca;
y no tienen más testigos
las palabras de sus lenguas,
que Dios, que todo lo escucha,
las sombras de las tinieblas,
y el viento que se las trae
y el viento que se las lleva!
—Juro á Dios que he de tomarla.
—Tomarás sus duras piedras,
y los sombríos cadáveres
de mis soldados con ellas!
—Pero y tú...
—También el mío
también el mío te espera....
—Pero el cadáver de Aldonza...
Aguarda... escucha... ¿Qué intentas?
Oye, Cristián, oye, ¿no oyes?
Pero Cristián no contesta.
Cristián se ha vuelto á su torre,
de amor ebrio; el alma llena
de esperanzas malogradas,
de malogradas promesas:
balbutiendo unas palabras,
ecos de su honda tristeza,
de su impotencia y su rabia.
de su despecho y su pena!

IV

¿Qué hará Aldonza cuando caiga?
¿Qué hará Aldonza cuando él muera?
Pensando en esto, al portillo
de su vieja torre llega.
—Paje, grita, mi buen paje!
Y se aparece Cardeña,
su pajecillo, en quien tiene
confianza absoluta y ciega.

V

—¡Cardeña!
—Señor.
—Ya es hora.
¡Llegó la hora suprema!
Ni tú ni yo viviremos
mañana, cuando amanezca!
—¿Qué le digo á Doña Aldonza?
—Que hoy he muerto en la pelea;
que no en vano lloró tanto,
al hundirse en las tinieblas
el triste sol de esta tarde
que se llevó mi existencia!
Dile que morí luchando
por su amor, por su belleza;
que por ella lo dí todo...
¡como que todo era ella!
Y aunque vivo así me ves,
estoy muerto ya Cardeña,
y muerto, así saber quiero
qué hará, cuando ella lo sepa.

Dile que con seis soldados,
vas á defender la puerta
de este castillo.... ¡no más
que esos soldados nos quedan!
Que es imposible vencer...
Que sucumbir es de fuerza,
que ya á la fuerza es inútil
oponerle resistencia....
Dile que vendrá el de Soria,
dile que, si se la entregas,
que si has de entregarla viva...
ó si has de entregarla muerta!...
—Si dice que viva....
—Entonces
si dice que "viva," déjala.
—Si dice que muerta....
—Entonces
en su seno esta arma entierra;
de un solo golpe, hasta el pomo,
no le des tiempo á que enjugue
el llanto que por mí vierta.—
Y al decir esto, Cristián
se limpió con mano trémula
una lágrima, y su daga

VI

Quedó sólo, quedó mudo
como si fuese de piedra...
Poco después oyó pasos...
Después asomó Cardeña...

y parten de los renglones.
rápido, que no padezca;
desnuda, entregó á Cardeña.
Cardeña le da el acero...
Cristián lo toma y lo besa.
¡Estaba tinto hasta el pomo
de sangre... ¡Sangre que humea!
—"Vamos, murmura Cristián,
mis soldados!... los que quedan."-
En seguida, del castillo
se abrió la vetusta puerta,
y sobre siete cadáveres,
con las lanzas en las diestras,
el de Soria y sus peones
entraron hasta noventa...
¡Hasta la torre cuadrada
de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.

ESPERANZA

I

"En vago tropel las nubes,
del manso viento empujadas,
sobre la faz de la luna
se arremolinan y pasan.
Parecen palomas negras,
parecen palomas blancas,
que ya sus alas confunden,
que ya separan sus alas,
que, ó velándolo del todo,
ó en partes, van dispersàdas,
en el lago azul del cielo
cercando el bajel de plata.
En el cielo de mi dicha

tal así, las esperanzas,
velan á veces, Rodrigo,
las ilusiones de mi alma;
y otras, en el lago inmenso
de un horizonte sin playas,
siempre azul, sereno y claro,
cercando tu imagen pasan.
—¿Cuándo vienes?; ¡ojalá
pudieras venir mañana!
¿Qué cosa estarás pensando
mientras te escribo esta carta?
Cualquiera lejano acento
que á mi oído en las ráfagas
del aire llega, parece
que me trae tus palabras.
Se me figura tu sombra
cualquiera sombra que pasa,
¡y cada estrella que miro
me devuelve tu mirada!
Si la noche de mi vida
es una noche sin alba,
¿por qué no vienen tus ojos
con su luz á iluminarla?
¿Y ha de ser siempre lo mismo?
¿No tienen fin las desgracias?
¿Estos duelos no terminan
y estas cuitas no se acaban?
¡Ay! cuando vuelvas á verme,
si me amas como me amabas,
te va á dar miedo, Rodrigo,
la palidez de mi cara.
Te van á espantar mis ojos,

con estas sombras moradas,
tal vez porque entre las sombras
por tí de llorar se hartan!
Tal vez... oiré lo que digas
cuando te cuente mis ansias,
y te refiera Rodrigo
lo que de noche me pasa.
¡Si supieras!... Duermo poco,
y á veces no duermo nada,
pues cuando duermo parece
que tengo despierta el alma.
Porque sigue el sufrimiento,
porque te llamo y te callas,
porque mi cerebro piensa,
y porque mis labios hablan,
porque me acosa la idea
de que á tus promesas faltas,
de que por otra me olvidas
y de que ya no me amas.
Y entonces, Rodrigo, entonces
ya no es que estoy desvelada
ni durmiendo... entonces creo
que tengo encima la lápida
de mi sepulcro, que vivo
muerta y mi espíritu vaga,
en el mundo de los muertos
con mis muertas esperanzas!
Ya ves Rodrigo: la luna
que, al comenzar esta carta,
en un tropel iba envuelta
de nubes negras y blancas,
no tan bella como dices;

pero como yo tan pálida,
en el limpio azul del cielo
brilla hermosa y solitaria!
Sin nubes... ¿Entiendes?—Eso
¿será buen augurio? Basta.
Quiera Dios que no me maten
mi dolor y tu tardanza,
que sólo sueño, Rodrigo,
con cañones y con balas.
Ven pronto... Adiós... no me olvides,
que no te olvida,
ESPERANZA."

II

Al pie de un fuerte reducto,
mal recostado en las ancas
de un corcel de guerra; cuando
el sol del zenit bajaba,
el capitán de unos tercios,
colocados en batalla,
triste y trémulo leía
por la tercera ó la cuarta
ocasión, estos renglones;
y se enjugaba una lágrima
ó dejaba que cayese
sobre el puño de la espada.

III

Sonó el clarín del combate
cuando Rodrigo de Praga,
daba un beso á aquellas letras
que trazó una mano blanca;
aquella mano querida,
aquella mano adorada,
que por él enjuga, sólo,
torrentes de amargas lágrimas.
Rodrigo la carta esconde,
monta, en los hijares clava
del corcel la aguda espuela,
y á la lucha se abalanza.

IV

Negros girones de nubes
como flotantes fantasmas
que las luengas vestiduras
en los espacios desgarran;
que las melenas sacuden,
irsutas y destrenzadas,
que ya tendiéndose vuelan,
que ya en gigantes cabalgan,
y allá lejos se deshacen,
por el viento arrebatadas,
la luz de la luna encienden,
la luz de la luna apagan;
la misma luz que otro tiempo

fué de sus venturas lámpara,
vierte su luz melancólica
sobre Rodrigo de Praga,
que en medio de los revueltos
despojos de la matanza,
yace, bañado en su sangre,
que aun de la ancha herida mana
Bella cruza ante su vista
la imagen de su esperanza;
la va á perder para siempre,
no ha de volver á mirarla!

V

—"Qué triste es morir tan só
qué triste es morir, exclama,
sin escuchar el gemido
siquiera, de mi adorada!
Qué te hice yo, suerte impía,
y ella qué hizo, suerte ingrata,
para que fueras conmigo
y con ella despiadada?
¿Por qué de la ausencia eterna,
el imposible levantas,
y con tu beso de muerte
para siempre nos apartas?,
Sintió Rodrigo en su pecho
caer una inmensa lágrima,
y como en la mar, en ella
sintió que se ahogaba su alma!

VI

Tenues nubes vaporosas,
copos de espumas rizadas,
sutiles ondas de humo,
encajes de filigrana
de sombras crepusculares,
girones de leves gasas
en derredor de la luna
ya se mezclan, ya se apartan,
un melancólico rayo
penetra en una ventana
y hendiendo la sombra obscura
sobre un lecho se dilata,
y allí el confuso contorno
de una humana forma traza
mal dibujando las líneas
sobre las sábanas blancas....
pálida virgen que al mundo
de la bienaventuranza
tornas los ojos marchitos
que ya de llorar se cansan,
deja en el huérfano lecho
los lienzos que te amortajan,
esconde en la sepultura
tu belleza inmaculada,
y al cielo, sobre esas nubes
encúmbrate, que te aguardan
tus celestes ilusiones!
tus celestes esperanzas!

VII

Murió y al morir sus labios
dijeron estas palabras:
—¿En qué pensará Rodrigo
que no contesta mi carta?

Mérida, marzo 22 de 1883.

JOFRE LOSCOS

I

En un obscuro aposento
inmóvil y silencioso,
sentado en una poltrona
está el viejo Jofre Loscos.
No lejos de él en un ancho
sitial, doblado el airoso
busto, como la flexible
rama de huracán al soplo,
como en su tallo caída
la flor; escondido el rostro
entre los brazos, que cuelgan
cruzados con abandono,
está una dama, muy joven
según lo negro y copioso
del cabello; por lo esbelto

de la espalda y de los hombros,
por lo suave y por lo puro
en las líneas y en los tonos
de sus manos bellas, blancas
como el jazmín de los trópicos.
Jofre la ve con ternura
que es su nieta, su tesoro,
y al mirarla de su pecho
se escapa un débil sollozo.

II

—¡María, María exclama
al fin Jofre, en blando tono,
y alzó María la frente,
y abrió María los ojos.
Frente y ojos como el ébano
y el mármol, cuando uno y otro
están juntos y es lo blanco
y es lo negro más hermoso.
—María"
—Padre
—¿Qué tienes?
—Es un malestar tan hondo,
que siento que no respiro,
que siento que me sofoco.
—Sal, María.
—Es que no puedo.
—En un tiempo.
—El tiempo es otro.
—Haz un esfuerzo.

—Imposible.
—Busca el aire.
—El aire es poco.
—Busca tus flores,
—Mis flores
murieron con el otoño,
y ó volaron con el viento
ó se hundieron en el polvo.
—Dime, ¿qué tienes, María?
—¿Qué tengo, padre? Conozco
que voy á morirme...
—Calla!....
—¡Que voy á morirme pronto!
—¿Morirte?
—De pena muero,
—¿Qué te hace falta, si en torno
todo lo tienes?...
—Es, padre,
que me lo robaron todo.
—Amaste, hija mía, amaste?..
—Y fué amor tan poderoso
y en colmarme de venturas
fué tan grande y fué tan pródigo,
que al arrancarme en un día
el destino mi tesoro,
se llevó mis ilusiones,
mis esperanzas y todo!
Aire sobra y no le tengo,
sobra luz y el mundo es lóbrego,
siento nubes en mi frente,
siento sombras en mis ojos;
siento, porque no lo veo,

siento, porque no lo toco,
que hay un sér como un fantasma
impalpable y vaporoso,
que en torno de mí se agita
que me llama y le respondo,
y si le llamo parece
que huye con semblante torvo.
Que vuelve; que me persigue,
que llora cuando en el colmo
del placer sueño que vivo...
¡y se ríe cuando lloro!
Y es él, padre, es él; el mismo
Pedro de Mena, el hermoso
mancebo, aquel que me dijo....
no sé qué me dijo.... todos
mis placeres de otros tiempos
mis recuerdos cariñosos
las flores, mis compañeras,
y los libros mis tesoros;
el cielo que era mi encanto;
las estrellas mi alborozo,
el arpa que me compraste....
Todo, todo, todo, todo,
lo olvidé por lo que dijo
Pedro de Mena y que aun oigo
que está en mi oído sonando
con acento melodioso.
—¿Dónde está Pedro de Mena?
gritó con acento ronco
de pie y temblando y sombrío
el anciano Jofre Loscos.
—¿Dónde está? ¿dónde? María
contesta.

—Padre, lo ignoro.
Está en mi pecho, en mi alma,
en donde estamos nosotros,
¡Huyó!.... me olvidó por otra,
por otra, padre, y aun vivo....
Ya lo ves, el tiempo es otro!
Cayó el viejo en su poltrona
lo mismo que herido tronco
por el rayo y apoyando
en sus rodillas los codos,
después de lanzar del pecho
como un rugido un sollozo,
entre sus manos, más pálidas
que el marfil, ocultó el rostro.

III

En una hermosa capilla
de paños negros cubierta,
con un altar en el fondo
donde arde un blandón de cera
con un grande mausoleo
labrado de parda piedra
con un sencillo epitafio
y una cruz, á la derecha,
está sentado un anciano
en una poltrona vieja,
y cerca de él de rodillas,
grave y sombría una dueña.
Los dos una cosa misma
en sus pensamientos piensan,
los dos en silencio lloran,
los dos en silencio rezan.

IV

Los dos alzáronse á un tiempo
y á un tiempo á la negra puert
del mausoleo llegaron
con marcha pesada y lenta.
—Abre, Inés, murmuró Joíre.
Y abrió Inés la puerta negra,
y entró Jofre en el sepulcro
Acércate, Inés, escucha,
y entró Inés á la desierta
bóveda del mausoleo
casi envuelta en las tinieblas.
—Repítelo, en este sitio
has visto á Pedro de Mena,
al mismo, Pedro, esta tarde
en el atrio de la Iglesia?
—Le ví—dijo Inés: con sorda
voz y perceptible apenas.
¡Y se oyó como un gemido
en el fondo de la tierra!
—Te dijo al morir, María,
que buscaras al de Mena
y que en su nombre le hablaras
y á este sitio le trajeras?
—Así al morir me lo dijo:
que fué de Pedro promesa,
buscarla viva, en su casa,
buscarla en su tumba, muerta.
Y pues murió de dolor
la infortunada doncella,
aquí que acuda á la cita.

Ve, Inés, por Pedro de Mena.
Salió Inés, tras ella Jofre
salió, quedóse en la puerta,
¡y se oyó como un gemido
en el fondo de la tierra!

V

Oyó Jofre pasos lejos;
oyó después pasos cerca,
y entraron á la capilla
un mancebo y una dueña.
Abrió más la puerta Jofre
y oculto quedó tras ella,
y tomó Inés para guiarle
al mancebo de la diestra.
—Venid... dijo... aquí D. Pedr
os dió la cita primera...
También os guié de la mano
en esa vez como en ésta.
Vestido todo de negro,
sin temor, tal vez con pena,
con la mirada muy dulce
á veces; y á veces fiera,
pálido el rostro moreno,
y el pecho obscuro y la espesa
barba y el bigote, largos
á la usanza de la época,
avanzó, puesta en el puño
de la espada la siniestra
mano, con tranquilo paso
y lento Pedro de Mena.

VI

—¿Dónde está? dijo D. Pedro
—Allí... murmuró la dueña,
y entró D. Pedro resuelto
á la bóveda desierta.
Oyóse un tercer gemido
en el fondo de la tierra,
y luego el golpe sonoro
que hace el que caer se deja
de rodillas en el suelo,
cuando hay una cripta hueca
debajo de las rodillas
y encima de la conciencia!
Después oyeron; Inés
y D. Jofre, como esas
lejanas voces que suelen
oír, tal vez los que sueñan;
cuando todo calla y duerme,
cuando al rozar las tinieblas
con las tinieblas parece
que al alejarse se quejan....
Luego oyó distinto, claro,
D. Jofre hablar á su nieta,
que le dijo: "cierra, padre,
cierra ya la puerta, ¡cierra!"
Inés cayó de rodillas,
cerró Don Jofre la puerta,
y en el altar sobre el ara
se apagó el blandón de cera.

Mérida, abril 14 de 1883.

EDUWIGIS

I

Sobre el negror de la noche
sus vagos sutiles velos
la pálida luz del alba
va tendiendo trecho á trecho,
sobre los campos del cielo,
donde están los horizontes
y donde están los luceros!
Todo es silencio en la playa,
todo es en la mar silencio,
y es el rumor de las olas
como un suspiro del viento!
Sólo desde la ribera,
en lontananza, á lo lejos,
se mira como un fantasma
casi blanco, casi negro,

mal envuelto entre la bruma
de un bergantín al bosquejo
ya con las lonas hinchadas,
tirantes los aparejos,
moviéndose lado á lado
con un dulce movimiento,
como si estuviera libre,
como si estuviera suelto!
Fija la vista en el agua
que está sus plantas lamiendo,
está una hermosa doncella
más hermosa que un ensueño;
tiene en gajos el obscuro
y destrenzado cabello,
dado á los besos del aura,
dado á los besos del céfiro;
y tiene dada á su frente
al arpón de un pensamiento
y su pecho á los suspiros
que se lo desgarran dentro,
y sus ojos y sus párpados
á sus lágrimas de fuego,
que sus mejillas abrasan
conforme se van cayendo,
cayendo sobre los labios
donde dormía su nieta.
de coral húmedo y terso
donde la palabra espira,
donde espira hasta el aliento,
porque están como la playa
y como el mar, ¡en silencio!

II

Más junto de la doncella
se ve un hombre y se oye un eco,
un hombre que está llorando
y un eco que está gimiendo!
Un cuerpo que es corazón,
una voz que es sentimiento,
dulce, armoniosa, sencilla,
llena de amor y misterio;
como querella de ave
que está llorando á su dueño,
que llora de enamorada,
porque es llorar su consuelo;
voz del alma, un canto, un himno,
lánguido sollozo tierno,
rumor de plumas que llevan
leves ráfagas del viento
que azotan las cuerdas de oro
de liras de bardos muertos,
que están cubiertas de polvo,
de polvo de cementerios,
polvo de flores marchitas,
polvo de tristes recuerdos,
polvo de falsas promesas
y desengaños funestos!...
Voz del alma; un himno, un canto,
rumor de brisa, ligero,
desprendido de las ondas
que dan un último beso
á la espuma que las cubre,

que las envuelve muriendo,
cuando es para ellas sepulcro
la arena que juzgan lecho!

III

—"Llegó el momento, Eduwigis,
ya lo ves; llegó el momento;
¡ojalá que no llegaran
los que han de ser como éstos!
¡Cómo es el andar del hombre,
cómo es el andar del tiempo,
que siempre nos encontramos
por más despacio que andemos!...
¡Qué paz en estas alturas!
¡Qué tristeza en nuestros pechos!
¡Todo tranquilo allá arriba,
aquí abajo todo inquieto!
Nunca te olvides de mí,
de tu Marcos, de tu siervo;
del único á quien besaste
con esos labios tan bellos!
Cuando mires una sombra,
dale formas con mi cuerpo
y haz que á mí se parezca
si es que me sigues queriendo;
cuando tengas una idea,
dale con mis pensamientos
forma y color si es que siempre
sigo siendo tu embeleso!...
Si me olvidas, Eduwigis,

si te olvidas de tu dueño,
si te olvidas de mi amor,
si olvidas tus juramentos,
olvídate, por piedad,
hasta del nombre que tengo;
que no te perdonaría
la ofensa de tu recuerdo!...
No me olvides, no me olvides
si es que soy tu amor primero;
pero si no soy el único
quiero que me olvides presto;
borra mi imagen del alma,
bórrala del pensamiento,
y borra hasta los borrones
con que me borres... No quiero
ni la sombra de mi sombra
ni de esa sombra el ensueño
ni de que soñaste un día
con mi amor y con mis besos!
Adiós, mi bien, mi tesoro,
adiós, mi ardiente embeleso,
junta tu frente á mi frente,
y pues que tu alma me llevo,
toma el alma que te doy
porque toda te la dejo!...

IV

Un instante nada se oye...
—¿Y si no vuelves?
—Sí vuelvo.

—¿Y si no vuelves?
—Entonces
será señal de que he muerto!

V

Del bote que lleva á Marcos
mira Eduwigis los remos;
los ve que salen del agua,
y le golpean el seno,
y le salpican el rostro...
¡Y es el golpear de su pecho,
y es el agua de su llanto,
como la del mar inmenso,
salobre, amargo, ardoroso,
y, de más á más eterno!
¿Por qué no se paralizan
los brazos de los remeros,
y entre el bergantín y el bote
no abre murallas el viento?
Ya ve Eduwigis, no más,
casi blanco, casi negro,
aquel extraño fantasma
mal entre brumas envuelto,
que se va porque ya es libre,
que se va porque está suelto!

VI

Pasa un año y otro, y otros
pasan, como pasa el tiempo,

para los dichosos, rápido,
y para los tristes, lento!
¡Qué lentamente se mueven,
nave del amor, tus remos,
cuando el dolor paraliza
los brazos de tus remeros!
Espera en vano Eduwigis,
al fin, un día, el exceso
de la pena le arrebata
la luz del entendimiento.
¡Qué tinieblas la rodean...!
¡Cómo está el negror de espeso
en esos campos que van
cruzando sus pensamientos!
Todo es silencio en la playa,
todo es en el mar silencio...
Clava en las ondas sombrías
los ojos negros y tercos,
y mira, como un fantasma
casi blanco, casi negro,
mal envuelto entre la bruma
de un bergantín, el bosquejo.
Le ve las lonas hinchadas,
tirantes los aparejos,
y lo ve que va á lo largo
de la costa andando lejos;
y ella entonces de la orilla
á lo largo va siguiendo...
¡Va siguiendo aquella hermosa
ilusión de sus ensueños!

VII

¡Cómo corre el bergantín,
y ella, cómo va corriendo;
él en el desierto azul,
ella en el blanco desierto!
El delante: ¡la ilusión!
Ella detrás: ¡el deseo
entre sus alas doradas
se la lleva como el viento!
¡Qué lejos están los dos,
qué lejos están del puerto!
La nave sigue... ¡no pára!
ella pára, y cae al suelo!...
¡Quién va á buscar una nave
en ese mar de los sueños!....
¡Y quién va á desenterrar
de la arena un esqueleto!

Mérida, mayo 6 de 1885.

TROVAS COLOMBIANAS

CRISTOBAL COLON

I

Espíritu gigante que otros mundos
en el espacio habitas,
torna al sepulcro que tu cárcel guarda
y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco
arrástrate y camina;
vuelve á poner sobre tu frente augusta
la corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio
sardónica sonrisa;
que la estúpida plebe te escarnezca;
que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón sencillo
el arma de la envidia,
y torrentes de lágrimas, á solas,
mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos
tu sombra fugitiva,
mientras te burla en los salones regios,
necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta
la poderosa vista;
tu llanto beba la arenosa playa,
y que besen tu sien auras marinas.

Y surca al fin los pélagos ignotos
en la arbolada quilla,
y triunfa.... Y al rumor de tus cadenas
caiga en el polvo mi dorada lira.

II

Al mediar de la noche silenciosa
á la pálida luz de las estrellas,
vagaba por los mares lusitanos
una hermosa galera genovesa.

Iba de corso. El timonel velaba
viendo brillar el fósforo en la estela...
De repente paróse, gritó:—"fuego:"
y el fuego apareció sobre cubierta.

III

Ardía envuelta la galera en llamas,
no lejos de la costa;
ase un marino el remo con la diestra
y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento
hiende las bravas olas,
y pisa al cabo con segura planta
riberas de Lisboa.

Dirige luego la mirada al cielo,
serena y melancólica,
y la vuelve á la mar, y la dilata
por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvían
al genio de las ondas;
la mar lo rechazaba. ¡Y para el náufrago,
era la tierra poca!

IV

Alto, robusto, varonil semblante
por noble, seductor;
la tez, un día transparente y blanca,
tostada del sol;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,

tal vez por el dolor;
su madre patria, Génova; su nombre
Cristóbal Colón.

V

con la soledad se encierra,
sus penas no ha de contar,
ni á las flores en la tierra
ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir
en su mente un pensamiento
que en su mente ha de morir,
pues en tan hondo aislamiento
¿á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar
sus penas y sus temores,
pues no le han de contestar,
si está en la tierra, las flores,
El que á solas en su hogar
ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor
y la ola al mar, y al horror
del pasado, el sufrimiento;
y vuelve á el alma el lamento
que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar
con la soledad se encierra,

sus penas no ha de contar,
ni á las flores en la tierra,
ni á las olas en la mar.

VI

No está la nube en los espacios sola
ni viven solas en el mar las algas;
y en el humano pecho
sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,
y las ramas del árbol en las ramas,
y en el agreste nido
se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día
gimiendo en triste soledad ingrata,
halló por su ventura
el alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,
y blancos lirios la infecunda playa,
y la celeste bóveda
limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella
en la lóbrega noche de borrasca,
y penetró su rayo
en el sombrío corazón del nauta.

VII

Después de la luz, la noche
envuelta en niebla sombría;
después del placer, las tristes
lágrimas en la mejilla.

Bajo los pétalos blancos
de la flor, la aguda espina;
bajo las rosas, el polvo
de las rosas de otros días.

Junto al azahar de la boda,
"inmortales" amarillas;
junto á la cuna, la huesa;
junto á la nada, la vida.

VIII

Dichosa mansión, dichosa
si no la nubla el pesar.
¡Qué hermosa es la luz, qué hermosa
en el cielo del hogar!

En el hogar, lo mismo que en el cielo,
hay también un crepúsculo sombrío;
el cielo moja de rocío el suelo,
y son en el hogar como rocío
las lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansión, qué triste
cuando la nubla el pesar!
Colón de negro viste
el cielo de su hogar!

IX

Bajo del sauce tétrico,
la sepultura cubre
u obscuro seno, con mullido césped
y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,
entre otras tristes cruces,
señalan todos el postrero sitio
de los que ya no sufren.

Colón, lloroso y pálido,
en hora amarga y lúgubre
el sitio señaló donde dormía
su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas
miró la tumba fúnebre,
cubrir su seno con mullido césped
y con lirios azules.

X

Al borde de un sepulcro, de rodillas
estaba Colón,

y también de rodillas, y á su lado,
un vástago en flor.

Un niño que tenía en la mirada
amarga aflicción:
y sin consuelo y entre acerbas quejas
lloraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,
de inmenso dolor,
en que el nauta se alzó de la tumba
y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse
sencilla oración,
y de la boca varonil y trémula
un himno de amor.

XI

"¡Amor, mi amor! Celeste mensajera
del dulce bien y la esperanza mía,
de tu edad en la dulce primavera
te vi rodar bajo la tierra fría;
amor, amor, en mi ilusión primera
inagotable fuente de alegría;
purísimo raudal que apuré ansioso
más que agora infelice, venturoso.

"¿A dónde voy, errante peregrino,
sin sombra, sin amparo, sin consuelo?

Murieron ya las flores del camino,
se apagaron las lámparas del cielo:
sobre mí poderoso torbellino
las nubes amontona en denso velo;
la soledad mi espíritu amedrenta,
y ruge en mis oídos la tormenta.

"Si escuchara tu voz, Felipa mía,
vibrante como música sonora,
renacieran la paz y la alegría
del que sin paz sus alegrías llora;
renacieran las flores que tejía
al risueño alborar de blanca aurora,
con que anudaba los perdidos lazos,
embriagado de amor entre sus brazos.

"¿Y era un sueño no más tanta ventura?
¿Fantástica ilusión, belleza tanta?
Al través de esa losa helada y dura,
que al golpe de mi pecho se quebranta,
la imagen de tu pálida hermosura
pienso que ante mis ojos se levanta,
y de nuevo suavísima y tranquila,
arde la luz del cielo en tu pupila.

"Parece que otra vez los dos unidos
con las caricias de tu amor profundo,
soñamos de placer embebecidos,
en hallar para el mundo un nuevo mundo.
Delirantes, acaso, los sentidos,
el espíritu inquieto y vagabundo,
dejábamos volar el pensamiento
libre y altivo en la región del viento

"Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?
¿De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?
Movió su rueda el porvenir esquivo
y á los dos nos hundió bajo su rueda.
Errante, desdichado, fugitivo,
mientras la duda el corazón hospeda,
iré sin guía, sin timón, sin norte,
de lugar en lugar, de corte en corte.

"Mas donde quiera que me arrastre el hado
renovarán nuestra sencilla historia,
las dulces horas que pasé á tu lado,
fugaces retornando á la memoria.
Presente siempre miraré el pasado;
y ya á la luz ardiente de la gloria,
ó de la sombra al tenebroso abrigo,
tu amor, tu imagen, estarán conmigo.

"Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía
cuna le dió de perfumadas flores,
hoy, triste, amortajando su alegría,
cerró mi corazón á los amores.
Y pues, lo quiso Dios, la tumba fría
guarde aquí tus encantos seductores,
que, á despecho del tiempo y del olvido,
en mi alma vivirás como has vivido.

"Yo te he de ver en el fulgor postrero
del día al espirar en mi ventana,
y al fenecer la noche en el lucero
que se pierde á la luz de la mañana;
en el vapor errante y pasajero

que el cielo azul recorta y engalana,
ó al fulgor del relámpago en la nube
que en alas del turbión al éter sube.

"Y cuando logre, al cabo de mi anhelo
hallar la tierra que soñó mi mente,
y grande al fin, bajo el dosel del cielo,
ante Dios nada más baje la frente,
al detener mi fatigoso vuelo,
en las arenas de la playa ardiente,
veré tu imagen en la nueva orilla
y sentiré tu beso en mi mejilla.

"En tanto, dulce bien, recibe el mío
de mi cariño santo en el exceso."—
Y el noble genovés, grave y sombrío,
de su dolor en las cadenas preso,
cayó de hinojos sobre el césped frío,
y en él dejando el doloroso beso
que repitió la noche en són lejano,
partió, llevando al niño de la mano.

XII

Al misterioso impulso del destino
cruza Colón un áspero camino,
en alas de su loca inspiración.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colón!
En Portugal dejó cuanto quería;
no supo Portugal lo que tenía:
Portugal no lo supo por su mal:

no supo que perdía
su gloria Portugal.
Como arista que lanza el torbellino.
así lanzado el triste peregrino
abandonó una noche su mansión.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colón!

XIII

Con Dios que los acompaña,
y su amor y su cariño,
van, con ansiedad extraña,
solos un hombre y un niño
cruzando tierra de España.

Van hacia Huelva, del cielo
y de su suerte á merced:
siente el hombre un hondo anhelo,
y el niño en su desconsuelo
hambre tiene, y tiene sed.

¡Ay! Y entonces quiso Dios
que en aquel triste momento
llegaran, de amparo en pos,
á las puertas de un convento
desfallecidos los dos.

Era la Rábida... Era
triste y sombrío por fuera,
y por dentro triste y serio,
el vetusto monasterio

Que apenas, tras el pesar
de sus congojas testigo,
llamaron,—sin vacilar
abrió un hermano el postigo
para dejarlos entrar.

Y entraron; y en su alegría
se olvidan de la pasada
y mortal melancolía....
¡Puesto que Dios es su guía,
Dios los lleva á su morada!

—

Diéronle al niño sustento,
al alma contentamiento;
y de dulce paz gozando,
durmióse en el lecho blando
de una sala del convento.

Y á Colón, como el mejor
alivio á su acerba pena,
le conducen, por favor,
á la celda del prior
Fray Juan Pérez de Marchena.

XIV

Leyó el fraile en los ojos del marino
sondeó el marino el corazón del fraile:
Juan Pérez de Marchena miró al genio
Colón absorto contemplaba al ángel.

Lo que aquellos dos hombres se dijeron
en aquella mirada, Dios lo sabe:
eso que sólo el pensamiento escribe
no lo guarda la historia en sus anales.
Colón le dió un tesoro al franciscano
encerrado en una arca impenetrable.
Miró Marchena el arca, y para abrirla
al nauta genovés le dió la llave.

XV

En pavoroso aislamiento
se mira el sagrado muro,
y solitario y obscuro
el interior del convento.
Una ráfaga de viento,
á grandes pausas, gemía
en la estrecha celosía,
ó al penetrar en las rejas
destartaladas y viejas
de la ruinosa arquería.

De pronto un rumor se oyó
como el de abrirse una puerta,
y al fulgor de luz incierta,
un hombre al claustro salió.
Paso á paso atravesó,
como una sombra ligera,
tras una y otra escalera,
uno y otro apartamiento,
sin que el débil eco lento
de su pisada se oyera.

Como un timbre funeral
que los espacios recorre,
sonó la una en la torre
de la iglesia conventual.
De su puerta hasta el umbral
llegó el hombre; reverente
mojó su mano en la fuente
bendita; apagó la luz,
y la señal de la cruz
se hizo, rezando, en la frente.

Después, respetuoso y grave,
en el templo penetró;
rezando siempre, avanzó
bajo la sagrada nave;
y ante una luz, que suave
lánguida y triste esparcía
sobre el altar en que ardía
vagos resplandores rojos,
cayó en el suelo de hinojos,
en mitad de la crujía.

Inmóvil, meditabundo,
quedóse allí, sumergido
y aletargado el sentido
en un éxtasis profundo.
Allí, muy lejos del mundo
en donde la infamia medra,
donde al espíritu arredra
huracán vertiginoso,
permaneció silencioso
como una estatua de piedra.

¿Breve el tiempo? ¿El tiempo largo
pasó para él? ¿Gozaba,
ó del dolor apuraba
impío cáliz amargo?...
Salió al fin de su letargo,
y tras la muda oración
que en honda contemplación,
tal vez alivió su duelo,
alzó los ojos, y al cielo
elevó su corazón.

"Señor, yo vengo á tí; yo estoy y perdido
del bosque en la espesura:
su lobreguez medrosa me anonada,
sus vastas soledades me dan miedo.

"Yo vago errante en la extensión inmensa
de procelosos mares,
y me estremezco de mirarme solo,
entregado á los vientos y las olas.

"Dale, Señor, al ánima turbada
tu aliento poderoso;
busco una senda que dirija al llano,
busco un bajel que me conduzca al puerto.

"La fe, como esa lámpara bendita,
arde perenne en mi alma;
no la apagues jamás, y de contino
arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

"Yo presiento, Señor, la amarga lucha
que el porvenir me guarda;

yo sé que en mi cerebro hay una idea
que siento que no cabe en mi cerebro.

"Mas tú, Señor, que la comprendes sólo,
porque de tí me vino,
dame arrojo y bravura en la batalla,
no me abandones en la heroica empresa.

"Yo me humillo ante tí; yo nada valgo;
es tuyo cuanto pienso;
haz que aparezca un día ante mis ojos
ese mundo que al fin es todo tuyo.

"Tú no engendras la duda, tú afirmaste
en mi alma la creencia;
y no ha de ser mentira lo que creo,
que yo por tí lo creo, y tú no mientes.

"Yo sé que la verdad está escondida,
como está en este instante
el rayo ardiente de la luz febea,
que en breves horas lucirá su aurora.

"Un rayo de ese sol sé que algún día,
tal vez no muy lejano,
alumbrará, brillando ante mis ojos,
de ignota playa la húmeda ribera.

"Yo quiero en esa playa que tu nombre
se escape de mi labio;
quiero, Señor, de hinojos bendecirle;
y no quiero morir sin que así sea."

Calló Colón. En seguida
se levantó satisfecho,
cual si sintiera en el pecho
más vigor y nueva vida:
como el que juzga escondida
la senda y la vuelve á hallar,
como el que torna á encontrar
el tesoro que perdió,
así del templo salió
en que le vimos entrar.

XVI

Marchena le dió una carta
á Colón, le dió dineros,
humilde cabalgadura,
y su amor y sus consejos:
con el médico Fernández
y el tierno niño y un lego,
acompañóle hasta el atrio,
dándole valor y aliento.
Le dijo que atendería
en su ausencia al pequeñuelo;
y el genovés, pesaroso
y feliz á un mismo tiempo,
aprisionando una lágrima
en el fondo de su pecho,
rumbo á la corte de España
se alejó del monasterio.

XVII

Fantasma que recorres los espacios,
impetuoso huracán,
hay una roca en que tus negras alas
se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas
del anchuroso mar,
hay una playa que en su arena ardiente
la tumba te abrirá.

Y tú, gigante pensamiento, idea
que corres al azar,
para atajar tu paso y sepultarte
está la humanidad.

XVIII

Es la fe su timón; su vela, el genio;
el Salvador su guía,
Las nubes que amontona
la tempestad, le sirven de corona
á su pálida frente,
que avara esconde portentosa idea.
Hay un abismo en su mirada ardiente,
y el rayo en el abismo centellea.
¿A dónde va? ¿Qué quiere? ¿Quién le (ayuda
á penetrar un misterioso arcano?
El mismo desfallece, él mismo duda,

y lleva en su conciencia un oceano
En él sin rumbo ni timón navega
su propio pensamiento.
¡Ay del que al fin de su esperanza llega!
¿A dónde le conduce el sufrimiento?
¿Delira? No lo sabe.
Colón no sabe en el dolor profundo
de su inmensa tristeza,
si ese mundo que sueña está en el mundo,
ó lo lleva no más en la cabeza.

XIX

Sobre las ondas de la mar humana,
en el mar de la vida,
conduce el nauta con segura mano
su frágil navecilla.

Es la fe su timón; su vela el genio;
El Salvador su guía,
¡el que sacando á Pedro de las olas
le condujo á la orilla!

XX

¡Flores para el alma, flores
para el pobre corazón!
Sin consuelo, sin amores,
sólo siente los horrores
de la desesperación.

Tal vez nace en él un puro,
dulce recuerdo de ayer,

como en las grietas del muro
triste, ruinoso y obscuro,
suele una yerba nacer.

Tal vez exhala un lamento
de dolor: del sentimiento
melancólico gemido
que sube al cielo, perdido
entre las ondas del viento.

Nada en su suerte fatal
á mirar siquiera alcanza
que alivie su ansia mortal;
y entre un velo funeral
se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena
más que la pena, el martirio
que el espíritu envenena,
y á la razón enajena
en horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,
otro día, y en eterno
padecer, la noche impía;
y con ella la agonía
espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor
hermoso de la mañana;
siempre el tormento mayor,
y más cercano el dolor,
y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,
al rigor del sufrimiento,
la débil materia inerme...
¡Mas si la materia duerme,
nunca duerme el pensamiento!

XXI

Pasa en la humana marea
lo que en el revuelto ponto:
siempre la espuma está arriba,
nunca hay espuma en el fondo.

Para lograr una empresa
es un siglo tiempo corto,
si para ella, al fin lograda,
es la eternidad un soplo.

Guardó Dios el pensamiento
como en un sepulcro lóbrego,
y nadie ha visto pensar
ni á los cuerdos ni á los locos.

Encierra tus pensamientos
allá muy hondo, muy hondo,
y á nadie se los descubras
si no piensas como todos.
Por el camino más breve
nunca preguntes: tú solo
sabrás, midiendo tus fuerzas,
por cuál se llega más pronto.

Si no han de entenderte, nunca
muestres tu idea á los otros,
que el que quiera ver al sol
tiene que cerrar los ojos.

Nada importa que murmuren;
nada que te llamen loco;
si Dios te da fe... ¡Ya sabes
que Dios está sobre todo!

XXII

"Como Venecia y Portugal, España,
quédate con tus reyes y tus sabios,
pues que creyeron fábula ó patraña
lo que acertaron á decir mis labios·
nada llevo de tí, no me acompaña
ni el recuerdo criiel de tus agravios:
nunca mi pecho de rencores supo:
¡en él no más la desventura cupo!

"Tal vez otro monarca en otra tierra
pueda abarcar mi extraño pensamiento,
que la fe que el Señor en mi alma encierra
no se apaga en mi alma ni un momento;
ni el porvenir mi corazón aterra,
ni mi espíritu apoca el sufrimiento;
que en la tierra ó el mar, tras mi destino,
no han de faltarme aliento ni camino."

XXIII

Esto dijo Colón frente al soberbio
alcázar de Granada,
donde estaban los reyes de Castilla,
donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho
su corazón desgarra,
salió de la ciudad, enderezando
á Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,
su múltiple desgracia,
que el niño con Fray Pérez hace tiempo
que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía
perder sus esperanzas,
abandonar sus ilusiones todas,
abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco
de un corcel que volaba.
Y sospechó, riendo de alborozo,
que él era á quien buscaban.

XXIV

—¿Seguísme?
—Sí.
—¡Voto á tal!

—Os esperan.
—Podrá ser.
¿quién me espera?
—Una mujer
en el Palacio Real.
—No es á mí, por vida mía.
—¿Sois Colón?
—El mismo soy;
y, ya lo estáis viendo, voy
camino de Andalucía.
Y ni me quiero volver
ni sobra para eso espacio,
ni con damas de palacio
tengo yo nada que ver.
—¿Irme sin vos? No, en mal hora,
ni sé que os podáis negar;
que quien os manda llamar
es la Reina mi señora.
—¿La Reina?
—En su nombre vengo.
—¿Que yo retorne á Granada?
Si os burláis, con esta espada
de haceros pedazos tengo.
—Os juro que hablo formal.
—En ese caso ya os sigo.
—Bien, señor, iréis conmigo
hasta el Palacio Real.

XXV

Sobre un cojín de púrpura y de oro sentada está Isabel, gloria de España:

la que al Rey de Aragón trajo á Castilla,
la que arrojó á los moros de Granada.
Entre sus manos de marfil y rosa
le está dando de vueltas á una carta,
firmada por Fray Pérez de Marchena
y escrita en el convento de la Rábida.
Delante de Isabel, alta la frente,
á raudales vertiendo la palabra,
y con segura mano y firme pulso.
trazando extrañas líneas en un mapa,
se ve á Colón radiante de alegría,
escondiendo en su pecho la desgracia,
y en un trono más alto que los tronos
sentando altiva la soberbia planta.
Así le vió Isabel, la reina hermosa
que en las alas del genio arrebatada,
las ondas cruza de revueltos mares,
la arena pisa de remota playa;
el madero del Gólgota contempla,
de extraño clima en la región lejana,
en las torres erguidas de los templos
y en la cumbre glacial de las montañas.
Y tornando á Colón el rostro augusto
con poderoso acento exclamó: "Basta:
pues que España te niega sus tesoros
yo quiero darle mi tesoro á España.
He de fundir mi cetro y mi corona,
he de vender mis joyas y mis galas:
y en el nombre de Dios y de Fernando
extiende el cerco de mi noble patria."
Dijo, y dejando por su labio rojo
vagar una sonrisa de esperanza,

dióle á besar al genovés la mano
y se alejó ligera de la estancia...
Quedó Colón confuso unos instantes,
dudando si vivía ó si soñaba,
si era aquella mujer del otro mundo
portentosa vision, ángel-fantasma.
Y al fin entre la turba palaciega
salió, sacando de la regia cámara,
envueltas en la carta de Fray Pérez,
las joyas de la augusta soberana.

XXVI

Del riguroso invierno al frío hálito,
las flores en el polvo morirán:
no importa, que del polvo
mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,
su luz en la tiniebla ocultará:
no importa, en la tiniebla
mañana brillará.

XXVII

Perdido navegante,
suspira sin ventura,
y ve la luz del día
lucir de nuevo tras la noche obscura.

Se sacan del sepulcro
los restos del finado;

pero otra vez se llena
con otros restos, el sepulcro helado.
Su mustia gala, el monte
en verde manto trueca;
y el agua de las lluvias
torna á correr en la barranca seca.

XXVIII

Después del medio día,
bajaba del zenit el sol ardiente,
y en el muelle de Palos se veía
muchedumbre de gente.

Sollozos al quebranto
en su vuelo arrancaban los instantes,
y el ángel del dolor bañaba en llanto
los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
y ternísimas frases, y consejos;
y estaban mudos de pesar los niños,
y de terror los viejos.

Se van unos valientes,
se van á conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas gen-
(tes
el mar en sus entrañas!

—"Se van con un marino,
que á conducirlos por la mar se atreve;

y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien lo lleve!

"Su vida estima en poco.
A otros con él á perecer no obligue.
Que el cielo le perdone, si está loco;
si no, que le castigue.

"En frágiles maderos
al furor de los mares los expone.
¡Ay! Si ellos en morir son los primeros
¡que Dios se lo perdone!

"En su anhelar profundo
es navegar su pensamiento fijo:
dicen que á nadie tiene en este mundo,
que sólo tiene un hijo.

"Que en la Rábida un día
el pobre niño se quedó llorando:
y le dijo el cruel que volvería.
Eso... ¡quién sabe cuándo!"—

Los padres, los hermanos
así murmuran, y su seno hieren;
y enclavijan los dedos de sus manos
las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
recuerdan sus pasados regocijos,
con los ojos clavados en las naves
donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
tristeza, confusión, duelo y espanto:
ninguno al ruego el corazón serena,
no hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma
exenta de amargura y desconsuelo:
sólo el cielo y Colón están en calma;
Colón no más y el cielo.

XXIX

¿Dónde van las carabelas?
¿Dónde van?
Del puerto salieron,
gaviotas del mar;
del puerto han salido; si el genio las guía
al puerto algún día tal vez volverán.

XXX

Dios es el genio... Dios en los espacios
sentado está sobre su excelso trono:
duerme el rayo á sus pies y encadenada
ruge la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,
dora las cimas del salobre ponto,
y tres naves en él van empujadas
del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas... Iba en una
el mendigo feliz, el necio, el loco.

El en Dios tiene puesto el pensamiento,
Dios no aparta los ojos del piloto.

XXXI

¡Qué triste es quedarse triste!
Qué triste es quedarse solo!
La soledad en el alma,
las lágrimas en los ojos,
los recuerdos del pasado
para levantarse prontos,
como muertos que se alzan
de su sarcófago lóbrego.

XXXII

Del piélago cruzando la llanura,
viento en popa hacia Oeste, á todo andar,
al encuentro incesante de las ondas
las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados
la mar; y por detrás:
arriba el cielo azul y majestoso:
por doquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,
la muerte en el abismo de la mar:
sólo Colón sabía en dónde estaban
la vida y la verdad.

XXXIII

Rugió la tempestad, un pardo velo
tendió sobre las aguas turbulentas;
ni una ráfaga azul quedó en el cielo,
y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran
las unas de las otras de repente,
y los marinos cual fantasmas giran
sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,
ninguno el ansia del valor sentía,
y acobardados se agitaban todos
bajo el fuego celeste que caía.

La eléctrica descarga, los latidos
del corazón ahoga dentro el pecho,
y dominan las ondas, impelidos
por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo:
aun Franklin no nacía;
andaba suelto el rayo;
no estaba encadenado todavía.

XXXIV

La tormenta pasó, y en breves horas
la mar tornóse azul, y azul el cielo;
empero allí en el fondo de las naves

que cruzaban el piélago sereno,
bajo la roja blusa del marino,
en el abismo del cobarde pecho,
sin una sola nube en el espacio,
sin que se oyera rebramar el trueno,
más fiera, más adusta, más terrible,
sorda la tempestad siguió rugiendo.

XXXV

"No es cierto: era quimera:
ese hombre nos engaña....,
Muera Colón; que á nuestras manos mue-
(ra;
y viremos de rumbo para España...

Mas si le damos muerte;
si el mar en tumba fría
para el audaz piloto se convierte,
¿quién á la patria nuestras naves guía?"

Inmóvil y sombrío,
Colón junto á la prora
ve que corta las olas el navío,
esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa
las iras de su gente,
y dilata su labio una sonrisa,
y se tiñe de púrpura su frente.

XXXVI

Crece el motín; el descontento crece;
relucen en las manos los aceros,
y á Colón, que de angustia se estremece,
torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten después el ánima cobarde,
y tiemblan un instante á su presencia;
que en sus miradas poderosas arde
el último fulgor de la demencia.

Aun murmuran sus quejas, sus agravios;
todo es allí para calmarlos poco:
de súbito el terror sella los labios...
¡por la postrera vez va á hablar el loco!

XXXVII

"Dentro del tercero día,
si no aparece la tierra,
la prora rumbo hacia España
volverán mis carabelas."
Dijo Colón á su gente
con voz tranquila y resuelta;
y en el lejano horizonte
clavó la vista serena,
como si allí contemplara,
entre el vapor de la niebla,
de un mundo desconocido
la fantástica ribera.

XXXVIII

Cesaron los clamores, los denuestos,
la torpe algarabía;
y ansiosos en sus puestos
esperan todos el tercero día.

XXXIX

¿Colón sujeta el ala de los vientos
sobre la mar bravía?
¿El traza el curso á la corriente rauda
bajo la dura quilla?

¿El, al tiempo fugaz que en el pasado
las horas precipita,
en el vértigo loco de su orgullo
señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto
de la tiniebla fría,
y en luz baña, á su antojo, de los orbes
las bóvedas sombrías?

XL

Temblando sobre la prora
Colón absorto se pára,
y de rodillas cae, y se extasía,
lo mismo que en el templo de la Rábida.

Acaso en hondo misterio
siente cautiva su alma;
y mide con la vista los espacios,
y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira
claridad de luz lejana,
y vagos y dudosos resplandores,
y en la tiniebla negra, nubes blancas.

Tal se le figura un trono
que en los aires se levanta,
y en el trono la imagen de María,
de estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;
es la Virgen soberana,
la Emperatriz del orbe, que aparece
bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colón se descubre, y dobla
al suelo la frente pálida;
y un cántico se escapa de su labio,
y de sus tristes ojos una lágrima.

XLI

"Virgen, Madre de Dios, agora alcanzo
lo mucho que te adoro.
Yo sé que no es verdad lo que estoy vien-
(do,
y sin ser la verdad, te ven mis ojos.

"Desde niño, Señora, me enseñaron
á amarte sobre todo:
y por eso el horror de la congoja
vienes á mitigar en tu devoto.

"Muchas veces te he visto de mi pecho
alzarte en lo más hondo;
y agora mismo dudo si estás fuera,
ó aquí en mi corazón se alza tu trono.

"¡Oh! Tú creíste, Madre, que perdía
el rumbo tu piloto;
y á señalarle el rumbo te apareces
en la desierta soledad del ponto.

"Por eso adonde estás, mi débil leño
camina en viento próspero.
¡Ya sé que me acompañas; y esas gentes,
que se olvidan de tí, me juzgan solo!

XLII

La visión desparece;
rueda la noche en lobreguez hundida,
y ve Colón cruzar en el espacio,
por la mano de un hombre conducida,
una pálida luz.

¡Una luz! ¿Deliraba?
¿Misteriosa ilusión se la fingía;
ó de la noche en las espaldas negras,
era el joyel brillante que prendía
el lóbrego capuz?

XLIII

Gritaron: ¡tierra!... ¡Tierra!
repite el onda de la mar salada,
y lo repite el viento
que azota el trapo y en las vergas canta.
El tosco maderamen
"tierra" dice también cuando restalla
bajo el convulso paso
del noble genovés, que nunca para;
que piensa, que delira;
que enjuga en sus mejillas una lágrima;
que el párpado restrega:
y mira y le parece que le engañan
sus ojos, y le burlan;
y los eleva al cielo, al mar los baja,
en torno los revuelve;
y con la frente sudorosa y pálida,
los fija en la ribera
que ve á lo lejos como nube blanca.
Y permanece inmoble:
en la blanca ribera la mirada:
el pasado infortunio
en el olvido; en su Creador el alma;
en el futuro envuelta
con la luz de la gloria su esperanza;
y el pensamiento todo,
todo su pensamiento, allá en España.

XLIV

Y Colón hasta entonces no existía;
Colón era un fantasma, era el hermoso

sueño de delirante fantasía.
Era la mar la cuna del coloso;
y en el momento aquél, Colón nacía.

XLV

De un lado al otro lado,
de una blanca ribera á otra ribera,
de un mundo al otro mundo,
¿quién la noticia portentosa lleva?

¡y, si al volver á España
tiende la tempestad sus alas negras!
¡Si se abre el hondo abismo,
y si sepulta el mar las carabelas!

XLVI

Abierto está el teatro
para la edad futura.
Nadie lo sabe aún...¡Duermen los mártires,
duermen también los héroes en la cuna!

XLVII

Tú solo ¡oh sol de gloria!
el testigo inmortal de la alta empresa,
iluminaste á un tiempo en aquel día
de entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo
proyectabas dos sombras en la arena:

¡la sombra de Fray Juan sobre una orilla,
la de Colón sobre la orilla opuesta!

XLVIII

Lo mismo que el dolor es la alegría
que al ánima da enojos,
la paz al pecho roba y roba el sueño
á los cansados ojos.

Es de Colón inmensa la ventura,
y su poder es tanto,
que á un tiempo ríe y por su rostro corre
á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido
su parda niebla fría,
y Colón se retira hacia su cámara
de la "Santa María."

Se revuelve en el lecho sin descanso,
sin encontrar reposo,
y las horas avanzan sobre el tiempo
sereno y majestuoso.

Cierra el nauta los ojos; se figura
que ya regresa á España,
y que innúmero séquito, á la corte
le sigue y le acompaña.

Que está delante del augusto trono
de los augustos reyes,

y les enseña el ejemplar primero
de las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda
se sientan á su lado,
y él, igual á los reyes, bajo el sólio,
se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades
se oye su nombre sólo,
y la sonora trompa sus proezas
cuenta de polo á polo.

Que en áureos caracteres, en los libros
su triunfo se pregona,
y más que la de césares augustos
es grande su corona.

Luego cree Colón que ante sus ojos
se extiende negro velo;
que se nubla su frente y que se nubla
el limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,
ruda tormenta crece;
y que su nave azota y cabe el trono
naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,
y que sañudos mira

los rostros cortesanos, y la corte
contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,
y gime, y se atribula,
y el frío soplo de la huesa helada
por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,
y la calumnia horrenda
abre sus ojos y en los otros ojos
anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias
horribles de la muerte.
Ante él, soñando, ¿el velo se corría
de su futura suerte?

¿Llegaba acaso hasta el confín lejano
del árido camino,
y en su espantosa desnudez mirâba
en sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho
de la "Santa María!"
Colón no más soñaba con la muerte.
¡No más! ¡Colón dormía.

ECOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los labios
Y en la fabla del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historias de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

I

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,

Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De una arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos
Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron á raudales
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles germinan,
En flores desenvueltos,
Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raíces
Là sàvia de un sendero
Que riegan á torrentes
Las lágrimas que vierto.
¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

II

Tal vez no existes: acaso
Eres la imagen de un sueño.

Que deleitó mis sentidos.
Y embargó mi pensamiento.
Mas ha de ser realidad
Aquel hermoso embeleso,
Pues como te ví, dormido,
Te estoy mirando despierto.
Tal me parece que escucho
A todas horas tu acento;
Que se refleja en mis ojos
La luz de tus ojos negros;
Que en la palidez marmórea
De tu semblante hechicero,
Sus alas de oro y de nieve
Posa mi espíritu inquieto;
Que cerca del pecho mío
Siento el latir de tu pecho;
Que me quemas con tus labios,
Que me abrasas con tu aliento!
Y te palpo y no te toco,
Y te busco y no te encuentro;
Y me enloquece tu sombra,
Y me embriaga tu recuerdo!
Y así, sin saber lo que eres,
Harto sé que eres mi dueño,
Que te llevas mis dolores
En las lágrimas que vierto;
Que flotando en el espacio
Como una vistión te veo,
Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas,
Porque no tienen lengua los suspiros!

IV

Cuando el ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
¿A quién, dí, sonreías,
Aterradora estatua?
¿A quién estabas viendo
Cuando á nadie mirabas?

V

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;
La dulce armonía
Del ave que canta;
La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,

Juventud y gracia;
Tienes el ingenio
Que á tantos les falta;
Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas.....
Yo, bien de mi vida,
Sólo tengo lágrimas!

VI

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
A los abismos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnanse polvo
Los edificios.....
Si todo es, niña,
Muerte y olvido,
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII

No sé qué ví una vez en tu pupila
Más negra y soñadora que otras veces;
Algo de indefinido y misterioso,
Algo como la luz cuando amanece.
Te ví un libro en las manos.... aquel libro
Encerraba un poema de desdenes,
El malestar, la abrumadora angustia
De un corazón que desgarrado muere;

El genio herido que al mostrar su herida
Con el dardo heridor también nos hiere;
Un tesoro de lágrimas y dudas,
¡El alma inmensa de Gustavo Becquer!

VIII

Errantes leves brisas
Que arrebatáis los ayes
Del alma aprisionada
En su sombría cárcel.
Llegad hasta su lecho
En que dormida yace.
Como en la blanca espuma
Del mar azul, la náyade.
Traedme de sus ojos
El beleño suave,
La almíbar con que endulza
Su labio de corales;
Traedme...¡pero en vano!
Si he de pedir en balde!....—
De amor un pensamiento
Que mis angustias calme;
Traedme su alma, el alma
Que la transforma en ángel.....
O no me traigáis nada,
Leves brisas errantes!

IX

Hay tan dulces ruiseñores
Cantando en la selva umbría,
Tan misteriosas cadencias,

Tan extrañas armonías,
Que no ha de poder, acaso,
Mi pobre acento, alma mía,
Herir con sus notas tu pecho sensible,
Cuando triste llores, cuando alegre ría.

X

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
Tu dulce sonreir;
Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
De tu talle gentil;
Cuando suspiro por las horas rápidas
Que huyeron junto á tí;
El llanto surca mis mejillas áridas
Y me siento feliz.....
¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
¿Qué será de mí?

XI

Un inmenso placer sentí en el alma
Cuando te contemplé la vez primera;
Y mientras más me alejo de aquel goce,
Es mayor mi tristeza.....!
Es que al llegar al puerto con mi nave
Bañaba el sol naciente la ribera;
Es que me hice á la mar, que entró la noche.
Y navego perdido en las tinieblas!

XII

Yo te soñé de niño,
Y te soñé de grande;

Soñé de tu belleza
Los rasgos celestiales;
De tu mirada pura
La luz incomparable,
Y de tu ardiente labio
La seductora frase.....
Pero soñar no pude.
Valiendo lo que vales,
Que yo lograra un día
Vencerme y olvidarte!

XIII

Te podrán ocultar de mis miradas,
Esconderte muy lejos;
Poner entre los dos como barrera
La eternidad del tiempo....
Pero nadie podrá, porque es muy mía
Y á nadie se la debo,
Arrebatar tu imagen adorada
Del fondo de mi pecho!

XIV

En alta mar mil veces he mirado
Huir de mí las olas plateadas,
Y las unas llegar tras de las otras,
Y, pasando, perderse en lontananza.
¿Dónde irán á parar, dónde, Dios mío?
¿A qué remota y solitaria playa?
¿Dónde irán á morir mis ilusiones?
¿Dónde irán á morir mis esperanzas?

XV

De las horas de tedio y amargura
De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
Como guardan las flores el perfume
De su marchito cáliz en el seno.
Vi una hermosa doncella que dormía,
Envuelta en azahar, su último sueño,
Con los ojos sin luz entrecerrados,
Con los lívidos labios entreabiertos!
Como la noche cae, así caía,
Ondulando al bajar, su pelo negro,
Desde el marfil de su amarilla frente,
Hasta el marfil de su delgado cuello.
—¿De qué murió?—De amor, me contestaron.
—¿De amor?—exclamé yo—pues no lo entiendo...
Y se pasaron luego muchos años
Y yo nunca acababa de entenderlo!
¿Por qué no habré perdido la memoria?
¿Por qué no habré perdido el sentimiento?
¿Por qué cuando tu amor me vuelvo loco
Se aparece la muerta en mi cerebro?

XVI

En los vivos rayos
Del astro de fuego,
Tu imagen me guía,
Y perdido vengo...
En las frías, tristes
Veladas de invierno,
Invisible llama,
Me quema tu aliento.

Cuando ya al dormirme
Me despierta un beso,
Siento que me tocas,
Y yo no te siento.....
Yo escribo, y la letra
De mis versos leo;
Y yo no te miro,
¡Y estás en mis versos!

XVII

De la feroz envidia el áspid negro
Jamás pudo abrigar el alma mía....
Mas si llego á saber que amas á alguno
Me matará la envidia!

XVIII

Perdona si una frase
De este amor insensato,
Herir logró importuna
Tu corazón, á mi desdicha extraño.....
Es que rebosa á veces
El dolor en el pecho infortunado:
Y sin sentirlo, el alma
Se escapa en una frase por los labios!

XIX

Yo me tuve la culpa.... ahora que lloro
Comprendo que fuí necio....
¿Lo que juzgaba amor, nada más era
El hermoso fantasma de un ensueño?

¡Iluminó el albor de eterno día,
La amarga realidad....¡y no hay remedio!
Cuando me convencieron tus desdenes,
Ya el mal estaba hecho!

XX

¡Ocúltate ya sol!..... quiero la noche
Como la noche eterna de mi alma,
Sin una sola estrella en el espacio,
Tenebrosa y callada!
Encerrarme después en mi aposento,
Abrirle á las tinieblas mi ventana,
Mirar y no ver nada, y luego á tientas
Acostarme en la hamaca.
Allí quedarme inmóvil, silencioso.....
Dejar que corran sin temor mis lágrimas...
Y meditar en su hermosura angélica,
Y en mi loca esperanza!
Después en la memoria componerle
Romances y armonías y plegarias;
Y forjar ilusiones y perderlas.....
Después de acariciarlas!
Y después, cuando el sueño me aletargue
Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
¡Con la hechicera luz de aquellos ojos
Iluminar el interior de mi alma!

XXI

—"¿Los versos?.... ¿de qué valen;
Ni quién se ocupa en ellos?....
Los versos sirven sólo

Para perder el tiempo."—
¡Desventuradas gentes,
Y pobres de mis versos,
Si yo ignorara, hermosa,
Que tú no dices eso.....
Si no supiera acaso,
Que es tu alma pura un cielo,
Luceros tus ideas,
Y un sol tu pensamiento!

XXII

Noches, sin nombre, aterradoras noches
Que sois imagen del castigo eterno,
¿Por qué tan largas sois, si sois tan negras?
¿Por qué tan negras sois, si os aborrezco?
Nada traen las brisas en sus alas,
No me traen perfumes en sus besos,
Ni lágrimas de amor en sus gemidos,
Ni un himno de esperanza en sus acentos!
La lira que me dió mi desventura
Desconoce mi mano, y de mis dedos
Huyen las cuerdas que juntaron antes
Sus alegres sonidos á mis versos!

XXIII

Eres tú mi ideal..... por luengos años
Te buscaron mis ojos
Y creí que con sólo conocerte
Sería venturoso.
¡Ay! y te miro al fin..... al fin te veo!
Y me encuentro tan solo,

Que me hace falta ya la compañía
De aquel pesar tan hondo!
Aquel pesar vivía de esperanzas:
Ya el imposible es otro!
Si ya no espero nada, ya comprendes
Que lo he perdido todo!

XXIV

En el fondo negro
De tu cabellera,
Lucientes y puras
Como dos estrellas,
Contemplé turbado
De amor y sorpresa,
Brillar una noche
Tus pupilas negras!

En el cielo negro
Como son mis penas,
Veía una noche
Lucir las estrellas:
¡Qué lejos brillaban
Entre las tinieblas!
Y en su inmenso campo
Buscaba dos de ellas:
¡Mísero! buscaba,
Calmando mis penas,
En el cielo negro
Tus pupilas negras!

XXV

Me cuentan de un niño
De blondo cabello,
Con ojos muy vivos,
Con labios muy frescos.
Me dicen que anoche
Cayó, como el tierno
Botón de una rosa,
Rodando en el suelo.
Me dicen que aun tiene
Los ojos abiertos;
Que nadie al mirarlo
Diría que ha muerto.....
Me puse al oirlo
La mano en el pecho,
Como si sintiera
Un presentimiento.....
Mañana ¡qué triste
Pasará el entierro!

XXVI

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te recuerde
De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama,
Y pregunta, si quieres.
Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes mi bien de que conteste.

XXVII

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y ligera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos pies, más blancos que la arena.

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los rayos de la luna y las tinieblas
Trazaban á porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios,
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

¡Ay! aquella mujer, ángel ó nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, mústia y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su alma pura
Guardaba de su amor la imagen bella!

Abismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo.....las dudas, las ternezas,
Los gemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel á su presa....!

¡Pobre mujer! pensaba yo dormido;
Ella de amor se moría, y aquella
Por quien yo moriré, tal vez sonríe.....
¡Feliz bardo francés!.....¡pobre Graziella!

XXVIII

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
¡El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza
Envolverme en su lóbrego capuz;
Flores trae también; pero esas flores
Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma
Luchando espiras entre sombra y luz,
Tiempo hace ya que con su blanca mano
Me está diciendo adiós la juventud!

XXIX

Yo conozco unos labios que no tienen
En justicia, perdón,
Porque en su estuche de coral encierran
El almíbar del amor.....

Ni una gota siquiera, ni una gota
Al pobre corazón.....
¡Si á lo menos me dieran la esperanza
Que tanto soñé yo!

—

Yo conozco unos ojos que no tienen
En justicia, perdón:
Porque al herir el alma los esconde
El párpado traidor....
Porque dejan la noche en el espíritu,
La noche del dolor.....
¡Si á lo menos tus ojos se escondieran
Como se esconde el sol!

XXX

No quiero el aplauso
Del mundo que aturde,
Son muchas las flores,
Es mucho el perfume.
No quiero que un rayo
Del sol me salude,
Que al fin me anonade,
Que al fin me deslumbre.
Con una corona
De flores azules,
Con una caricia
De tus ojos dulces;
Con una palabra
Que yo sólo escuche,
Me basta con eso;
Que eso me seduce
Más que los aplausos
Del mundo, que aturden!

XXXI

Todas me ven igual; pero en ninguna
Miré el rayo que arde en tu pupila.....
Tu mirada es amor..... es que no puedo
Con otra confundirla!
Con todas me sonrío, porque nadie
Cuando te ría, extrañe mi sonrisa;
Mas tú distinguirás la una de la otra,
Si me amas algún día!

XXXII

Imagínate un sol de invierno, apenas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pie de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastrón cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso
Una desmoronada sepultura
Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
Cómo serán mis sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXIII

Hoy por primera vez te ví vestida
Con un vestido negro;
Y yo pensé, mirándote tan bella,
Que eras la imagen que encerré en mi pecho.

Pensé que te escapabas de la cárcel
En que siempre te llevo;
Donde te han de encontrar los que te busquen,
Después que me haya muerto!

XXXIV

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes
Que eres el ángel por quien yo deliro;
Y que te importe ó no, llore ó sonría,
Que eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño;
Más sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno!

XXXV

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa!

XXXVI

Te dije: "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.
Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
De lirios y azahar,
Tu negra cabellera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar;
Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dan
Al pardo caserío
Que forma tu heredad!
Te dije: "hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.....
Te traigo mis canturas.

Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más:
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad:
Sin límite y profundo
Lo mismo que la mar!.....
Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres más hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!
Y tú ¡quién lo creyera!
Y tú ¿qué me has de dar,
En cambio de mis huesos
Y en cambio de mi afán?
Ay, Patria! del sepulcro,
Tal vez la dulce paz.....
Que lo que yo ambiciono,
Eso no me darás!

XXXVII

Fuera el mayor insulto que me hicieras
El llamarme tu amigo:
O para tí soy todo, ó no soy nada:
¡La cumbre ó el abismo!

XXXVIII

Yo siento que en mi pecho
Ya no puedes cavar: llegaste al fondo.....!
Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
¡Qué campos tan inmensos son tus campos!
¡Qué negros tus sepulcros y qué hondos!

¡Oh duda, horrible duda!
Ya me queman las lágrimas el rostro!
O salvas á tu víctima, ó la salvas,
O dame su cadáver.....¡pero pronto!

XXXIX

¡Mata la luz! ¡á oscuras! que no vean
Cómo logré un instante ser feliz:
Esos desventurados, prenda amada,
Sólo saben reir!
Si alguna vez surcaron sus mejillas
A torrentes las lágrimas sin fin,
Sabrán lo que es llorar; pero no saben
Lo que es llorar por tí!

XL

Voy á mandarte un libro con las hojas
Muy tersas y muy blancas,
Para que en él escribas, vida mía,
Tu amor y tu esperanza.
Yo tengo un libro con las hojas negras,
Sin lustre y maltratadas,

Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo
Lo borraron mis lágrimas....
Si un día de tu libro y de mi libro
Se mezclaran las páginas,
¡Qué misterios de amor sorprenderían
Leyendo nuestras almas!

XLI

"¡Qué bellos son sus labios!" dicen todos....
Su tez qué bella y pálida!
Cuando el rubor enciende su mejilla
Tal parece que el sol enciende el alba!"

"¡Qué bellos son sus ojos, qué belleza
En la dulce expresión de su mirada!"
Y añado para mí, cuando esto escucho:
¡Qué bella será su alma!

XLII

Si has de olvidarme un día,
No correspondas á mi amor inmenso:
Comprendo la verdad por lo inmutable;
¡Sólo comprendo á Dios porque es eterno!

XLIII

Hizo el Señor las estrellas
Y las flores del granado,
Mas no sé que hizo primero
Si tus ojos ó tus labios.
Ojos
Bellos.

Grandes,
Negros,
Luminosos,
Hechiceros,
Siempre dulces,
Siempre inquietos;
Vagando siempre afanosos
Entre la tierra y el cielo;
Buscando acaso una imagen
Tal vez una imagen viendo
Que no existe,
Que es un sueño,
Voluptuoso,
Placentero.
Vago,
Bello,
Dulce,
Tierno!

—

Labios
Tersos,
Puros,
Frescos.
Desdeñosos.
Lisonjeros.
Ya callados.
Ya risueños:
Abiertos por un suspiro,
Cerrados por un deseo;
Sujetando en sus corales,
Comprimiendo en el aliento
Como un canto,
Como un eco.

Cariñoso,
Pasajero,
Blando,
Tierno,
Dulce
Beso!

XLIV

Cuando me hablan los hombres de esos séres
Que en el combate de su amor murieron;
Cuando oigo referir su negra historia,
O en una negra página la leo:
Divaga sin querer mi fantasía.
Y hasta la losa de sus tumbas vuelo,
Y de rodillas sobre el duro mármol
Que guarda aquellos desdichados cuerpos,
Me propongo escuchar algún sollozo
Que turbe el hondo sepulcral silencio.....
Y cuando al fin cansado nada escucho,
Y de esperar las esperanzas pierdo,
Oigo como suspiros que se quejan,
Cantos, palabras, armonías, besos.....
Pero no junto á mí y allá en las tumbas,
Sino encima de mí y allá en el cielo!

XLV

En ese mar del mundo en que se agitan
Lo mismo los pequeños que los grandes,
Yo sé que has visto, palpitante el seno,
Pasar un día mi velera nave.
No sé si la siguieron tus miradas

Por la vasta extensión de aquellos mares;
Pero sé que ha de hundirse, que una hora
Ha de llegar, al fin, en que naufrague.
Tal vez entonces tú, sobre la playa,
Risueña, alegre, tus venturas cantes
Y ni aun verás pasar ante tus ojos,
Envuelto por las olas mi cadáver!

XLVI

Las sombras de aquella noche
Penetraron en mi alma;
Y rindió el sueño mis ojos,
Y el dolor mis esperanzas.
Después, entraste en mi alcoba
Andando como tú andas,
Con paso breve y tranquilo,
Con majestad soberana.

Melancólicos acentos
Gimió en mis manos el arpa;
Y en una canción muy triste
Te dije que te adoraba.
Ni me miraste siquiera.....
Y te reías callada,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias!

Volví á cantar una endecha
Que el corazón me dictaba,
Con muy sentidos acentos,
Con muy sentidas palabras
Y tú seguiste riendo,

Inmóvil como una estatua,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano,
Y con voz entrecortada,
Te hablé de amor, como siempre.
Algunas tristes palabras,
Y tú nada me dijiste.....
¡Sí! dijiste que callara;
Y te marchaste riendo,
Burlándote de mis ansias!

Después al abrir los ojos
Aquella alegre mañana,
Miré tu imagen hermosa
En el fondo de mi alma;
Y recordando mi sueño,
Ahogué tu risa en mis lágrimas;
Y me olvidé de tus burlas,
Obscuridad y luz y medias tintas;
Y me acordé de mis ansias!

XLVII

Para embriagarme un día en la ventura
Que soñaron mis locas esperanzas;
Para hallar un instante de reposo,
Tras de la lucha del dolor, amarga;
Para que dejen de sonar tan tristes
Las notas de mi arpa;
Para que en un instante abarques todo

El mundo de mi alma,
Quisiera yo, bien mío,
Que mi alma concentrara
Todas mis esperanzas en un canto
Y todo mi dolor en una lágrima!

XLVIII

No puede ser, no puedo
Olvidarte ni un día, ni un segundo.....
Navegamos los dos, y el bajel mío
Las ondas corta donde corta el tuyo.....
Y ni alcanzarte logro, ni es posible
Virar las velas y cambiar de rumbo!

El mástil roto y el timón maltrecho,
Tempestuosa la mar, el cielo obscuro,
Y lejos ¡ay!.... de la remota orilla
En las desiertas playas, el sepulcro.
¡Cuándo estaremos en el mundo solos!
¡Cuándo estaremos en el cielo juntos!

XLIX

Soñadas alegrías
Risueñas esperanzas,
Poéticos engendros,
Que en dorado tropel mi mente abarca!

Fugaces vibraciones,
Arpegios, notas, cántigas,
Sollozos y armonías,
Que le lleváis mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos
Ropaje y forma y alma,
Si sólo sois para ella,
Si sólo sois, sonidos y palabras;

¡Pedazos de mi vida,
Fragmentos de mi arpa,
Perdeos en el polvo,
Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

L

Cantando las golondrinas
Frente á mi ventana pasan,
Después de dormir la noche
Bajo el techo de tu casa.
Y yo me las quedo viendo,
Siguiéndolas con el alma,
Pues parece que con ellas
Se me van mis esperanzas!
¡Quiera Dios que en el invierno
Para siempre no se vayan
Cantando las golondrinas
Que por mi ventana pasan!

LI

Tú sí serás feliz!..... Llegará un día,
Y el amor en el cáliz de una rosa,
Acercará á tus labios el almíbar
Que de los labios de los Dioses brota.
El cáliz que te daba
Mi mano temblorosa,

Entre hiel y entre lágrimas tenía
De almíbar una gota!

LII

Sobre esos sueños
Que en un sollozo,
Del alma inquieta
Parten del fondo,
Y en el espacio
Toman contornos
Indefinibles
Y vaporosos;
Sobre la nieve
Que cubre en copos,
De las montañas
El regio trono;
Sobre el ropaje
Multicoloro
Del ancho llano,
Del bosque umbroso;
Sobre los mares
Azules y hondos;
Sobre las nieblas
Que arroja el noto;
Sobre esos mundos
Que ven mis ojos,
Del infinito
Girando en torno;
Envuelta en nubes
Y rayos de oro,
Volando pasas
Tú sobre todo!

LIII

Me mandaste callar.... tembló mi labio
Y te pidió perdón, y tú callaste.....
¡Ah! si mi corazón hubieras visto
Aquel horrible instante!

¿Qué pasaba por mí?.....dejó un momento
En mis arterias de correr la sangre...
Cegaron mis pupilas, y una sombra
Me arrebató tu imagen!

¿En dónde estaba mi razón, en dónde?
¿En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?
¿Dónde estaba la muerte que no vino
Con su boca á besarme!

Sentí de la vergüenza esas hogueras
Que eternamente arden;
Y en mi pecho esas lágrimas que nunca
Jamás del fondo de mi pecho salen!

Y humillado, vencido, volví á verte.....
Tú estabas como siempre.....eras el ángel.
Yo arrojado salí del paraíso,
Proscrito, miserable!

LIV

Dime que no es verdad que me deleitan
Los misteriosos ecos de la brisa,
Cuando en las sombras de la noche trae

Del ave solitaria
Las notas fugitivas!

Dime que no es verdad que en la ribera
Cuando divaga sobre el mar mi vista,
Gozo pensando en Dios, porque las ondas
Me enseñan que es eterno
Cuando á mis pies espiran!

Dime que no es verdad que me consuelen
Las lágrimas que vierten mis pupilas,
Cuando rendido de dolor á solas
Mi frente se doblega
Sobre mi muda lira!

Dime que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
Conté de mi existencia
Las horas y los días!

Dime que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa dejo
Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Dime que no es verdad que la esperanza
Da tregua con su halago á mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro.... eso,
¡Unico amor de mi alma:
Eso..... no me lo digas!

LV

Conjunto de impresiones que se borran,
Obscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria y.... soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.
Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oirte y ansia de mirarte,
Eso es ahora mi vida.
Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,
Eso será mi vida!

LVI

Yo no te he pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;
Quiero sólo saber si tus congojas,
Responden á mis ansias.
Dímelo, por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas,
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

LVII

¿Qué tienes dime,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cáuces
Donde los ríos
Corren fugaces;
Como las cumbres
De los volcanes,
Como los cielos,
Como los mares,
Como la tibia
Luz de la tarde,
Como la noche
Cuando se esparce,
Como en las sombras
Las impalpables
Formas que envuelven
Los ideales,
Que en los ensueños
De un alma grande,
Se reconcentran
En una imagen!

LVIII

Era alta noche!.... Con sus torpes alas
Azotaba mis párpados el sueño:
Y pasaba y pasaba ante mis ojos
Su imagen bella en reposado vuelo.
De su pálida frente coronada
De pálidos luceros,

Descendía la obscura cabellera
Velando en sombras el nevado cuello;
En mí elevaban la mirada ardiente
Sus grandes ojos negros;
Y allá en sus labios, como no hubo labios
Más puros ni correctos,
Dulce asomaba la fugaz sonrisa
Que guarda avara en ellos,
Como guardaron siempre
De su amor el grandísimo secreto.
Su blanca vestidura
Flotaba entre las sombras, en silencio,
Cruzando sobre mí, tal como pasa
En el cielo del alma un pensamiento.
Así gozaba yo!.... Trémulas frases
En rítmico compás, en blandos ecos,
Subían á mis labios una á una,
Del fondo de mi pecho.
Le decían mi amor, mis ilusiones,
Le contaban mi amargo sufrimiento;
Y de ese cáos que engendró la duda,
La sombra y el misterio;
El malogrado afán de la esperanza,
La inícua lidia del dolor eterno!
De repente un vapor, como la nube
De calcinado incienso,
Envolvió la beldad, veló el encanto
De su rostro hechicero....
Y ví en sus ojos la fugaz centella,
Y ví en sus ojos el desdén supremo.
Torné los míos que anublaba el llanto,
Y de un rincón miré del aposento,
Desprenderse una sombra, negra efigie

De fatídico espectro!.....
Que avanzó, y avanzó....y ante mi vista
Pasó terrible, lívido y siniestro.....
Le ví crispadas las cobrizas manos.
Imagen del furor y de los celos.....
Y se bandó en la pared.... ¡Otelo! dije.
¡Es la sombra de Otelo!
Y me sentí rodando despeñado
Por la honda sima del eterno sueño!

LIX

¿Qué será? .....no lo sé!...Yo sé que lleva
Algo de mi alma en su alma poderosa;
Porque tiene que ser....porque sus ojos
Me la robaron toda!

Yo sé que de su espíritu en mi espíritu
Algo debe llevar, como una sombra,
Porque tiene que ser....porque su imagen
Jamás en él se borra!

LX

Límpida estrella,
Flor de los cielos,
Qué hermosa brillas,
¡Pero qué lejos!

Flor de los campos,
Flor del deseo,
Qué hermosa eres!
¡Y vivo preso!

Pálida imagen,
Flor de mis sueños,
¿En dónde mora
Tu pensamiento?

Flor de las flores,
Alma de un beso,
¿Si tú no existes
Por qué te siento?

LXI

Como en el alma guardo
Tu imágen peregrina,
En ella tengo siempre
Una flor solitaria y amarilla.

A solas mis ardientes
Miradas la iluminan;
La miro y se me acuerda
Que tú en la mano la tuviste un día.

La miro y clavo en ella
Mis húmedas pupilas;
La miro absorto, y miro
Que recobra la flor su lozanía.

Que vive y el secreto
Conozco de su vida,
Porque es como tu imagen,
Porque en mi corazón no se marchita.
Si quieres convencerte,
Cuando me muera, niña,
En el sepulcro helado
La hallarás, revolviendo mis cenizas!

LXII

Oye: si alguna vez imaginaste
Que herí tu alma sensible,
Piensa que el que ama como yo, bien mío,
No pudo nunca herirte....

Si al tiempo que pasó los ojos vuelves
Y venturosa vives,
Piensa que un sér desventurado llora
Cada vez que te ríes.

Si del amor las celestiales dichas
Tu corazón engríen,
Piensa que para mí, luz de mis ojos,
Fueron un imposible.

Si alguna vez de noche en el silencio
Oyes mis ecos tristes,
Piensa que son los ayes de mi alma
Que al morir te bendice!

LXIII

A la luz de la luna ¡cuántas veces
Pensando, como siempre, en mis desdichas,
Comparé tus pesares con los míos
Y comparé tu vida con mi vida!
Tosco bajel á quien el viento azota,
Bañada en limo la rugosa quilla,
El viejo maderámen agrietado,
La parda lona por doquier hendida,
El mar profundo, el horizonte negro

La onda rebelde, al embestir bravía.....
Y el lago azul y quieto, el cielo puro,
Y la playa y el bosque en las orillas
La cabaña á lo lejos, y á lo lejos
Música alegre y la canción marina,
Y sobre el agua mansa resbalando,
Al soplo del amor, la navecilla!

LXIV

Cuando quieras saber por quién sollozo,
Si algo te importa oírme sollozar,
Pregúntale á tu pecho muy quedito
Y alguien en él, tal vez te lo dirá.

Y si alguien te responde,—(estoy seguro
Que sí responderán),—
Y pronuncian tu nombre, entonces, niña,
Ya no preguntes más!

LXV

Como pasa una nube en los espacios
Bajo el azul del cielo;
Como en las sombras de la noche pasan
Las sombras de los sueños....
Allá en los horizontes que en tu alma
Dilata el pensamiento,
Lo mismo que las nubes y las sombras,
Pasarán estos ecos!.....

LXVI

Como detrás de lóbrego nublado
Sonríe el cielo azul,
Así tras de las nubes que en mi alma
Amontona el dolor, sonríes tú!

LXVII

¿Por qué cuando á tu lado sin testigos
Me he solido encontrar,
Cual desbandadas aves, mis ideas
Huyen de donde están?

¿Por qué de tanto que pensé en decirte
Nada te digo ya,
Y mirando me quedo como estúpido
Tu encantadora faz?

A todos les pregunto y me responden
Que á preguntarlo van,
Y todos lo preguntan; pero nadie
Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas
Decirme la verdad;
Pero si es que has amado, entonces, niña,
Tampoco lo sabrás!

LXVIII

¡Olvídame! ¡está bien!.... si así lo quieres,
Si eso te hace dichosa.....

Flores por flores..... ¡Ay! como las mías
Jamás te darán otras!

Olvídame..... está bien!... puedes matarme
Que esta mi vida al fin nada te importa.....
Lira por lira.....¿en dónde hallarás una
Con más amor en sus humildes notas?

Olvídame.... ¡está bien!... en mi existencia
La dicha está de sobra....
Ecos por ecos..... ¡Ay! ¿dónde otros ecos
Tan tiernos te enamoran?

Olvídame...¡está bien!.... Pero ¿qué digo?
¿Pero que está soñando el alma loca?
¿Cómo me has de olvidar, mi idolatría,
Si jamás he ocupado tu memoria!

LXIX

Si ella guarda en su seno, madre tierra,
Como tesoro eterno,
La prenda de un amor que no es el mío,
¡Ay! ¡ábreme tu seno!

Harto te dí del manantial que brota
Del fondo de mi pecho;
He apagado la sed, deja que apague
La sed que me devora de tus besos!

Que cubran mi ataúd con una losa
Al nivel del terreno;
Y que una triste cruz graben ella,
Porque sepan no más que allí hay un muerto!

De la oculta semilla de esas flores
Que llenan de pavor los cementerios,
No permitas que brote ni una sola
En torno de mi féretro.

Yo quiero que en tu negro relicario
Encierres con mis restos
Una flor nada más.... la que ella guarda
Como un tesoro eterno!

LXX

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las alegrías
De algún fantástico sueño,
Entonces te miro,
Entonces te veo,
No sé si dormido,
No sé si despierto;
No sé si en sus alas un ángel me lleva
Cruzando llanuras y mares inmensos;
No sé si en el aire
Respiro tu aliento;
No sé qué me pasa,
Si vivo, si muero,
Si estoy en la tierra,
Si estoy en el cielo!

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las amarguras
De algún fantástico sueño,

Entonces, te llama
Con ansia el deseo;
Y yo velo entonces,
Y sé que no duermo.
Y sé que en sus alas me lleva el fantasma
Que enciende la duda, que engendra los celos;
Yo sé que en el aire
Me falta el aliento;
Yo sé qué me pasa,
Que vivo, y que muerto
Estoy en la tierra
Cruzando el infierno!

LXXI

Hay otro mundo apenas conocido
De los que no han llorado como yo.
En donde es una sombra la esperanza,
Donde impera el dolor.
Allí todas son dudas y desdichas,
Todo es obscuridad, todo afliccion;
Allí del sol que los alumbra á todos
No hay un rayo de sol;
Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,
Ni una lozana flor.

Allí nada se muere.... allí se vive
Porque es la muerte la única ilusión.
Tú debes conocerlo.....á veces pienso
Que allí he visto tu amor junto á mi amor.
Si esto es verdad, responde: en ese mundo
¿Quién te amó como yo?

LXXII

No me arredra del campo en altas horas
La densa obscuridad;
Las sombras de esta duda,
Me espantan mucho más!

No acongoja á mi espíritu el gemido
De la brisa al pasar;
Este que en mi alma escucho
Me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio
Que en torno mío hay....
Aquel silencio de tus labios, ése,
Ese sí, porque al fin me matará!

LXXIII

Si sientes cuando alguno
Está pensando en tí,
Sabrás de cierto la hora
Que deje de existir;
Y como sé que el alma
No tiene nunca fin,
Cuando pensar no pueda,
¿Te acordarás de mí?

LXXIV

Naces de mi alma
Toda en el centro;
Formas y vida

Te da mi aliento;
Luz, de mis ojos
Tus hechiceros
Ojos reciben
De ardiente fuego;
Siento que flotas
En mi cerebro;
En mis ideas
Sentir te siento!
Después, te envuelven
Mis pensamientos;
Hiendes los aires,
En raudos vuelos;
Salvas las nubes,
Llegas al cielo,
Y allí te alumbras
Con los luceros.
Y mis suspiros
Te lleva el viento.....
¡Y estás muy cerca,
Y estás muy lejos!
Y entonces gozo,
Y entonces creo,
Y entonces vivo,
Y entonces duermo!

LXXV

Cuando te miro alegre
Cuando tu labio rie,
Entonces me figuro
Que ni el fantasma del dolor existe.
Cuando los ojos bajas,

Cuando tu pecho gime,
Entonces me parece
Una sombra el placer, un imposible!
Por eso en mar de dudas
Bogando va mi esquife....
No importa: que hizo rumbo,
¡Y al rumbo, inalterable, se dirige!

LXXVI

Ella, dentro de mí, me dijo anoche,
Que llevo siempre un sol:
Y ella dijo muy bien, porque la llevo
Siempre en mi corazón!

LXXVII

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,
Diles que mienten..... No!
¡Cuando el amor con lágrimas se nutre,
Es eterno el amor!

Cuando en la soledad las esperanzas
Nacen de la aflicción,
Y se cruza entre piedras y entre abrojos
La senda del dolor;

Cuando sangran los pies; cuando se llora
Sangre del corazón,
Cuando nada se espera y del consuelo
Ya se extinguió la voz;

Cuando el vivir es muerte, y el sepulcro
Es desesperación,

Entonces no se olvida! si lo dicen,
Diles que mienten.... ¡No!

LXXVIII

Cuando me apercibí, todo era tuyo:
Mi vida, mi esperanza!
Sin ruido, sin estrépito, en silencio,
Con sólo una mirada,
Así, como lo hiciste con la mía,
Así se roba el alma....
¡Todo eso está muy bien; pero no olvides
Que así también se mata!

LXXIX

Del lejano horizonte en los confines
Al espirar la tarde,
Miré tu imagen, cariñosa y triste,
Vagar entre celajes;
Pero la noche alzando
Sus sombras impalpables,
Llegó, y en las tinieblas
Ante mis ojos se nubló tu imagen!
Vagando en los espacios luminosos
Cruzabas como un ángel,
Y absorto contemplé tu seductora
Belleza incomparable!
Pero la luz del día
Resplandeció en los aires,
Y entre sus rayos de oro
Ante mis ojos se nubló tu imagen!
Te esconden de mi vista

Con su poder iguales,
La luz en la mañana
Las sombras en la tarde!
Si tiene mi alma un cielo
Y en él grabé tu imagen,
¿Por qué, bien de mi vida,
Por qué te he de buscar en otra parte?

LXXX

Me parece que leo en su sonrisa
Y que leo el amor en su mirada;
Y en el círculo rojo de sus párpados
Las penas leo que atormentan su alma!
Y cuando pienso que por otro llora,
Y pienso que otro su amargura causa,
Nada puedo leer..... del misterioso
Libro del corazón arden las páginas;
Y más que nunca bella, más hermosa
Del espantoso incendio entre las llamas,
Hechicera y gentil se me aparece,
Imagen del dolor, su imagen pálida.

LXXXI

Es igual para mí: nada me importa
La densa obscuridad,
Que la tiniebla pavorosa, nada
Me deje contemplar;
Yo no quiero la luz del sol ardiente
Para mirar tu faz.
Que la luz de mis ojos te ilumina
Donde mi vista va.

Tampoco quiero luz para buscarte,
Que donde estoy estás....
Quiero luz..... mucha luz! pero en tu alma,
Para leer en ella la verdad!

LXXXII

¿Qué habrá en el fondo de las ondas mías?
¿Qué habrá en el fondo del revuelto mar?
¿Qué habrá tras el confin del horizonte?
¿Qué tras los mundos que girando están?
Yo no sé lo qué habrá: si yo pudiera
Tan profundos arcanos penetrar,
Bien sé lo que vería... Yo vería
Tu imagen..... ¡nada más!

LXXXIII

Amé la gloria....su laurel de oro
Fué mi ambición un tiempo no lejano,
Pero eso ya pasó....Ya sólo ansío
Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.
Y allí la senda está: ¡hé allí la cumbre
Que dora el sol con inmortales rayos!
Aun pudiera subir y allí tan solo
Grabar tu nombre en duradero mármol.

No importan los abrojos del camino,
Nada el raudal de mi copioso llanto:
Aun pudiera subir.... Yo subiría
¡Con tal que me llevases de la mano!

LXXXIV

Cuando sea cadáver para todos.
Pon tu mano en mi pecho;
Lo has de sentir latiendo todavía,
Que sólo para tí no habré yo muerto!

LXXXV

En medio de esas vagas armonías
Que turban el silencio de la noche,
Creo escuchar mi nombre en un acento
Que mi alma reconoce....
Y yo, insensato, me figuro á veces,
Que eres tú, que me llamas por mi nombre,
Que de tus labios de coral el viento
Al pasar lo recoge.

LXXXVI

Cuando pienso en la negra sepultura;
Cuando miro un abismo.
Mi corazón se oprime de tristeza
Y pienso en el olvido.
Cuando levanto al cielo la mirada
Y veo que es el abismo,

Mi corazón se llena de alegría
Y pienso en lo infinito:
Y ya triste, ya alegre, cuantas veces
Los horizontes miro.
¡No quisiera mirar ese fantasma
Que flota en el vacío!

LXXXVII

Cuando miro volando alguna nube
Que por los aires va,
La sigo con la vista y me pregunto:
¿A dónde va á parar?
Cuando miro alguna ave solitaria
Cruzar la inmensidad.
La sigo con la vista y á mis solas
Me digo: ¿A dónde irá?
Y nadie me responde y me entristece
No saber donde van,
Y es porque yo también, luz de mis ojos,
También voy á volar!

LXXXVIII

¿Tienes celos? ¿De quién? ¡Es que tú ignoras
Lo que tu rostro peregrino vale,
Lo que tu labio esconde,
Lo que en tus ojos arde!
Y lo que vale mi alma....
¡Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

LXXXIX

Hay un reloj que por instantes rápidos
Los siglos marca de mi eterno amor.
¿No sabes tú cuál es? Pues oye el péndulo:
¡Latiendo está por tí mi corazón!

XC

En tu hechicera faz ví la alegría,
Y la tristeza en tu hechicera faz,
Y entonces comprendí todo lo hermoso
Del cielo y de la mar!

XCI

Si no es todo ilusión, si en los espacios
Tu espíritu me busca,
Piensa, al pensar en mi cada mañana,
Que es uno mismo el sol que nos alumbra!

XCII

Yo voy con esas aves melancólicas
Que en el silencio de la noche cantan;
¡Quién pudiera en la noche de los sueños
Cantar en el silencio de tu alma!

XCIII

No le temo á tu olvido: ¡no podrías
Tanto amor olvidar!
¿Sabes á qué le temo, si me quieres?
¡A que no puedas ya quererme más!

XCIV

¡Qué hermosa es la mañana cuando enciende
Su roja tea el sol!
¿Dónde se van las sombras de la noche?
¿A dónde va el dolor?

¡Qué cantar de las aves en el campo!
¡Qué alegre su canción!
¡Cómo respira y se levanta todo
Cuando amanece Dios!
¡Como cruza el espacio tu fantástica
Risueña aparición!
Hoy eres toda llama, anoche sombra:
Y anoche y hoy, amor!
¿Será la luz del alba la esperanza?
¿Lo sabes? pues yo no!
Sólo sé que no sé por qué se muere
Por tí mi corazón!

XCV.

Llegué al sombrío atrio de la iglesia
Y el dolor me detuvo,
Y creí que mi mano se apoyaba
En la fría pared de mi sepulcro.
Como su imagen pálida, mi alma
Se desprendió del mundo,
Torné los ojos y encontré tinieblas,
Volví la vista al cielo y lo ví obscuro!
. . . . . .
. . . . . .
Al fin estamos solos, arpa mía,
En la alta noche, juntos;
Ni un eco... ni una nota... aquí aguardamos.
Mudas tus cuerdas y mi labio mudo.
Se llenó de ilusión mi pensamiento,
Mi corazón de luto....
Yo no sé dónde fueron sus promesas,
Yo sólo sé que el triunfo ha sido suyo.

XCVI.

Yo soy hoja caída que se seca,
Soy el dolor que ríe,
Soy la deshecha nave que ha cruzado
Horizontes sin límites,
Ola del mar que se estrelló en la arena
Al pie del arrecife;
Soy el día que muere en el crepúsculo
De una esperanza triste;
Yo soy la noche, en fin: ¡dime si eres
La sombra que me sigue!

XCVII.

Antes dejaba yo mis pensamientos
Al acaso volar
Y nada me importaba que volvieran
O no volvieran más.
Desde que te conozco, desde entonces,
No importa á dónde van,
Y anhelo por que vuelvan y me digan
Lo que pensando estás!

XCVIII.

¿Cómo vivo? No sé, soñando en cosas
No sé si de alegrías ó dolores....
Que á veces me parecen realidades,
Y á veces me parecen ilusiones.
Cuando á contarte vayan cómo vivo,
Esas gentes que viven porque comen,
Diles, pero de modo que lo entiendan,
Diles que ni siquiera me conocen.

XCIX.

Se va con los placeres que ha gozado,
Que deja sus desdichas, que por eso
Hay tantos desdichados.
Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,
Que es falso, que es muy falso;
Que el alma que se va sólo se lleva
La única dicha de romper sus lazos.

C.

Y hace muy poco que empezó la lucha!
¡No hace mucho que sufro!
Pero tales serán estos dolores
Que el tiempo breve me parece mucho.
Al través de mis lágrimas los veo.
Hay quienes piensan que al morir el alma
Pasan uno por uno;
¡Yo soy el mismo... ¡siempre! Aquí le guardo
Mi amor eterno, cuando pase, al último!

CI.

Yo sé que son las almas
Como las olas,
Que siempre va la una
Siguiendo á la otra;
Tú vas delante....
¿Dónde estará la playa
Que nos aguarde?

CII.

Bandadas de torcaces, blancas nubes
De blancas flores que arrebata el viento,
¡Ay! eso son á veces cuando lloro
Mis locos pensamientos!
Tropel de aves fatídicas, tinieblas
Que arrebata el turbión del cementerio,
¡Ay, eso son á veces cuando río
Mis tristes pensamientos.

CIII.

Es preciso callar... De estas canciones
Aun tiene el alma muchas;
Pero guardadas en el pecho mío,
Bajarán con mis restos á la tumba!

CIV.

Después que yo me ausente, no me busques,
Ni busques esta llama que me abrasa
Niña, en el panteón,
En los rayos del sol,
Ni busques mis miradas en los astros,
Ni mi aliento en la flor;
Ni en las sombras que vagan por las noches
Mi ardiente inspiración!
Si quieres encontrarme entero, busca
En mis versos, mi amor;
Y si buscas mi imagen, no la busques
Si no la guarda ya tu corazón!

FINIS.

INDICE

ROMANCES HISTORICOS MEXICANOS.

	Págs
La ruina de Atzcapotzalco	7
El ensueño	14
Nanche	24
La hospitalidad	29
La emboscada	39
Netzahualxochitl	45
La muerte del tirano	51
Tezcotzingo	57
El señor de Ecatepec	65
Tlahuicole	75
Moctezuma Xocoyotzin	89
El último azteca	137

ROMANCES DRAMATICOS.

Doña Brenda	161
Sancho Bermúdez de Astorga	165
Margarita	169

Págs

Ramiro Ramírez. 175
Doña Blanca. 181
Sor Ana. 187
Doña Elvira. 195
Gabriela. 203
Gil. 212
Eduardo. 219
Bojorques. 223
Jaime Acuña. 227
Juan Farriz. 233
Alfredo. 239
Per-Anzures de Rivera. 243
Doña Elmira. 249
Pedro. 255
Don Jaime 261
Rosa. 265
Doña Mencia. 271
Beatriz. 277
Gines. 285

PEQUEÑOS DRAMAS.

Ximena. 295
Mendo Menéndez. 307
Ida. 311
Sara. 317
Flora. 323
Aldaz. 331
Ganzalo González. 335
Rosela. 339

Págs

Diana. 351
Doña Luz. 359
Taide. 361
Ferrando. 367
Fray Serván. 373
Cristian. 379
Esperanza. 385
Jofre Loscos. 393
Eduwigis. 401

TROVAS COLOMBIANAS.

Cristobal Colón. 411
ECOS. 455

LS
P4197

Peon y Contreras, José
Obras. Vol.3.

400651

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED